COLAPSO EN CADENA

UN THRILLER DE ACCIÓN Y ESPIONAJE



RAÚL GARBANTES

COLAPSO EN CADENA

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº16

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2026 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

ALARMAS. Luces rojas. Corro sin parar.

El pasillo se abre delante de mí, recto, blindado, demasiado limpio para un lugar construido cuarenta metros bajo tierra. A ambos lados, las paredes de acero están cubiertas de cajas de seguridad desde el suelo hasta el techo. Fortunas encerradas a mi alrededor. Nombres, secretos, herencias, dinero sucio o limpio; nada de eso me importa ahora. No miro las riquezas. No pienso en sus dueños. Solo en el final del corredor.

La Policía ya sabe que estoy aquí. Lo supe en cuanto saltaron las alarmas en el tercer nivel. Ahora solo es cuestión de tiempo que crucen mi rostro con sus archivos y encuentren el nombre que llevan años persiguiendo: Ainara Pons, prófuga, terrorista, amenaza prioritaria.

Mi única ventaja fue atreverme a hacer lo que nadie en su sano juicio intentaría. Este es el sitio financiero más blindado de Europa, precisamente por eso lo eligieron. Por eso nadie miró en esta dirección. Nadie pensó que el golpe podía venir desde aquí.

Nadie, excepto mi equipo.

Y ahora yo estoy dentro y el reloj corre.

—¡Alto! —gritan a mi espalda.

No me detengo. Acelero.

Los pasos se acercan detrás de mí. Tres, quizá cuatro hombres. Por el ritmo sé que van bien equipados, bien entrenados y que conocen este corredor casi tan bien como yo.

Casi. Yo lo estudié durante semanas, hasta poder recorrerlo con los ojos cerrados: cada curva, cada puerta, cada cámara, cada sistema de contención preparado para encerrar a cualquiera que lograra llegar tan lejos.

Por eso sé lo que viene antes de verlo.

La reja de acero desciende del techo a unos veinte metros de distancia. Es gruesa, blindada, demasiado rápida para ser un simple obstáculo. Entiendo su función en un instante. No está diseñada para atraparme, sino para dividir el túnel, aislar la amenaza y dejar a los guardias al otro lado, sin acceso directo. Es un sistema inteligente, pensado para contener a alguien como yo.

Ahora mismo, también puede salvarme.

Acelero. La pierna me responde por pura obediencia, no por fuerza. Diez metros. La reja baja con un zumbido grave. Cinco metros. El borde metálico ya está a la altura de mi cadera. No freno. Me lanzo al suelo, ruedo y siento el acero rozarme el tobillo con una mordida seca que me sube por toda la pierna. Tiro con fuerza antes de que cierre del todo y logro liberarme.

El golpe sacude el túnel.

La reja cae a mi espalda y separa el corredor en dos. Los guardias chocan con el metal, gritan órdenes por el intercomunicador y piden refuerzos. Tengo tiempo. Muy poco, pero suficiente.

Me incorporo. La pierna cede bajo mi peso. Aprieto los dientes, ignoro el dolor y sigo avanzando con una cojera que no puedo permitirme.

Doblo la esquina y lo veo.

Un hombre de espaldas a mí, inclinado sobre una consola luminosa, con las manos en el teclado. No me ha oído llegar, o está demasiado concentrado para importarle. La pantalla principal ilumina la sala con una frase que me cierra el estómago.

«TRANSFERENCIA FINAL: 90 SEGUNDOS»

Noventa segundos. Si esa transferencia llega a destino, el Anillo tendrá en sus manos los mercados de cuatro continentes antes del amanecer. Gobiernos sin liquidez. Bancos sin respaldo. Millones de personas golpeadas por una crisis que nunca sabrán quién provocó. Todo lo que han preparado conduce a este punto: esta consola, esta transferencia, estos noventa segundos.

No voy a permitirlo.

Saco el arma.

—Apártate —digo, sin gritar y sin negociar.

El hombre se gira despacio. Sus ojos encuentran el cañón y su boca intenta formar una palabra que no llega a salir. Se queda paralizado, con las manos temblando junto al teclado.

La voz de Luna rasga el auricular.

—¡Ainara, no dispares! Es inocente. Solo es un técnico. No sabe nada.

Lo miro. Veo el miedo en su cara, el sudor en la frente, los dedos rígidos por el terror.

—Sé lo que hago —respondo.

Y aprieto el gatillo.

1

LA CARNADA DE FRÁNCFORT

Barrio de la estación, Fráncfort, Alemania
Lunes, 20 de junio, 9:45 p. m.

Llevamos tres días en Fráncfort. Esta noche es nuestra mejor oportunidad.

Carl Zimmermann lleva un mes hundiéndose. Andrew lo encontró mientras rastreaba el dinero del caso Chernóbil: dos millones de euros perdidos, diez causas penales encima, el Anillo dándole la espalda. Un hombre poderoso al que acaban de abandonar puede hablar. Eso es lo único que necesitábamos saber. Aquí estamos.

—Es él —dice Luna, y vuelve a recostarse en la cama conmigo.

Estaba parada en la entrada con la puerta apenas entornada, vigilando el corredor. Cuando vio llegar a nuestro objetivo, cerró de un golpe suave y se arrojó sobre la cama. Las dos estamos en lencería provocativa, casi vulgar. Yo llevo una peluca rubia y lencería negra. Luna va de morena con prendas negras y brillos dorados. Estamos a tono con el lugar. Es un burdel en el barrio de la estación, el lugar más predecible del mundo para un hombre como Zimmermann.

Voces detrás de la puerta. Alemán rápido e impaciente. Risas de hombre, la clase de risa que no necesita traducción.

La puerta se abre.

Zimmermann entra. Cuarenta y dos años, calvo, con sobrepeso. La corbata aflojada, la chaqueta arrugada de quien lleva horas bebiendo. Camina hacia nosotras con la seguridad de quien está acostumbrado a comprar lo que quiere y nunca ha tenido que pedirlo dos veces.

—Espero que hables español, cariño —le digo—, así puedo saber con exactitud qué te gusta.

—Estadounidense… —dice con marcado acento—. Me gusta.

—Somos hermanitas —dice Luna, sonriente—, y estamos solitas en esta ciudad. No entendemos nada. ¿Nos vas a enseñar?

—Sí, claro —responde, cada vez más libidinoso—. Les voy a enseñar todo, pero me tienen que hacer caso.

—Sí, papito —le digo, y me levanto de la cama.

Lo rodeo despacio; una mano en su pecho, los dedos apenas apoyados. Me planto detrás de él y le saco la chaqueta con calma, como si tuviera toda la noche. Luna se pone de pie al mismo tiempo, sin apuro, camina hasta la puerta y echa la traba con un clic suave. Cuando la chaqueta de Zimmermann le cae por la espalda hasta la altura de los codos, lo empujo con fuerza. Cae de cara sobre la cama.

—*Gewagt!* —exclama—. ¡Atrevida!

Me agacho, recojo el arma de debajo de la cama y se la meto entre las piernas, apuntando directo a sus testículos. Siento cómo se le tensa el cuerpo entero.

—Muy atrevida —le digo.

—¿Qué haces? —pregunta Zimmermann. La voz le sale con un tono más alto de lo que quisiera.

Luna le mete en la boca una pantimedia hecha un bollo. No sé de dónde la saca y no quiero saberlo. El hombre protesta sin que se le entienda. Lo giramos en la cama. Nos puede ver a las dos apuntando. Luna a su cabeza, yo a las pelotas.

—Si te portas bien —le digo—, vas a salir enterito.

Zimmermann guarda silencio. Desvía la vista un instante hacia arriba. En el techo hay un gran espejo. Desde ahí ve la escena completa: dos mujeres en lencería con armas, él boca arriba con la

chaqueta trabada en los codos. Entiende a la perfección en qué posición está.

—Si prometes no gritar —dice Luna—, saco lo que tienes en la boca. Solo queremos hablar.

El hombre asiente. Luna retira la pantimedia y la arroja a un lado.

—Ustedes están locas —afirma apenas recupera el habla—. Griten si quieren. Mis guardaespaldas ya saben que algo pasa.

Aprieto el arma contra sus testículos. No digo nada. No hace falta.

—¿Antes o después? —pregunta Luna.

—Eunuco —acoto yo, por si no quedó claro.

El tipo nos mira a las dos. Hace un cálculo rápido y decide que no vale la pena.

—¿Qué creen que ganarán con esto? ¿Para quién trabajan? —pregunta luego.

—Trabajo para mí —le contesto—. Mi nombre es Ainara Pons.

Zimmermann cambia de cara. La irritación desaparece. La seguridad desaparece. Lo que queda es algo más primitivo. Miedo puro. El tipo de miedo que no se puede disimular.

—Escucha —murmura, y ahora habla más despacio—, no trabajo más para el Anillo. Me están haciendo la vida imposible. Viniste con el hombre equivocado.

—No —contesto—. Eres justo a quien buscaba.

—Sabemos que el Anillo te tiene asfixiado —dice Luna—. Ya no necesitas mantener tu lealtad. Nadie lo haría en tu lugar.

—*Jetzt aber*. —Cierra los ojos un segundo, como si organizara sus pensamientos—. Quieren que los traicione. Prefiero conservar las pelotas, pero no me sirven de nada si termino en un ataúd. No voy a hablar.

Se pone tenso. Espera el disparo.

Le doy el arma a Luna. Me siento en la cama frente a Zimmermann, cerca, sin apresurarme. Él abre los ojos.

—Empecemos de nuevo —le digo—. No me interesa mutilarte ni que te maten. Solo quiero información para destruir al Anillo. Si yo

gano, tú ganas. Te sacas a esa gente de encima para siempre. ¿No es una buena oportunidad?

El hombre nos mira. Menea la cabeza, pero no dice que no. Es una diferencia importante.

—Es una pena que no sean prostitutas —dice, y lo ignoro—. Nadie puede destruir al Anillo. Y cualquier cosa que les diga me delatará. La información que maneja cada miembro es limitada. No conocemos el esquema completo, apenas un esbozo de los proyectos en los que participamos. Si hablo, sabrán que fui yo.

—No eres tonto, Carl —dice Luna. Se sienta en el borde de la cama, al otro lado de él. Lo encierra sin que parezca un cerco—. Sabes moverte con cautela. Y sabes lo que Ainara le ha hecho al Anillo más de una vez. Danos algo por donde empezar, algo que no te involucre, y nosotras nos encargamos del resto.

El hombre sacude la cabeza. Pero sus ojos se mueven. Está calculando.

—Justo ahora está sucediendo algo muy grande —dice al fin, con la voz baja—. Por eso vine aquí esta noche. No quiero saber nada de eso.

—¿De qué se trata?

Zimmermann exhala. Una decisión que lleva días tomando se resuelve en ese segundo.

—El Banco Central Europeo fue atacado esta tarde desde dentro. Un sabotaje que pareció un error de sistema: durante cuarenta minutos, las cuentas se volvieron locas. Los números bailaron sin control. En medio del caos, el Anillo hizo desaparecer ochocientos ochenta millones de euros. Cuando descubran que fue deliberado, ya será tarde. El dinero ya estará repartido en cientos de cuentas fantasma por todo el mundo.

—¿Es posible hacer algo así? —pregunta Luna.

—Ya lo han hecho antes. Con los medios que tienen hoy, no hay quien los pare.

—Tenemos que evitarlo —le digo a Luna.

—El primer golpe ya ocurrió —dice Zimmermann—. No pueden impedirlo. Pero pueden atrapar a los responsables y, a través de ellos, llegar más arriba. Por eso me atrevo a contarles. Aunque se

enteren un día antes que la prensa, nadie las relacionará conmigo. El banco ocultará la noticia todo lo que pueda. No le conviene que cunda el pánico.

—¿Cómo los atrapamos?

—Conozco a alguien en la misma situación que yo. El Anillo le soltó la mano, y cuando salga todo a la luz, su carrera terminará. Se llama Hans Bauer, secretario del presidente del BCE. Se negó a participar en esto. Esta noche no saldrá del banco.

—¿Por qué tú no quisiste participar?

—Porque no soy estúpido. —Por primera vez suena casi orgulloso —. Me gusta el sistema tal como es. Lo conozco bien y gano mucho dinero con él. Lo que están haciendo puede destruir el funcionamiento del sistema financiero mundial. En ese caso, solo los jefes saldrán ganando. Los demás somos desechables.

Lo miro. Zimmermann no habla con amargura. Habla con la frialdad de quien conoce las reglas y acepta que perdió la partida. Eso me dice más sobre el Anillo que cualquier nombre o cifra. Si un hombre como él, millonario, conectado, con poder real en media Europa, es desechable para ellos, los que mandan están muy por encima de todo lo que hemos visto hasta ahora.

—¡Muévanse ya! —exclama—. Tienen muy poco tiempo.

Nos ponemos de pie. Luna recoge las armas. Yo le devuelvo la chaqueta a Zimmermann sin decir nada. Él la toma sin mirarme.

Salimos al corredor. El burdel sigue igual: música baja, luces rojizas, el rumor sordo de puertas que se abren y cierran. Dos guardaespaldas de Zimmermann están al fondo, apoyados en la pared, mirando el teléfono. Uno de ellos levanta la vista cuando nos ve salir. Luna le sostiene la mirada un segundo y sonríe. El hombre vuelve a bajar los ojos. Seguimos caminando sin cambiar el paso.

Bajamos las escaleras. Empujamos la puerta de la calle. El aire frío de Fráncfort nos golpea en la cara después del calor cerrado del local.

El coche está a media cuadra. Entramos. Luna al volante, yo en el asiento del acompañante.

—Bauer —digo.

—Bauer —repite Luna, y arranca.

Tenemos un nombre. Tenemos una dirección. Y si Zimmermann dice la verdad, el reloj ya lleva un rato corriendo.

2

ALFIL NEGRO

Bankenviertel, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 12:30 a. m.

El aparcamiento del BCE es el lugar más conveniente para nuestra entrevista con Bauer. Cerrado, discreto, sin testigos casuales. Andrew nos consigue una credencial digital de acceso en cuestión de minutos. No pregunto cómo. Nunca pregunto cómo. Basta con acercar el móvil al lector de la entrada y la barrera se levanta. Entramos despacio, con las luces bajas, recorriendo las filas de coches sin apresurarnos. Antes de avanzar más, Luna y yo cambiamos de asiento; si alguien se acerca, prefiero ser yo quien dé la cara.

—Acabo de hacer un par de llamadas —dice Freddy desde el búnker—, pero nadie sabe nada. ¿Estás segura de que está pasando algo?

—Cien por ciento —responde Luna antes de que yo abra la boca —. Zimmermann dijo la verdad. El miedo tiene sus límites cuando ya no tienes nada que perder.

—También nos dijo que lo ocultarían —agrego—. Que el banco haría todo lo posible para que no saliera a la luz.

—Por eso —interviene Junior—. Si esto se filtra antes de que puedan controlarlo, el pánico hace el resto del trabajo por el Anillo.

El dinero no miente, aunque todo lo demás lo haga. Las criptomonedas llevan una hora subiendo. Alguien que sabe lo que pasó está comprando.

Eso basta.

—Allá está —digo al ver el coche de Bauer en su plaza asignada, una berlina oscura con placas del distrito financiero.

Sigue dentro del edificio. Aparco a distancia, en ángulo limpio, sin llamar la atención. Le digo a Luna que duerma un rato. No sabemos cuánto tiempo tendremos que esperar y no tiene sentido que las dos nos quedemos despiertas mirando el mismo parabrisas.

Luna cierra los ojos. Yo me quedo con la vista fija en la rampa.

El teléfono vibra. Lo silencio antes del segundo pulso. Es Andrew.

—Lo sabía —dice, sin preámbulo—. Alfil Negro.

El estómago se me cierra al escuchar ese nombre. Voy a responder cuando veo moverse algo por el espejo retrovisor.

Un guardia de seguridad del BCE cruza el aparcamiento en nuestra dirección. Paso lento, linterna en mano, revisando los vehículos uno por uno. Metódico. Profesional.

—Andrew, espera —digo en voz baja.

Le toco el brazo a Luna. Abre los ojos sin hacer ruido. Ve al guardia y entiende. Nos deslizamos hacia abajo en los asientos, despacio, hasta que nuestras cabezas quedan por debajo del nivel de las ventanillas. El coche queda en silencio. Hasta la respiración la controlamos.

El haz de la linterna barre el parabrisas del vehículo de delante. Luego el nuestro. Un segundo. Dos. Sigo sin moverme. El guardia se detiene junto a nuestra puerta. Escucho sus pasos en el hormigón, el roce de su ropa, el clic metálico de algo en su cinturón. No miro. Si miro, muevo la cabeza. Si muevo la cabeza, terminaremos la noche explicando quiénes somos a la Policía de Fráncfort.

Alfil Negro. Ese nombre lo escuché por primera vez años atrás, en un caso que creímos cerrado. Un fondo de inversión que el Anillo usa para comprar empresas destruidas, empresas que ellos mismos destruyeron primero. Crear el caos, esperar el pánico, comprar cuando nadie más quiere comprar. Lo desactivamos, o eso creímos.

Pero los fondos no mueren. Solo cambian de nombre y de estructura.

El guardia da un paso más. Se aleja.

Exhalo despacio. Luna se incorpora y me mira. Ninguna de las dos dice nada.

Levanto el teléfono.

—Andrew, sigue.

—En 2012, Knight Capital Group colapsó en cuarenta y cinco minutos —continúa—. Perdió 440 millones de dólares. Era el mayor operador de acciones de Estados Unidos y, de un día para otro, lo vendieron a precio de remate. La empresa que lo compró lo hizo con fondos de Alfil Negro.

Lo encajo en silencio. Un gigante que desaparece en menos de una hora. Y el Anillo esperando al otro lado para recoger los pedazos.

—Si sabotearon Knight Capital para quedarse con los restos —afirmo—, es la misma jugada de siempre.

—Exacto —dice Andrew—. Y si lo hicieron entonces, llevan haciéndolo mucho más tiempo del que pensábamos.

Luna me mira.

—¿Cuánto tiempo llevan planeando lo de esta noche?

No tengo tiempo de responder.

Pasos. Otra vez.

El mismo guardia vuelve por el pasillo central, pero esta vez con el paso más corto, más lento. La linterna apunta directamente a los coches aparcados a nuestra izquierda, uno por uno, como si algo le hubiera llamado la atención en la primera ronda y volviera a comprobarlo. Se detiene frente al vehículo que tenemos delante. Lo alumbra por completo. Luego gira hacia nosotras.

El haz de luz golpea el parabrisas.

Luna se incorpora apenas, cierra los ojos y recuesta la cabeza contra la ventanilla, como si durmiera. Yo me quedo quieta en el asiento del conductor, la cabeza ligeramente inclinada hacia el volante, los ojos entornados.

El guardia se acerca.

Golpea el cristal con los nudillos. Dos veces. Golpes secos.

Levanto la cabeza despacio, como quien despierta sin entender dónde está. Parpadeo. Lo miro. Es un hombre de unos cincuenta años, corpulento, con el uniforme del banco y una expresión que no es hostil pero tampoco amable. La linterna apunta a mi cara.

Bajo el cristal dos dedos.

—*Entschuldigung* —digo con la voz pastosa de quien acaba de despertar—. *Wir warten auf unseren Mann*.

«Esperamos a nuestro hombre». Simple. Creíble. El tipo de excusa que no requiere elaboración.

El guardia me estudia un momento. Luego mira a Luna, que sigue con los ojos cerrados y la respiración lenta. Vuelve a mirarme a mí. Su linterna recorre el interior del coche: los dos bolsos en el asiento trasero, la botella de agua a medio terminar en el portavasos. Nada fuera de lugar.

Dice algo en alemán que no entiendo del todo, pero el tono es claro. No podemos quedarnos allí.

Asiento con una sonrisa cansada.

—Ja, ja. *Danke schön*.

Subo el cristal. El guardia espera. Me pongo el cinturón con calma, arranco el motor y salgo de la plaza sin prisa. Doy una vuelta al nivel inferior del aparcamiento, lo suficiente para que el guardia nos pierda de vista, y vuelvo a aparcar en el extremo opuesto, entre dos furgonetas que bloquean la línea de visión desde la rampa.

Apago el motor.

Luna abre los ojos.

—Buen alemán —dice.

—Tres palabras —respondo.

Silencio. Luego las dos soltamos el aire al mismo tiempo.

Levanto el teléfono otra vez.

—Andrew. ¿Cuánto más sabes de Alfil Negro?

—Suficiente para que no puedas dormir —contesta—. Después de Knight Capital rastreé otros cuatro colapsos financieros en los últimos quince años. Todos distintos, todos en mercados diferentes. Todos con el mismo patrón: un error de sistema imposible de anticipar, una caída brutal, y una compra de emergencia financiada

desde estructuras opacas vinculadas al Anillo. No son accidentes, Ainara. Son ensayos. Lo de esta noche en el BCE es el examen final.

Proceso eso en silencio. Quince años de ensayos. Quince años construyendo esto mientras nosotras apenas empezábamos a entender a quién nos enfrentábamos. Cada victoria que creímos ganar, cada golpe que les dimos quizás no es más que una pieza menor en un tablero que no alcanzamos a ver completo.

—Eso no importa ahora —corta Peter desde el búnker, con esa practicidad suya que a veces irrita y a veces es exactamente lo que se necesita—. Lo que importa es que tienen una soga de la que tirar antes de que el Anillo se entere de que están encima. Esta noche. Antes de que muevan fichas.

Tiene razón.

Siento la mano de Luna en mi hombro.

—Allí —dice.

Dos hombres bajan por la rampa. Uno lleva el paso adelantado, acostumbrado a que los demás lo sigan. Reconozco la cara en la foto que Andrew me pasó. Los ojos hundidos, la mandíbula tensa de quien lleva horas dando explicaciones que no quiere dar, la corbata aflojada pero todavía puesta, porque quitársela significaría admitir que la noche lo venció.

Bauer.

—Muchachos —digo al equipo antes de cortar la llamada—, llegó nuestra soga.

3

LA PRIMERA GRIETA

Banco Central Europeo, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 12:50 a. m.

Los dos hombres bajan por la rampa sin advertirnos y se acercan a su vehículo. Ambos van de traje. Bauer es más robusto que el otro. Tengo su foto en el móvil desde hace media hora. Camina un paso adelante, con el ceño fruncido y la mirada fija en el suelo. El acompañante se mueve de otra manera: la mano cerca de la chaqueta, los ojos que barren el espacio antes de que el cuerpo avance. Guardaespaldas y chófer al mismo tiempo. Ese tipo de hombres aprende a ocupar el espacio sin llamar la atención, pero ciertos gestos siempre los delatan.

Sacamos las armas y bajamos del coche.

El guardaespaldas escucha el ruido de las puertas y gira. Al vernos, lleva la mano dentro de la chaqueta, pero ya le estoy apuntando a menos de un metro.

—Ni lo intentes —le digo.

Bauer da un paso atrás. El guardaespaldas duda. Los ojos van de Luna a mí.

—¿Entiendes español? —le pregunto.

Asiente.

—Soy una profesional. A esta distancia, no tienes ninguna oportunidad.

El hombre evalúa la situación. Busca una grieta en lo que acaba de pasar. No la encuentra.

—Si quisiera matarlos, ya lo hubiera hecho hace un minuto —continúo—. Solo queremos hablar. Relájate.

Aleja la mano del arma y la levanta despacio. Bien. Lo último que necesito esta noche es un tiroteo en el aparcamiento del BCE.

Luna abre la puerta trasera y le indica a Bauer que entre. El hombre resopla como alguien que ha perdido la paciencia con el mundo entero, y entra sin más protestas.

Luna recoge las llaves del suelo junto al guardaespaldas y pulsa el desbloqueo del coche de Bauer.

Llevamos al guardaespaldas hacia la parte trasera. Lo obligo a entrar en el maletero y cierro la tapa.

Me instalo en el asiento trasero junto a Bauer. Luna ocupa el volante del sedán negro. Arrancamos.

—Mira, muchacha —dice Bauer apenas nos ponemos en marcha —. Hoy he tenido un día terrible. Dime cuánto dinero quieres y te lo transfiero ahora mismo. El coche tiene un rastreador. Si nos desviamos de la ruta o nos detenemos donde no debemos, vendrán a buscarme. Ahorremos tiempo.

—Me estás tentando —le digo—. Pero no vine por dinero.

Bauer frunce el ceño. No esperaba esa respuesta.

—No es dinero lo que quiero de ti. Es colaboración. Vengo por el Anillo.

Su cara cambia de golpe.

—¿Qué quieren? —pregunta, y el tono es otro, más bajo—. No he hecho ni dicho nada. Me mostré tan sorprendido como todo el mundo. Les dije que no me interpondría en su proyecto, y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Tranquilo. Dije que venía por ellos, no de su parte. ¿Comprendes la diferencia?

Bauer frunce el ceño.

—Tras ellos —continúo—. Para atraparlos. ¿Ahora entiendes o necesito hacerte un gráfico?

El hombre procesa lo que oye. Afuera, Fráncfort parece desierta.

—Sabemos lo que pasó en el banco esta noche —continúo—. El ataque, el dinero desaparecido, el caos en los sistemas. Supongo que a eso te referías con el día terrible. Dime todo lo que sabes y ayúdame a atrapar al Anillo con las manos en la masa.

Me mira fijo y se echa a reír. Una carcajada seca, sin humor real.

—¿Atrapar al Anillo con las manos en la masa? —repite—. Descansar en paz, querrás decir. ¿Quién crees que eres? Te presentas armada creyendo que voy a delatar al Anillo. Es absurdo. Aunque, pensándolo bien, es menos absurdo que creer que puedes hacerles daño.

—Quizás el señor Bauer no sabe —dice Luna desde el volante, concentrada en la calle— que no es la primera vez que le hacemos daño al Anillo. Y cada vez que lo hicimos, los dejamos bastante mal parados.

El hombre deja de sonreír. Me estudia de otra manera.

—¿Ainara Pons? —pregunta.

Asiento.

Recalibra. Lo veo en los ojos: está revisando todo lo que pensaba de esta situación.

—Solo escuché rumores —dice—. No sé exactamente qué hiciste ni entiendo por qué sigues con vida, pero los grandes no te quieren ni un poco.

—Entonces, sabes que hablo en serio. Te reitero el mismo pedido. Dime todo lo que sabes.

Bauer baja la vista. Cuando la levanta, algo ha cambiado. La resistencia cede. Lo que queda se parece más al hartazgo, a la rabia contenida durante demasiado tiempo, sin ningún lugar adónde ir.

—Al diablo —contesta—. No les debo nada a esos hijos de perra. Hace unos meses, cuando me dijeron lo que planeaban, me negué a participar. Desde entonces vivo bajo amenaza. Me advirtieron que no interviniera, y eso es lo que hice. Pero ahora que ya pasó, nada me impide hacer mi trabajo.

—¿Acaso no sabes cómo lo hicieron? —pregunto.

—No. Solo me habrían dicho lo necesario cuando ellos lo decidieran. Como me negué, usaron a alguien más. Estoy tan a

oscuras como tú.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—Dar la vuelta —dice con la decisión de alguien que lleva semanas postergando una resolución—. Volvamos al banco. Hay cámaras, hay registros de acceso, hay sistemas que revisar. Si alguien tuvo que entrar físicamente o utilizar algún equipo para ejecutar el ataque, lo encontraremos. Si entramos ahora, antes de que el equipo de seguridad selle todo, encontraremos la primera grieta.

Luna y yo nos miramos por el espejo retrovisor.

—Además —agrega Bauer, y ahora hay algo distinto en su voz, más calculado—, si descubro cómo lo hicieron antes que nadie, tal vez logre conservar el puesto. El primero que encuentra una explicación técnica creíble sale bien parado de esto. Pueden servirme tanto como yo a ustedes.

—¿Y el rastreador? —pregunto.

Bauer tuerce la boca.

—El banco tiene cosas más urgentes esta noche que seguir mi coche.

Luna ya ha girado en la siguiente esquina. Volvemos en dirección al BCE.

El maletero lleva tres minutos en silencio.

Demasiado silencio para un hombre entrenado. Un guardaespaldas profesional no se queda quieto por resignación. Se queda quieto porque está a la espera de su momento.

—Para —le digo a Luna.

Luna frena sin preguntar. Bauer me mira.

Bajo del coche, rodeo hacia la parte trasera y abro el maletero de golpe con el arma levantada.

El guardaespaldas está bocarriba, con los ojos abiertos, los brazos pegados al cuerpo. Tenso. Listo.

—Manos donde las vea —digo.

Las levanta despacio.

Le ato las muñecas con el cinturón que lleva en el pantalón. No es lo ideal, pero es lo que hay. Cierro el maletero.

Vuelvo al asiento. Luna arranca.

—¿Era necesario? —pregunta Bauer.
—Sí —respondo.
Lo que importa está delante.

4

EL SABOTAJE PERFECTO

Banco Central Europeo, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 1:40 a. m.

Paramos el coche y dejamos salir al chofer. No tiene sentido mantenerlo en el maletero cuando Bauer ya está de nuestro lado.

Entramos al banco a su lado. Nadie nos pregunta nada. Bauer es el jefe de gabinete del presidente del BCE y, a esta hora, su autoridad basta para abrir casi cualquier puerta. Nadie en el edificio tiene energía para cuestionar nada. Todo el mundo está demasiado ocupado intentando entender qué pasó con ochocientos ochenta millones de euros.

—Cuando el Anillo me habló de esto —explica Bauer mientras caminamos por un corredor largo y mal iluminado—, me dijeron que necesitaban que abriera la puerta. Me negué de inmediato y nunca supe con exactitud qué significaba eso, pero alguien más de aquí dentro tuvo que haber asumido mi papel. Siempre tienen un plan de respaldo.

—Si alguien abrió algo —digo—, tiene que aparecer en alguna cámara.

—Eso mismo pensé —confirma—. Las estoy llevando a la Oficina Central de Seguridad. Las cámaras todavía no las he tocado porque revisarlas yo mismo también forma parte del juego. Si me hubiera

quedado de brazos cruzados esta noche, habría parecido sospechoso.

Saco el móvil y llamo a Andrew mientras caminamos.

—Abrir la puerta puede significar varias cosas —me dice—. Una de ellas es habilitar un ordenador para que alguien lo hackee desde afuera. Una puerta trasera. Un acceso que permanece abierto para intervenir en el sistema de forma remota. Si fue así, tuvieron que hacerlo poco antes del ataque. Busca a alguien haciendo algo extraño frente a una pantalla durante ese lapso.

Corto la llamada cuando vemos aparecer a un hombre joven con lentes y la corbata completamente deshecha, como si llevara horas tirando del nudo sin conseguirlo aflojar del todo. Dice algo en alemán con urgencia. Bauer se quita los anteojos y se frota los ojos.

—¿Malas noticias? —pregunto cuando el hombre se va.

—Ochocientos ochenta millones de euros —responde—. Ese es el número final.

Luna también reconoce el peso de la cifra. Ochocientos ochenta millones me resulta familiar de una manera que no termina de cuadrar. En el sabotaje de Knight Capital se perdió exactamente la mitad: 440 millones. Puede que todavía no signifique nada. Pero tampoco puedo ignorarlo.

—No creo que ese monto afecte demasiado las finanzas de la Unión Europea —opino.

Bauer me lanza una mirada que mezcla paciencia y cansancio.

—No es el número. Es la confianza. Si la gente sabe que el Banco Central Europeo perdió todo ese dinero en cuarenta minutos, varios países que ya amenazan con abandonar la Unión tendrán el empujón que necesitan. El daño real no se mide en euros.

Ahí está el problema verdadero. No es el dinero que se llevaron. Es el sistema que puede derrumbarse encima.

Llegamos a la Oficina Central de Seguridad. Dos guardias frente a los monitores, un tercero al teléfono. Al vernos, cuelga y se pone de pie. Bauer nos presenta con pocas palabras. El hombre asiente, más concentrado en las pantallas que en nosotras.

—¿A qué hora detectaron el problema? —pregunto.

—A las 18:30 —contesta Bauer—. Transacciones que nadie había autorizado. Tardamos media hora en decidir congelar todo. Eso generó el caos por partida doble: llamadas por las transacciones fantasma y pánico entre quienes tenían fondos reales bloqueados.

—Entonces, el acceso se habilitó poco antes —digo—. Necesito ver todas las grabaciones desde las 18:00 horas.

Bauer da instrucciones. Los guardias vuelcan el material en seis monitores simultáneos. Es mucho para revisar en poco tiempo, pero el ataque ocurrió fuera del horario pico. Menos gente en movimiento significa menos imágenes que filtrar.

Le explico a Luna y a Bauer qué comportamientos buscamos. Bauer lo transmite. Luego marca un número.

—Llamé a un programador de seguridad digital —me dice al colgar—. Toda la actividad en los ordenadores del banco queda registrada. Necesitamos a alguien que lea esos registros y nos diga exactamente qué hizo cada máquina sospechosa.

Llega el programador con una *notebook* bajo el brazo y cara de no haber dormido. Bauer le habla. El hombre se sienta y nos mira.

—Díganme qué necesitan —dice en un español aplastado por el acento alemán.

—Vamos a señalar comportamientos extraños en las cámaras —le contesto—, identificas la terminal correspondiente y revisas qué hizo ese ordenador en ese momento.

Las pantallas se llenan de secuencias. Empezamos a marcar comportamientos inusuales.

Un hombre que abre una ventana en su ordenador mira a los lados y teclea algo rápido.

—Ese —señalo.

El programador identifica la terminal y busca el registro.

—Revisó su cuenta bancaria personal —responde—. Está prohibido en horario de trabajo, por eso miraba a los lados.

Un guardia descarta la imagen.

Otro monitor muestra a una mujer que abre un archivo, lo estudia durante varios minutos y luego lo cierra sin hacer nada.

—Esa —dice Luna.

—Leyó un informe confidencial de otro departamento —dice el programador tras unos segundos—. No tenía autorización. Probable espionaje interno, pero no relacionado con el ataque.

Bauer anota algo. Seguimos.

Un hombre con traje que se queda inmóvil frente a la pantalla durante casi cuatro minutos sin tocar el teclado.

—¿Qué hace? —pregunto.

—Está viendo pornografía —dice el programador. Bauer menea la cabeza con el gesto de quien ya no se sorprende de nada.

Veinte minutos de material revisado. Nada que encaje con lo que buscamos. La ventana de tiempo se estrecha y todavía no tenemos nada.

—¿Qué es eso? —dice Luna de pronto, señalando una de las pantallas.

Todos la miramos. Un hombre con ropa de limpieza abre una puerta y entra a un espacio pequeño.

—Alguien de mantenimiento —responde Bauer—. ¿Por qué?

—No lleva ningún artículo de limpieza —dice Luna.

Bauer habla con uno de los guardias.

—Es el área que da acceso al sistema de ventilación del edificio —explica.

—¿Y la cámara dentro de ese espacio? —pregunto.

—No hay cámara adentro —afirma—. Es un cuarto pequeño con la consola que controla la ventilación. Nada más.

Luna pide que amplíen la secuencia en la pantalla grande. El hombre entra a las 18:22 y sale a las 18:31. Nueve minutos exactos. Justo antes de que comenzara el ataque.

—¿Qué lleva en la mano? —pregunto, entrecerrando los ojos.

El guardia amplía esa parte de la imagen.

—Es un móvil —dice Bauer.

—Cuando sale, ya no lo tiene —señalo, comparando los dos fotogramas.

Otro guardia llama la atención sobre algo en su monitor. Es el mismo lugar, cuarenta minutos después. El mismo hombre vuelve a entrar y sale con el móvil en la mano.

—¿Hay ordenadores en ese cuarto? —pregunto al programador.

—No que yo sepa.

Bauer frunce el ceño. Se vuelve hacia uno de los guardias.

—Quiero el último parte de mantenimiento de esa sala.

El guardia consulta el sistema durante unos segundos.

—Ayer se realizó mantenimiento en la ventilación —responde—. Los técnicos dejaron un ordenador portátil conectado para monitorizar el sistema durante una semana.

Bauer me mira.

—Entonces sí hay un ordenador ahí dentro.

Me vuelvo al programador.

—Hay un ordenador en ese cuarto que no está bajo tu control. Alguien entró con un móvil, lo dejó allí durante nueve minutos y volvió más tarde a recuperarlo. Si ese portátil estaba conectado a los sistemas del banco, ese móvil pudo haber servido como punto de acceso o como enlace para una conexión remota. Es la primera pista real que tenemos.

El programador teclea unos segundos. Se detiene. Se quita los lentes y nos mira a las dos con la expresión de quien acaba de confirmar exactamente lo que temía.

—Lo tenemos —afirma.

Le digo a Bauer que necesitamos bajar a esa sala ahora mismo.

5

EL PRIMER MUERTO

Banco Central Europeo, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 2:30 a. m.

Salimos al instante hacia el lugar que vimos en las cámaras. Dos guardias vienen con nosotros para guiarnos. Al tercero, Bauer le ordena que se quede en la Oficina Central de Seguridad para identificar al hombre de la limpieza. El programador también viene porque necesito que revise el ordenador con sus propios ojos.

Bajamos al subsuelo. Los corredores cambian de carácter en cuanto dejamos atrás el último tramo de escaleras: tuberías, cables, puertas metálicas sin señalización. Llegamos a la sala de ventilación. La puerta no tiene seguro. Cualquiera puede entrar. Es por eso que la eligieron.

Ingresamos. El espacio es tan pequeño que los guardias esperan afuera. Somos Bauer, el programador, Luna y yo, prácticamente hombro con hombro.

El programador se acuclilla frente al portátil de mantenimiento apoyado contra la pared. Conecta una herramienta de diagnóstico y observa la pantalla durante unos segundos.

—Está conectado a la red interna del banco —dice finalmente—. Eso no debería ocurrir. Este equipo tendría que estar aislado y comunicarse únicamente con el sistema de ventilación.

—Alguien modificó la configuración —dice Bauer, frunciendo el ceño.

—No encuentro ninguna herramienta de monitorización ni registros operativos visibles —prosigue el programador—. Alguien intentó limpiar este portátil de mantenimiento. Necesito analizar el disco para saber hasta qué punto lo consiguió.

Se pone de pie.

En ese momento, escucho pasos en el corredor exterior. Rápidos. Más de uno. Los guardias que esperaban afuera se apartan. La puerta de la sala se abre.

Son dos agentes de traje oscuro. Detrás de ellos, una mujer de unos cincuenta años, pelo gris cortado a la mandíbula, placa en la mano. Se planta en el umbral y habla en alemán, corto y directo. Bauer palidece.

—Son del BfV —me dice en voz baja—. Contrainteligencia federal.

La mujer me mira. Me evalúa en dos segundos.

—*Kommissarin* Hella Brandt —dice en alemán, sin apartar los ojos de mí—. Esta sala queda bajo jurisdicción del BfV a partir de ahora.

Le dice algo a Bauer, también en alemán. Él asiente sin contestar.

—Ustedes dos —me dice Brandt, señalándonos a Luna y a mí— tienen diez minutos antes de que selle el acceso. Después de eso, necesito que abandonen el edificio.

—Acabamos de encontrar algo —explico.

—Lo sé —responde—. Por eso les doy diez minutos y no cinco.

Me mira fijo. No es una negociación. Es un plazo.

Hago el cálculo en un segundo. Brandt sabe que estamos aquí sin autorización. Sabe que Bauer nos trajo. Podría detenernos ahora mismo y pasarse la noche tomando declaraciones. No lo hace. Eso significa que necesita lo que tenemos, aunque todavía no sabe exactamente qué es. Si la dejo creer que llevamos ventaja, los diez minutos pueden convertirse en algo más útil. Si le muestro todo ahora, perdemos la única moneda de cambio que tenemos.

—Diez minutos —repito, como si fuera mi decisión y no la suya.

Me vuelvo al programador.

—Todo lo que puedas sacar de ese ordenador antes de que te lo confisquen, me lo das ahora.

El hombre empieza a teclear. Luna se pone a su lado. Yo vigilo el reloj.

Brandt observa desde el umbral sin moverse. No interfiere. Solo observa. Eso me dice más de ella que cualquier credencial: sabe muy bien lo que hace y no necesita demostrarlo.

Ocho minutos después, el programador nos entrega una copia parcial de los registros del portátil de mantenimiento: conexiones recientes, archivos borrados y una imagen rápida de los sectores que todavía no habían sido sobrescritos. No es suficiente para reconstruir todo el sabotaje, pero sí para darle a Andrew una puerta de entrada.

Salimos al corredor. La puerta de la sala se cierra detrás de nosotras.

—¿Quién es esa mujer? —pregunta Luna.

—Un problema nuevo —respondo.

Luna me mira. Espera algo más.

—Brandt no reaccionó a las alarmas. Sabía que algo iba a ocurrir aquí esta noche. El BfV lleva tiempo siguiendo esta pista.

—¿Y si lleva más tiempo siguiendo al Anillo que nosotras? —dice Luna.

—Entonces, tiene información que nosotras no tenemos —respondo—. Y eso la hace peligrosa o útil. Todavía no sé cuál de las dos—. Señor Bauer —digo—. Necesitamos el nombre del hombre de la limpieza ahora.

—Mis hombres ya deben tenerlo —responde—. Vamos.

Salimos al corredor. Llamo a Andrew.

—Alguien entró físicamente a esos servidores desde esa terminal y sabía con exactitud lo que hacía —dice en cuanto termino de explicarle—. No puede ser solo un empleado de limpieza. En cuanto tengan su nombre, pásenme todo. Yo me encargo del resto.

—El hombre puede llevar horas fuera del país —afirmo.

—O puede estar en su casa —dice Luna en voz baja, con ese tono que usa cuando todavía no quiere decir lo que está pensando.

Subimos dos pisos hasta la oficina de Bauer. Un asistente le entrega unos papeles en cuanto entramos. Bauer los revisa, dice algo, el asistente sale.

—Le pedí una copia en español. —Me tiende los papeles—. Necesitan su dirección, supongo.

Toma un bolígrafo y subraya la dirección antes de entregármela. La escaneo con el móvil.

—Denos cuarenta minutos antes de avisar a la Policía —le pido.

—Una hora —responde—. Ese es el tiempo que tienen.

Bajamos al aparcamiento.

—Hay mucha gente enojada con el Anillo —dice Luna mientras conduzco y ella fotografía los documentos con el móvil, pasa las imágenes por el reconocedor de texto y traduce—. Zimmermann, Bauer. No son los únicos descontentos.

Tiene razón, pero no es el momento de pensarlo.

—Se llama Berthold Falkenberg —dice—. Cuarenta y siete años. Vive solo.

Le envía el archivo a Andrew. En silencio, espero que Andrew encuentre algo útil antes de que lleguemos. Dudo que encontremos mucho en el piso, pero no tenemos otra pista y el reloj corre.

Llegamos al barrio de Heddernheim. Edificio de clase media, nada fuera de lo normal. El tipo de lugar donde vive alguien que no quiere llamar la atención. Dejamos el coche a media calle y caminamos hacia la entrada.

En el momento justo vemos salir a dos hombres jóvenes que abren la puerta desde adentro. Tomo a Luna del brazo y me echo a reír de nada, como si acabara de contarme algo gracioso. Ellos se codean entre sí. Luna me arrastra hacia adentro tomándome de la mano. Al pasar junto a ellos, rozamos sus cuerpos apenas lo suficiente. Dicen algo en alemán. Les sonreímos y vamos directo a la escalera sin detenernos. Si esperábamos el ascensor, venían a hablarnos. Lo importante era entrar.

En la primera planta, tomamos el ascensor hasta la séptima. Saco el arma. Luna también. Séptima planta, corredor vacío, piso D.

—Ya está —dice Luna después de dos minutos con el cerrojo. Guarda las ganzúas y levanta el arma—. Cubres tú.

Entro primero, pegada a la pared. Luna entra detrás cubriendo el ángulo ciego. Limpiamos la entrada en tres segundos.

No hay nadie que nos espere.

Pero no está vacío.

Reconozco al hombre del video de seguridad. Berthold Falkenberg está colgado del cuello en el centro de la sala.

Bajo el arma despacio.

Lleva horas así. La rigidez del cuerpo lo dice todo. Murió antes de que nosotras llegáramos al banco, quizás antes de que el ataque terminara.

—Perdimos la pista —dice Luna.

—No —respondo—. Perdimos a este hombre. La pista sigue en algún lado.

Saco el móvil y fotografío la sala antes de tocar nada: el cuerpo, la silla caída, la nota sobre la mesa, la taza de café junto a la cafetera todavía encendida, el teléfono al lado y el portátil cerrado sobre una mesa auxiliar. No necesito recuerdos de este lugar. Necesito que Andrew vea lo mismo que vemos nosotras, por si hay algún detalle que se nos escape.

—Nos llevamos el móvil y el portátil —le digo a Luna—. Lo demás queda como está.

Luna asiente. Guarda ambos en su bolso con cuidado, después de fotografiar dónde estaban.

Si Andrew puede reconstruir los movimientos de Falkenberg en las últimas semanas, todavía tenemos algo. El Anillo lo reclutó, lo entrenó y lo activó. Ese proceso deja rastros. Siempre deja rastros.

Lo que me preocupa es otra cosa.

Si ya estaba muerto cuando sonaron las alarmas en el banco, actuó y después tomó la decisión aquí, en esta sala, antes de que nadie supiera cómo había salido todo. Eso dice algo sobre el peso de lo que hizo. Y sobre lo que les puede esperar a los demás, como a él.

Llamo a Andrew.

—Necesito todo lo que encuentres sobre Berthold Falkenberg —digo—. Movimientos bancarios, comunicaciones, cualquier cosa de las últimas cuatro semanas. Y rápido.

—Dame diez minutos —responde.

Luna camina despacio alrededor del cuerpo sin tocarlo, estudiándolo con esa concentración suya que no es morbo, sino método.

—No opuso resistencia —afirma—. Las marcas en el cuello son consistentes con un ahorcamiento voluntario. Pero hay algo que no encaja.

Luna se detiene junto al cuerpo.

—Un hombre que acaba de sabotear el Banco Central Europeo y recibe dinero por ello no se suicida tres horas después. A menos que no tuviera otra opción.

Esa idea se queda suspendida entre nosotras. Tiene razón y, al mismo tiempo, no la tiene. Las marcas son voluntarias, la puerta estaba cerrada por dentro, no hay señales de lucha. Fue un suicidio. Pero algo lo llevó a ese punto en cuestión de horas. Algo que va más allá del arrepentimiento ordinario.

—Nos vamos —digo.

Salimos sin tocar nada más.

Bajamos por la escalera. En el vestíbulo, a través del cristal de la entrada, veo dos figuras paradas en la acera. Traje oscuro. Postura que no es de vecinos ni de curiosos.

—BfV —le digo a Luna en voz baja.

Seguimos caminando sin cambiar el paso. Empujamos la puerta. Los dos agentes nos miran, pero no se mueven. Un coche aparcado al otro lado de la calle enciende las luces. La puerta se abre.

Hella Brandt cruza la calle hacia nosotras.

Se detiene a dos metros. Nos mira a las dos. Luego mira hacia el edificio.

—Séptima planta —afirma.

—Piso D —respondo.

Brandt asiente una sola vez. Le hace una seña a uno de sus agentes todavía pendiente de mi reacción.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —pregunta.

—Varias horas. Antes del ataque al banco.

Algo cambia en su expresión. No es sorpresa. Es la confirmación de algo que ya sospechaba.

—Se suicidó antes de saber si el ataque había funcionado —dice, más para sí misma que para nosotras—. Eso no encaja con ningún perfil criminal que yo conozca.

—A mí tampoco me encaja —opino.

Brandt me estudia un momento. Hay algo en su mirada que no es hostilidad ni confianza, sino algo más incómodo: reconocimiento.

—Tienen una hora de ventaja sobre nosotros —dice—. Úsenla bien.

Se gira y entra al edificio con sus agentes.

Luna me mira.

—¿Nos acaba de dejar ir? —pregunta.

—Nos acaba de decir que corramos —respondo.

Caminamos hacia el coche sin mirar atrás.

6

LA CASA DE NADIE

Heddernheim, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 3:20 a. m.

Conduzco. Luna va en silencio a mi lado con el portátil de Falkenberg sobre las rodillas y el móvil en la mano.

Falkenberg llevaba varias horas muerto cuando llegamos. Suicidio, sin dudas: puerta cerrada por dentro, silla caída. En la nota que dejó en la mesa, escrita en alemán, se lee «Es tut mir leid». Pide disculpas. No da nombres, no describe lo que hizo, no intenta justificarse. Solo dice que lo siente. Eso no es la nota de alguien que actúa por culpa. Es la nota de alguien que sabe que no puede decir más.

Lo mataron mucho antes de esta noche. Cuando lo reclutaron, cuando lo entrenaron, cuando lo convirtieron en una herramienta. Lo que colgó del cable en ese piso fue lo último que quedaba de Berthold Falkenberg, después de que el Anillo terminó con él.

—El piso —dice Luna, sin apartar los ojos del móvil que está intentando desbloquear—. ¿Lo notaste?

—No tenía nada personal —contesto—. Ni una foto, ni un libro, ni un imán de nevera. Diez años en ese lugar y ninguna marca de quién era.

—Exacto. —Deja el móvil en el regazo—. La gente acumula sin darse cuenta. Falkenberg no. Alguien vivía en ese piso, pero Berthold Falkenberg no terminó nunca de llegar. Como si supiera, en algún nivel que no podía nombrar, que ese lugar no era suyo de verdad.

No respondo. Lo que dice tiene sentido, pero no es lo que me preocupa ahora mismo.

—Necesito que Andrew abra esto —afirmo—. El portátil tiene contraseña. El móvil también, supongo.

—El móvil no. —Luna lo levanta—. Estaba en la cocina junto a un café a medio tomar. Si lo hubieran matado, no habrían dejado el teléfono. Ni el café con la cafetera encendida.

—¿Qué tiene?

—Poco. Muy poco para alguien que vivía solo. Sin redes sociales, sin fotos, sin conversaciones largas. Solo mensajes de trabajo y un par de llamadas al banco. —Pausa—. Y esto.

Me muestra la pantalla. Un mensaje de texto recibido hace una semana. Sin remitente identificado. Solo un número que Andrew rastreará en cuanto pueda.

El mensaje dice: «Bono acreditado. Prepararse».

—Bono —repito en voz baja.

No me gusta la palabra. No en un móvil casi vacío. No en la vida de un hombre que no dejó fotos, conversaciones ni rastros normales.

—Parece un pago —dice Luna.

—O una forma de avisarle que algo empezaba.

Vuelvo a leer el mensaje. «Prepararse». No dice para qué. No da instrucciones. No amenaza. Solo marca un antes y un después.

—Primero le pagan —digo—. Después le dicen que se prepare.

Luna guarda silencio unos segundos.

—Entonces faltan cosas.

Asiento.

—Sí. Si esto fue el inicio, tuvo que haber algo más después. Una orden, una fecha, una presión. Algo que lo llevara del mensaje al banco.

—Y luego a la soga —dice Luna.

No respondo de inmediato. Miro la carretera delante de nosotras.

—Sí —digo al fin—. Y luego a la soga.

Luna guarda el móvil.

—O alguien le ayudó a tomar esa decisión —dice en voz baja.

Eso es lo que no termina de cuadrarme. Un hombre que se arrepiente no muere la misma noche del sabotaje. Se arrepiente días después, semanas después, cuando el peso se vuelve insoportable. Falkenberg murió demasiado rápido. Demasiado ordenado. Demasiado conveniente para el Anillo.

Llamo a Andrew.

—Móvil de Falkenberg —informo en cuanto descuelga—. Te paso el número que recibió un mensaje hace una semana.

—Dame veinte minutos —responde.

Luna ya le está pasando el número y la captura del mensaje.

—Hay algo más —dice sin levantar la vista—. En el piso no había nada personal visible, pero debajo del colchón encontré esto.

Saca del bolsillo una fotografía pequeña, desgastada por el uso. Dos personas. Un hombre joven que podría ser Falkenberg hace veinte años, y una mujer de edad similar. Los dos sonríen. Al dorso, una fecha: 2003. Y un nombre: Hanna.

—No aparece en ninguno de sus documentos —añade Luna—. Sin familia registrada, sin contactos de emergencia, sin nada. Pero la guardaba debajo del colchón.

La miro. Una fotografía escondida es lo opuesto a un piso vaciado de identidad. Alguien le quitó su vida a Falkenberg, pero no pudo quitarle esto. Lo guardó donde nadie lo vería. Lo guardó para él solo.

—Hanna —digo.

—Si Andrew encuentra quién es —dice Luna—, puede que encontremos por qué Falkenberg hizo lo que hizo. La extorsión no siempre es con dinero.

Eso lo cambia todo. Un hombre sin nada que perder es difícil de doblegar. Un hombre con alguien que proteger es otra cosa. Si Hanna existe y el Anillo la encontró antes que nosotras, Falkenberg no tuvo otra opción. Y si el Anillo la encontró, puede que todavía la tenga.

—Mándame la foto —le pido a Luna.

La fotografío con el móvil y se la reenvío a Andrew junto con el resto.

Veinte minutos después, Andrew llama.

—El móvil primero —dice—. El número del mensaje es una tarjeta prepago comprada en efectivo en Hamburgo hace seis semanas. Sin registro de titular. Sin más llamadas desde ese número. Callejón sin salida.

—¿Y la fotografía?

—Busqué a Hanna en todos los registros a los que tengo acceso. Nada vinculado a Falkenberg. Ninguna mujer con ese nombre en su historial, ni familiar, ni laboral. Puede que sea alguien de antes de los registros digitales, puede que el nombre sea un apodo. —Pausa—. Lo siento. Esta pista no tiene salida.

—El portátil sigue en pie —digo—. En cuanto encuentre dónde conectarlo, es todo tuyo.

—Avísame —responde—. Hasta entonces, trabajad con lo que consigáis por otros medios.

Cuelgo.

Luna me mira sin preguntar. Lee la respuesta en mi cara.

—Pista muerta —afirmo—. El móvil y la fotografía. El portátil todavía no sabemos.

Ella asiente. Guarda con cuidado la fotografía en el bolsillo de la chaqueta, como si todavía valiera algo, aunque no lleve a ningún sitio.

—Perdimos a Falkenberg —digo—. Perdimos el número, perdimos a Hanna. El portátil sigue bloqueado hasta que Andrew pueda entrar. ¿Qué más tenemos?

—Tenemos el inicio de un patrón —dice Luna—. Un bono, un mensaje de preparación y una orden que todavía no encontramos. Si lo usaron con Falkenberg, pudieron usarlo con otros. Y si lo usaron con otros, Andrew puede buscar señales parecidas antes de que los activen.

Tiene razón. Falkenberg era el primer dominó. No el único.

Llamo a Andrew otra vez.

—Necesito que busques el patrón —le digo—. Transferencias inusuales a empleados bancarios en los últimos dos meses. Europa

primero. Cualquier banco, cualquier país. Si el Anillo preparó esto a escala, hay más Falkenbergs esperando su turno.

—Ya lo estoy mirando —dice—. Dame unas horas.

Cuelgo y conduzco en silencio.

Fráncfort despierta despacio a nuestro alrededor. Camiones de reparto, las primeras luces en las ventanas de los edificios, algún corredor solitario en la acera. La ciudad no sabe lo que pasó esta noche. Mañana lo sabrá, cuando los medios publiquen lo del BCE, y lo leerá como un fallo técnico o como el trabajo de *hackers* anónimos. Nadie va a escribir sobre Berthold Falkenberg. Nadie va a escribir sobre la fotografía debajo del colchón ni sobre la cafetera que quedó encendida.

—¿Adónde vamos? —pregunta Luna.

—A parar un momento —contesto—. Y después, a donde nos lleve Andrew.

7

NADIE BUSCARÍA ALLÍ

Kleinmarkthalle, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 11:20 a. m.

Dormí cinco horas. No fueron suficientes.

Luna ya está lista cuando abro los ojos. Salimos a la calle y caminamos durante doce minutos hasta la Kleinmarkthalle.

El mercado cubierto de Fráncfort a mediodía es lo que necesitamos. Trescientas personas moviéndose entre puestos de queso, carne, especias y flores, el ruido constante de conversaciones en alemán, el olor a café mezclado con pescado ahumado, vendedores que gritan precios. Nadie nos mira dos veces. Nadie puede escucharnos. Y desde cualquier punto del mercado vemos todas las entradas.

Caminamos despacio entre los puestos con el móvil en la mano, como turistas que fotografían productos. Andrew y el resto del equipo están en línea.

—Solo circulan rumores sobre el BCE —dice Andrew en el auricular—. Ningún comunicado oficial todavía.

—Hace una hora la Policía encontró el cadáver de Falkenberg —informa Freddy—. Y recibió hace una semana un bono de tres mil euros de una cuenta sin vinculación con el banco. Junior está rastreando el origen.

—Tres mil euros —repito—. Eso no cuadra con el riesgo que asumió.

Paso junto a un puesto de especias. Una mujer mayor llena bolsas de papel con una pala pequeña. El olor a comino y cúrcuma es denso.

—Lo mismo pienso —opina Luna, que camina medio paso detrás de mí, vigilando el flanco derecho—. Un ciudadano ejemplar no tira su vida por la ventana por tres mil euros. Hay algo que no estamos viendo.

—¿Alguna deuda, algún problema financiero? —le pregunto a Andrew.

—Nada —responde—. Ciudadano ejemplar en todos los sentidos.

—Sin familia, sin pareja, sin nadie a quien amenazar —agrego—. Y si lo amenazaron de muerte, ¿qué sentido tiene suicidarse después?

Peter y Junior aparecen en la línea. Acaban de llegar al búnker.

—Tanta pulcritud, tanta vida sin rastros —dice Peter—. Puede que Falkenberg se infiltrara hace tiempo y esperara el momento.

—¿Y el suicidio? —pregunta Junior.

—La mente humana no actúa de manera lógica cuando la culpa entra en juego —responde Peter—. Quizás se acostumbró a su vida de empleado común más de lo que esperaba.

Luna me toca el brazo. Señala con los ojos hacia la entrada norte del mercado. Un hombre de traje oscuro lleva dos minutos parado junto a un puesto de frutas sin comprar nada. Demasiado quieto para este lugar.

Giramos despacio hacia el pasillo central sin cambiar el paso.

—Rastrea el pasado completo de Falkenberg —le dice Freddy a Andrew—. Cómo llegó al banco, qué eventos llamativos hubo en los últimos años.

—Lleva diez años trabajando allí —responde Andrew—. Si se infiltró desde el principio, esperó una década para actuar.

El hombre del traje se mueve. Camina hacia el pasillo de lácteos. No nos sigue. Era un cliente que esperaba a alguien. Luna exhala despacio.

—No importa —dice—. Averigua igualmente cómo fue contratado. Exactamente cómo. Qué agencia, qué proceso, quién lo aprobó.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto.

—En mirar donde normalmente no miraríamos —contesta Luna —. La posibilidad de que esto haya empezado hace diez años parece demasiado remota para que alguien siquiera la considere.

Termino la frase antes de que ella lo haga.

—Y por lo tanto, nadie buscaría allí —afirmo—. Andrew, tenemos el ordenador de Falkenberg aquí. ¿Puedes entrar si Luna lo conecta a su red móvil?

—Dame un minuto —dice Andrew.

Luna ya está sacando el portátil de la mochila. Nos detenemos junto a un puesto de café en el pasillo central. El vendedor no nos mira. Nadie nos mira. Luna enciende el portátil, activa el *hotspot* del móvil y conecta los dos dispositivos en menos de treinta segundos.

—No abras la sesión de Falkenberg —advierte Andrew—. Usa el dispositivo externo de la mochila y arranca desde ahí. Si el disco no está cifrado del todo, podré leer lo que quede sin pasar por su contraseña.

Luna obedece. La pantalla se apaga, vuelve a encenderse y carga una interfaz mínima.

—Ya lo tengo —informa Andrew.

Me detengo junto al mostrador del puesto. El vendedor deja dos cafés sin que los pidamos. Los acepto. Afuera empieza a llover sobre el cristal del techo del mercado.

Mi móvil vibra. Número alemán. Lo descuelgo.

—*Kommissarin* Brandt —digo antes de que ella hable.

Silencio de medio segundo.

—Tiene buen instinto —dice Brandt.

—Y usted tiene mi número. ¿Qué encontró en el piso de Falkenberg?

—Lo mismo que usted, supongo —responde—. Un suicidio demasiado limpio. Una mesa auxiliar vacía donde antes había un portátil. Y una cafetera encendida que nadie apagó.

—¿Y?

—Y tenemos algo que usted no tiene —dice Brandt—. Los registros en papel de la agencia que contrató a Falkenberg hace diez años. El BfV lleva meses vigilando esa agencia sin saber exactamente por qué importa. Ahora lo sabemos.

Me quedo quieta junto al puesto de café.

—¿Qué quiere a cambio? —pregunto.

—Lo que encontró en el portátil de Falkenberg —responde—. Sé que su *hacker* ya está dentro. Sé que halló algo. Lo que tiene usted y lo que tengo yo juntos vale más que separado.

Miro hacia el techo de cristal del mercado. La lluvia golpea en diagonal.

—Una hora —digo—. Le mando lo que tenemos y usted me manda los registros de la agencia.

—Treinta minutos —responde Brandt—. El tiempo corre para las dos.

Cuelga.

Andrew entra en la línea antes de que guarde el móvil.

—Tengo algo —dice—. El disco está casi limpio, pero no lo limpiaron perfecto. Quedó un fragmento de registro en una partición de arranque. Alguien accedió al portátil desde una IP externa hace nueve días. Servidor proxy en Praga. Detrás, otro en Estambul. Después, nada. La cadena se corta sola.

—¿Cuánto tiempo estuvo conectado?

—Cuatro minutos y diecisiete segundos. Suficiente para dejar instrucciones y salir.

Luna levanta los ojos de la pantalla y me mira. Su silencio confirma que ha entendido lo mismo que yo.

—Pásamelo a mí —le pido—. Yo se lo enviaré a Brandt. Eso es lo que tenemos para el intercambio.

—Freddy —digo—. Necesito que investigues la agencia que contrató a Falkenberg. No el proceso estándar. El gerente que lo aprobó, de dónde vino y adónde fue.

—Lo tengo —dice Freddy—. Esta tarde.

Salgo del mercado a la lluvia sin paraguas. El agua fría en la cara ayuda más que el café.

En treinta minutos, Brandt tendrá el *log* que acabo de reenviarle. Nosotras tendremos los registros en papel de la agencia. Andrew tiene el patrón, pero no el nombre. Freddy busca el nombre.

Es poco. Pero es más que hace una hora.

8

CUARENTA Y SIETE FANTASMAS

Búnker de Andrew, Nueva York
Martes, 21 de junio, 9:30 a. m.

El *log* del portátil de Falkenberg ya está en manos de Brandt. Andrew lo mandó hace media hora, justo después de encontrarlo en la memoria de arranque. Cuatro minutos y diecisiete segundos de conexión desde un servidor proxy en Praga. La IP se cortó sola después de Estambul. Instrucciones dejadas y rastro borrado. Es todo lo que el portátil tenía. Estaba formateado hasta los cimientos.

Ahora Andrew trabaja con los registros en papel de la agencia que Brandt nos mandó a cambio. Junior los digitalizó y los tiene en pantalla.

—Paso al historial de contratación —dice Andrew—. Junior me ayuda con eso.

Alain y Peter observan desde un costado, sin saber qué hacer con las manos. Este tipo de trabajo los desespera. Pero es tan necesario como cualquier otra cosa.

—La empresa que lo contrató se llama Eurotalent —anuncia Andrew veinte minutos después—. Gran reputación, clientes importantes, nada sospechoso a la vista.

—Yo encontré algo —afirma Junior—. Durante el período en que enviaron a Falkenberg al banco, el gerente de Eurotalent era un

británico llamado George Cavendish. Estuvo a cargo un año y renunció sin explicaciones.

—¿Y? —pregunta Peter.

—No hay registros de dónde trabajaba antes ni adónde fue después —responde Junior—. Ningún rastro. A ese nivel, siempre son las mismas personas las que rotan de una empresa a otra. Un desconocido no entra sin que alguien lo respalde ni sin dejar huella. Es como si hubiera aparecido para hacer un trabajo y luego hubiera desaparecido.

Andrew ya está tecleando.

—Hay muchos George Cavendish en el sistema —dice—. Escritores, políticos, un chef. Es un nombre demasiado común en Inglaterra. Casi sospechosamente común.

Los tres observan las pantallas moverse a una velocidad que ninguno podría seguir.

—La única referencia concreta es su paso por Eurotalent —dice Andrew al fin—. No hay historial fiscal, no hay dirección de residencia. George Cavendish no existe en ningún registro relevante fuera de ese año.

—Usó una identidad falsa —dice Peter—. Eligió un nombre común para que la búsqueda se perdiera entre resultados irrelevantes. Encontrarlo diez años después será casi imposible.

—Lo que están sugiriendo —dice Alain, levantando una mano— es que alguien colocó a un infiltrado como gerente de una empresa reconocida con el único objetivo de meter a Falkenberg en el BCE hace diez años, para que lo saboteara recién ahora. Eso requiere una planificación a largo plazo que me cuesta creer incluso para el Anillo.

—Mira quién habla —le responde Peter—. El mismo que hace unos meses liquidaba cosas difíciles de explicar en Ucrania.

—Visto así —afirma Alain con una sonrisa torcida—, lo de Cavendish tiene toda la lógica del mundo.

—Investiga más sobre lo que hizo durante ese año —le dice Peter a Andrew—. Quién lo contrató, por qué se fue, qué decisiones tomó. Tiene que haber otra pieza.

Eiserner Steg, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 4:30 p. m.

Son las cuatro y media de la tarde cuando Andrew llama.

Luna y yo llevamos un rato en el Eiserner Steg, esperando que algo se mueva. El puente de hierro sobre el Main es el mejor lugar que encontramos: aire libre, visión completa en ambas direcciones, sin esquinas ni ángulos ciegos. Si alguien nos sigue, lo veremos venir desde cincuenta metros. Los candados de los enamorados cubren los barandales de hierro oxidado de lado a lado. Una ironía que no tengo energía para apreciar.

Dormí lo que pude antes de salir. No fue mucho. Estuve mirando el techo pensando en Falkenberg, en la agencia que lo contrató y en todo lo que todavía no encaja. A las cuatro salimos. Mejor moverse que esperar quietas.

—Justo estaba por llamarte —dice Andrew—. Entré en los sistemas de Eurotalent.

—Te escuchamos —respondo, y pongo el móvil en altavoz.

Luna se apoya en el barandal y cruza los brazos.

—Lo primero: hay un nombre. George Cavendish. Salió de la nada y a la nada volvió. La junta directiva de Eurotalent aprobó su nombramiento con un currículo prácticamente inexistente. Solo figuraba como graduado en Oxford y gestor de contenido de un centro de estudios en línea. Cuando investigué esa referencia, el George Cavendish registrado en Oxford tenía un rostro completamente diferente al que aparece en los documentos de Eurotalent. Alguien creó esa identidad usando el nombre de una persona real.

—O la junta directiva no revisó nada —opina Luna—, lo cual sería una negligencia difícil de creer para una empresa de ese nivel, o fueron cómplices desde el principio. Alguien abrió la puerta para que ese fantasma entrara.

—Exacto —dice Andrew—. Y durante ese año, en apariencia, desempeñó sus funciones con normalidad. Con una excepción que no tiene ninguna explicación lógica dentro de su rol.

—¿Cuál?

—Él mismo seleccionó a cuarenta y siete empleados. Lo cual no formaba parte de su trabajo. Su función era gestionar cuentas estratégicas, no entrevistar candidatos de nivel medio. No aprobó ninguna otra contratación durante todo su tiempo en la empresa. Solo esas cuarenta y siete personas. Ninguna más.

—¿Y adónde fueron a trabajar? —pregunto.

—¿Dónde imaginan? —dice Andrew, con ese tono que usa cuando la respuesta va a cambiar el peso de la conversación.

—Tú dímelo.

—Los diez bancos más importantes de Europa. Cuatro o cinco por institución, en puestos de mantenimiento, seguridad y servicios generales. Gente que nadie mira dos veces.

El silencio dura un segundo.

—Zimmermann dijo que esto podía destruir el funcionamiento del sistema financiero mundial —dice Luna—. Si hay cuatro o cinco infiltrados en cada banco, lo que vimos anoche puede repetirse en otros nueve lugares.

—Entonces, necesitamos encontrar a esos empleados —afirmo—. Ahora.

—Sus nombres fueron borrados de todos los documentos de Eurotalent —responde Andrew—. No hay fichas, no hay contratos. Solo quedaron las fechas de contratación y los nombres de las empresas destinatarias.

—¿Hay algo que no borraron?

—Un listado de empresas menores que trabajaban con Eurotalent como proveedoras externas —dice Andrew—. Eurotalent colocaba al personal, pero eran esas empresas las que lo reclutaban en origen. Junior está investigando esa cadena ahora mismo. Si alguna tiene registros que Eurotalent no haya borrado, podríamos encontrar nombres.

—Lo veo muy difícil —afirma Luna—. No hay mejor manera de hacer desaparecer un rastro que mediante la tercerización de cada

eslabón. Cavendish se aseguró de que ninguna pieza tuviera la imagen completa.

Tiene razón. Y eso nos deja en el mismo punto de siempre: sabemos el patrón, pero no las piezas.

—Puede que necesitemos volver a Zimmermann —opino—. Nos dio lo que consideraba seguro dar. Pero sabía más. Siempre saben más.

Luna me mira desde el barandal.

—Si volvemos a Zimmermann —dice—, esta vez no podemos llegar con una pantimedia y buenas intenciones. Necesitamos darle algo a cambio. Una razón para que abra la boca más de lo que abrió la primera vez.

—Tenemos algo —afirmo—. Sabemos lo que el Anillo está construyendo. Él no lo sabe todavía. Eso vale.

—¿Y si ya lo saben ellos y lo eliminaron como a Falkenberg?

—Entonces, lo sabremos en cuanto llamemos —respondo.

Descuelgo el móvil y busco el número que Andrew rastreó a partir de los datos de Zimmermann.

Marca. Cuatro tonos. Cinco.

—¿Quién es? —contesta Zimmermann. La voz tiene una tensión nueva que anoche no tenía.

—Ainara Pons.

Silencio de tres segundos.

—Creí que no volvería a saber de usted —dice en voz baja, casi en un susurro—. ¿Dónde está?

—En Fráncfort. ¿Y usted?

—En Fráncfort también. Pero no pienso decirle dónde. —Pausa—. ¿Qué quiere?

—Cavendish —contesto.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—¿De dónde sacó ese nombre? —pregunta, y ahora hay algo distinto en su voz. No es solo tensión. Es miedo.

—De donde usted me señaló. ¿Lo conoce?

—No en persona —responde—. Pero ese nombre se mencionó hace años en ciertos círculos. Alguien que colocaba fichas en tableros que nadie más veía. —Baja todavía más la voz—. Si

encontraron a Cavendish, están más adentro de lo que deberían. Y eso las pone en peligro.

—Ya estamos en peligro, Zimmermann. ¿Qué más sabe?

—Lo que sé podría matarme —confiesa—. Ya lo pensé anoche, ya lo pienso ahora.

—Falkenberg también lo pensó —digo—. Y, de todas formas, lo usaron y lo eliminaron. La única diferencia entre usted y él es que usted todavía puede elegir.

El silencio dura tanto que creo que ha colgado.

—Cavendish no trabajaba solo —afirma al fin—. Gente como él necesita coordinarse. Y para coordinarse, necesita reunirse.

—¿Dónde?

—En ningún lugar que llame la atención. —Una pausa breve—. ¿Sabe cuántos congresos de gestores de recursos humanos se celebran en Europa cada año? Cientos. Nadie los cubre, nadie los recuerda. Son el lugar más invisible del mundo para que se reúnan personas que no deberían conocerse.

Miro a Luna. Ella tiene los ojos fijos en el río.

—¿Y cuándo se reúnen? —pregunto.

—Siempre lo hacen antes de un movimiento grande —responde Zimmermann—. Cada vez que algo importante estaba por pasar, semanas antes había un congreso de esos en alguna ciudad europea de segundo nivel. Nunca en Fráncfort, nunca en Londres. Zúrich, Luxemburgo, Basilea. Ciudades donde ese perfil de gente no levanta ninguna sospecha.

—¿Asistió a alguno?

—Fui invitado una vez. Rechacé la invitación. —Su voz baja un tono más—. Eso es todo lo que voy a decir.

La línea se corta.

Luna no pregunta nada. Ya lo oyó todo.

—Andrew —digo cuando marco su número—. Busca congresos de asociaciones de recursos humanos celebrados en ciudades financieras de segundo nivel en los seis meses previos al sabotaje del BCE. Zúrich, Luxemburgo, Basilea. Si encuentras uno que se repite con frecuencia irregular en distintas ciudades a lo largo de los últimos diez años, tenemos un patrón.

—Dame hasta mañana —responde.

Cuelgo y guardo el móvil.

Un candado oxidado en el barandal tiene grabado un nombre que no puedo leer desde donde estoy. Alguien lo puso ahí hace años, convencido de que ese amor duraría para siempre. La mayoría de las cosas que creemos permanentes no lo son.

—Vamos —le digo a Luna.

Cruzamos el puente hacia el otro lado del Main. Fráncfort nos espera con sus luces encendidas sobre el agua.

9

LA SEGUNDA SEÑAL

La Zeil, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 5:10 p. m.

La Zeil, a esta hora, es un río de gente. Luna y yo nos movemos con la corriente, sin detenernos ni dar a entender que esperemos nada. Nadie nos mira dos veces. En una calle así, lo peor que puedes hacer es quedarte quieta.

Salimos del puente hace cuarenta minutos. Necesitábamos movernos.

El teléfono vibra. Un mensaje de texto. Lo leo sin detener el paso.

«BRANDT: Zimmermann ha abandonado Alemania. Destino Asia. Sin fecha de regreso».

Le paso el teléfono a Luna. Ella lo lee y me lo devuelve sin decir nada. No hace falta. Zimmermann huyó o lo sacaron. Para nosotras, el resultado es el mismo. Esa puerta se cerró.

Seguimos caminando.

—Junior —digo cuando me llama veinte minutos después—. Cuéntame.

—Revisé las empresas reclutadoras que trabajaban con Eurotalent —afirma—. Todas están relacionadas, de una u otra manera, con Alfil Negro.

—Por lo cual, todas están controladas por el Anillo —respondo—. Eso lo imaginábamos. ¿Nos sirve de algo?

—Andrew logró entrar en el sistema de algunas de ellas —explica Junior— y obtuvo nombres de personas reclutadas en las mismas fechas que nos interesan. Si alguno coincide con las contrataciones de los bancos, tendremos por dónde seguir.

—No es mucho —le digo a Luna cuando cuelgo.

—Es más de lo que teníamos hace una hora —responde.

Barrio de Sachsenhausen, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 8:40 p. m.

Llevamos un rato en una sidrería pequeña de Sachsenhausen, en una mesa de la acera desde la que controlamos toda la calle. No teníamos nada que hacer y eso me ponía nerviosa. Estábamos en medio de algo grande, podíamos sorprender al Anillo con las manos en la masa sin que nos estuvieran esperando, pero no teníamos ninguna pista para hacerlo.

En un momento, mientras comemos, Luna apoya su hamburguesa en el plato y me mira fijo. Yo, que estoy a punto de darle un mordisco a la mía, también me detengo.

—Cuatro o cinco hombres contratados por cada banco, dijo Andrew —afirma—. En diez bancos.

—Sí —le respondo con la hamburguesa aún en las manos, esperando que se explique.

Decido darle ese mordisco y escucharla comiendo.

—¿Por qué cuatro? —pregunta—. ¿Para despistar? ¿Para dar más de un golpe por banco? ¿Para que si uno fallaba continuara el siguiente?

—No sé, Luna. Dímelo tú.

—Puede ser cualquiera de las tres —contesta—, pero si empezamos a descartar, llegaremos a la verdadera razón.

—¿Cómo hacemos eso?

—La más fácil de descartar —continúa— es la última. Que sean relevos.

—¿Cómo?

Se echa hacia atrás. Coge con una mano la gaseosa y con la otra el plato, y los separa dejando un espacio visible entre ambos.

—Esta gaseosa es el bono que recibió Falkenberg. La hamburguesa es el sabotaje. En medio, una semana exacta. Eso no fue casual. El incidente tenía que coincidir con la verificación del sistema de ventilación. El único momento en que había un ordenador desprotegido en la red. Si Falkenberg hubiera fallado, el banco se habría puesto en alerta máxima y esa ventana se habría cerrado para siempre. No hay manera de repetirlo días después. El bono no fue un pago. Fue una señal: «listos».

Miro el espacio entre la hamburguesa y la gaseosa.

—Los otros tres infiltrados del banco —digo— ya deberían haber recibido el mismo bono. Todos debían estar preparados por si Falkenberg fallaba.

Luna sonríe. Me limpio la mostaza de los dedos, tomo el móvil y llamo a Andrew.

—Deja lo que estés haciendo —digo cuando contesta—. Verifica si alguien más en el BCE recibió un bono como el de Falkenberg. Mismo monto, fechas cercanas.

—¿Creen que intenten el sabotaje otra vez? —pregunta Andrew.

—No. Los otros infiltrados recibieron ese bono como señal de preparación, por si el primero fallaba.

—Entonces, ¿por qué no los encontramos a todos actuando al mismo tiempo?

La miro a Luna. Ella inclina la cabeza hacia el teléfono.

—El bono fue solo la primera señal —explica en voz alta—. «Preparados». Tiene que haber una segunda: la orden directa de actuar. Si había cuatro infiltrados, todos recibieron la indicación al mismo tiempo. Pero la orden final solo se la dieron a uno. A Falkenberg. Como el sabotaje salió según lo planeado, los otros tres nunca necesitaron esa segunda señal.

—Tiene todo el sentido del mundo —dice Andrew—. Me pongo con eso ahora.

Cuelgo. Mi ánimo está mejor.

—Si es como piensas —le digo a Luna—, tenemos más gente en Fráncfort a quien interrogar. Gente que recibió el bono y sigue esperando una orden que no llegará.

—Hay que moverse rápido —responde—. Si su único objetivo era el sabotaje, una vez hecho el trabajo, los activan para que desaparezcan.

—Por ahora no podemos hacer más. Come tu hamburguesa antes de que se enfríe.

Cuando terminamos, el teléfono vuelve a sonar. Es Andrew. Hablé con él hace doce minutos.

—¿Te olvidaste de algo? —pregunto.

—No —contesta—. Ya tengo lo que me pediste.

Luna levanta las cejas. Es imposible que Andrew haya encontrado algo en este tiempo.

—Antes de que habláramos esta noche —explica, con ese placer discreto que le produce adelantarse a lo que se le va a pedir—, ya había investigado quiénes fueron los que entraron a trabajar en puestos del mismo rango en el BCE durante el mismo año que Falkenberg. Eran siete personas con perfiles similares. Cuando me pediste que buscara bonos, ya sabía exactamente en qué cuentas mirar. El primero que revisé había recibido una transferencia de tres mil euros exactos, el mismo día que Falkenberg, desde una cuenta sin vinculación con el banco. Se llama Erik Müller. Trabaja en el área de plomería, gas y ventilación del edificio.

Me quedo quieta un momento.

—¿En ventilación? —repito.

Algo no cuadra. Müller trabaja en el área donde estaba el ordenador que usaron para el sabotaje. Tenía acceso directo y justificación para estar allí en cualquier momento. La elección más lógica y menos llamativa. Y, sin embargo, eligieron a Falkenberg, que tuvo que entrar a una sala que no era la suya.

Esa decisión no fue aleatoria.

—Dame sus datos —pido—. Dirección, horarios, rutinas. Todo lo que tengas.

—Te lo mando ahora —dice Andrew—. Müller entra al banco a las seis de la mañana. Turno de apertura del área técnica. Vive en Bockenheim, al noroeste. Solo. Sin familia registrada en Fráncfort. Su ruta habitual desde casa al banco cruza por el parque Grüneburgpark. Veinte minutos a pie, siempre por el mismo camino, según las cámaras cercanas y los registros de conexión de su móvil.

—¿Vive solo? ¿Algún horario fijo?

—Solo. Turno de apertura, entra al banco a las seis de la mañana. Ahora mismo debería estar en casa.

Miro el reloj. Las 9:15 de la noche. Mejor cogerlo despierto y sin aviso que esperar a que salga mañana.

—Dame su dirección —digo, y le hago una seña al camarero para que traiga la cuenta—. Vamos por él esta noche.

10

UN HOMBRE SIN RECUERDOS

Bockenheim, Fráncfort, Alemania
Martes, 21 de junio, 9:50 p. m.

Llegamos al barrio de Bockenheim veinte minutos después de salir de la sidrería. Edificio antiguo pero bien restaurado, calles tranquilas, nadie en las aceras. Erik Müller cumple con el mismo perfil que Falkenberg en casi todos los aspectos: el mismo tipo de barrio, el mismo edificio anónimo, la misma trayectoria laboral limpia y gradual que no llama la atención de nadie. Esto es exactamente lo que se espera de alguien en su puesto.

Andrew me manda un mensaje mientras caminamos hacia la entrada: ya localizó a otros dos hombres que recibieron el bono en fechas similares.

—Tenemos dos más después de este —le digo a Luna.

—De a uno —responde—. Primero, veamos qué tiene Müller en común con Falkenberg, además de lo obvio.

Se detiene frente al tablero de timbres y revisa el móvil.

—Su madre se llamaba María Giménez —dice—. Española. Müller vivió dos años en España con sus abuelos maternos cuando era joven. Probemos.

Pulsa el timbre del tercero C. Pasan casi dos minutos. Una voz en alemán. Luna responde en español.

—Señor Müller, somos las agentes Jason y Roberts. Es por un incidente en el banco donde usted trabaja.

Silencio. Luego la misma voz, ahora en español con acento germánico.

—Espere.

Luna me mira.

—Si sale corriendo por la escalera de atrás, sabemos que es culpable —afirmo en voz baja.

—Y si no sale, puede que no tenga nada que ver —responde—. No me gusta asustar a gente inocente, Ainara.

Tiene razón. A veces me olvido de que no todo el mundo es culpable de algo.

Veo movimiento detrás del cristal. Saco mi placa federal y la levanto cuando Müller se asoma. Nos estudia unos segundos y abre. Está en bata, con cara de sueño. Lo levantamos de la cama.

—Señor Müller —dice Luna—. Suponemos que se enteró de la violación de la seguridad en el Banco Central Europeo.

—Sí —responde, todavía adormilado.

—La violación se produjo a través de un ordenador en el área de ventilación —continúa Luna—. Las autoridades del banco nos indicaron que esa es su área de responsabilidad.

—¡Oh! —exclama el hombre, y el gesto cambia. Se relaja. Ahora es alguien que acaba de entender por qué lo llaman y ya no tiene razón para estar a la defensiva—. Claro, pasen.

Entramos. El piso es prolijo y anónimo. El mismo silencio de alguien que no ha dejado huella alguna de sí mismo en el espacio donde vive.

—¿Por qué no vino la Policía alemana? —pregunta Müller mientras nos sentamos.

—El BCE está bajo jurisdicción de la Comunidad Europea —respondo—. Se requiere personal externo cuando el componente institucional supera el ámbito nacional.

Müller asiente. Lo acepta.

—Ya conté en el banco todo lo que sé —empieza—. En el segundo piso se notaba cierta pesadez en el clima, deficiencia de ventilación. Me avisaron para que lo verificara. Llamé a los

especialistas de siempre. Ellos conectaron el ordenador a la consola de control para diagnosticar el problema. No sé más que eso.

—¿Conocía a Berthold Falkenberg? —pregunto.

—¿A Bert? ¿El de limpieza? Por supuesto. Lo veo todos los días. —Pausa—. Hoy no lo vi, pero con todo lo que pasó en el banco no me llamó la atención.

—El señor Falkenberg está muerto —dice Luna, sin preparación ni rodeos.

La brusquedad es deliberada: quiere ver la reacción antes de que el hombre tenga tiempo de calcular cómo debe responder. Müller se queda completamente mudo. Esperamos.

—¿Cómo? —pregunta al fin—. ¿Cuándo?

—Ayer —responde Luna—. Se suicidó en su casa. Fue él quien realizó el sabotaje en el banco.

—No, no —dice Müller, echándose hacia atrás con un gesto de rechazo genuino—. Es imposible. Lo conocía desde hacía mucho, entramos al banco prácticamente al mismo tiempo. Nunca hizo nada incorrecto. Bert era un buen hombre.

No tengo ninguna duda de su inocencia. Nos está contando todo sin que tengamos que sacarle nada a presión. Es el interrogatorio más sencillo que he tenido en mucho tiempo, y eso, por sí solo, me dice algo importante.

—¿Sabe cómo fue contratado Falkenberg? —interviene Luna.

—Quizás por agencia, como yo.

—¿Por cuál agencia entró usted?

—Eurotalent —dice, mirando hacia arriba—. Una agencia importante, ponen muchos requisitos. Me llamó la atención el tipo de preguntas planteadas durante el proceso. Todas muy personales: familia, historia, vínculos. Nada de eso me preguntaron en ninguna otra agencia. Y además tuve que hacer una capacitación de dos meses en un hotel de montaña.

Luna se inclina levemente hacia adelante.

—¿De qué se trataba exactamente esa capacitación?

El hombre mira hacia arriba. Esta vez tarda más. Mucho más.

—La verdad —dice al fin, con perplejidad genuina—, no recuerdo nada de ese lugar.

La miro a Luna de reojo. Ella está concentrada en los movimientos de Müller, en sus ojos, en sus manos.

—¿Podría decirnos dónde estaba el hotel? —insisto.

—Sí, claro —responde, y vuelve a quedarse pensando.

Su expresión de confusión se vuelve cada vez más evidente. Veinte segundos. Treinta.

—Disculpen —dice al momento de reaccionar—. No lo recuerdo. Creo que me estoy poniendo viejo.

—¿Tiene algún documento de esa época? —pregunto—. Algún papel de la agencia o del hotel.

—No —contesta de inmediato—. Hace un mes entraron aquí y me robaron. No solo dinero, sino también todos mis documentos personales. Tengo la denuncia presentada si la necesitan.

—No será necesario. Una última pregunta. ¿A qué se debió el bono que recibió hace una semana?

—Fue una sorpresa —confiesa, y el gesto se abre—. No sé de dónde vino. Me vino bien porque hace tres días se me rompió el móvil en el trabajo. Ayer por la tarde compré uno nuevo. Todavía no pude recuperar la información del anterior.

Luna y yo nos miramos.

—Gracias por su tiempo —digo.

Müller nos acompaña hasta la puerta y se despide con cortesía. La puerta se cierra.

Bajamos en silencio. Salimos al frío de la calle. Entramos al coche antes de hablar.

Luna arranca el motor, pero no sale del aparcamiento.

—El robo —afirmo.

—Sí —confirma—. Demasiado oportuno. Alguien borró las huellas físicas de su contratación exactamente un mes antes del sabotaje. Por si llegábamos hasta aquí.

—Alguien limpió de manera preventiva. Pero hay algo más.

—La capacitación —dice Luna—. Müller tenía respuesta a todo lo que le preguntamos. Excepto para eso. No solo no recordaba los detalles. No recordaba nada. Como si esa parte de su memoria simplemente no existiera.

—Dos meses en un hotel de montaña para un puesto de mantenimiento —digo—. No tiene ningún sentido como capacitación laboral.

—No —confirma Luna—. Pero tiene mucho sentido como otra cosa.

Luna no necesita terminar la idea. Las dos pensamos lo mismo: un hombre que no recuerda dos meses de su vida no los olvidó. Se los borraron.

—¿Cuánto lleva Müller en ese banco? —pregunto.

—Diez años —contesta Luna.

—Lo mismo que Falkenberg. Lo mismo que los otros dos que encontró Andrew. Los cuatro entraron al mismo tiempo, por la misma agencia, con el mismo gerente, quien desapareció. Y los cuatro tienen un bloque de memoria que no pueden recuperar.

—Müller es inocente —afirma Luna—. Pero fue preparado. Solo que nunca activaron la segunda señal para él.

—¿Y los otros dos?

—Mañana lo sabremos.

Arranca y sale del aparcamiento.

—Luna —digo mientras conducimos—. Si la capacitación fue un lavado de cerebro, si los prepararon para actuar sin saberlo, entonces Falkenberg no eligió nada. No se arrepintió de una decisión. Se arrepintió de algo que hizo sin poder evitarlo. Y eso explica todo: la nota, la cafetera encendida, el suicidio esa misma noche.

Luna tarda unos segundos en responder, concentrada en la conducción.

—Sí —dice al fin—. Y si eso es cierto, cambia todo lo que pensamos sobre cómo funciona el Anillo. No están reclutando colaboradores. Están fabricando herramientas.

El semáforo delante de nosotras se pone en rojo. Luna frena.

Fabricando herramientas. Personas enteras, con vidas enteras, convertidas en instrumentos que no saben que lo son. Diez años esperando una señal que la mayoría nunca recibe. Y quienes la reciben no recuerdan haber sido preparados para obedecerla.

—¿Cuántos más hay como Müller? —pregunto—. No solo en Fráncfort. En todos los bancos.

—Cavendish colocó cuarenta y siete —dice Luna—. Cuatro o cinco por banco. Diez bancos.

—Y Cavendish era solo el gerente de una agencia —digo—. Solo uno. Si hay más Cavendishs en más agencias en más países...

El semáforo cambia a verde.

—Mañana nos encargamos de los otros dos —digo.

—Mañana —confirma Luna, y arranca.

11

MENOS DE VEINTICUATRO HORAS

Centro de negocios, Fráncfort, Alemania
Miércoles, 22 de junio, 11:00 a. m.

Esperamos a que Andrew llame. Quedamos en que lo haría para darnos los datos de los otros dos hombres que recibieron el bono. La idea es ir por ellos como lo hicimos con Müller.

El café es el mismo de ayer. La misma mesa del rincón, la misma vista a la entrada, los mismos dos cafés que el camarero dejó sin que los pidiéramos. Fráncfort al mediodía sigue funcionando como si nada. Trajes, maletines, conversaciones de trabajo en la acera. Nadie sabe que hace dos noches desaparecieron ochocientos ochenta millones de euros del Banco Central Europeo. Pronto lo sabrán, lo leerán como un error técnico y seguirán con sus vidas.

Anoche le contamos al equipo lo del interrogatorio. Básicamente nada, si no fuera por dos cosas que Luna no suelta y que yo tampoco puedo dejar ir: los dos meses de capacitación que Müller no recuerda y el robo de todos sus documentos un mes antes del sabotaje. Demasiado ordenado para ser casualidad. Hay algo ahí que todavía no vemos.

—¿Crees que Falkenberg también pasó por esa capacitación? —le pregunto.

—Fueron contratados para cargos distintos —contesta Luna—. Sería raro que los sometieran al mismo proceso. Pero ya es raro que un técnico de mantenimiento como Müller pase dos meses en un hotel de montaña. Ninguna empresa hace eso sin una razón muy específica.

—¿Y cuál sería esa razón?

—Eso es lo que no termino de articular. —Baja la vista al café—. Necesito más datos.

Reconozco esa concentración en su cara. Luna ya vio una forma en el caos, pero todavía le faltan piezas para nombrarla. No la presiono. Cuando dice que necesita más datos, los necesita.

El móvil vibra sobre la mesa. Es Andrew.

Lo pongo en altavoz y bajo el volumen. Con el ruido del café, nadie nos escucha.

—Aunque todavía no me llegó el móvil de Falkenberg —dice—, volví a revisar sus correos. El último que abrió fue setenta y dos horas antes del sabotaje.

—¿Qué contenía?

—Un poema. Sin asunto, remitente dudoso. Solo texto. Es de Theodore Roethke.

Andrew lo lee despacio:

—«Me despierto para dormir y me tomo mi despertar con calma. Siento mi destino en lo que no puedo temer. Aprendo yendo adonde debo ir».

Silencio en la mesa. Luna ha dejado el café.

—¿Y Müller? —pregunta con los ojos fijos en algún punto entre la taza y el móvil.

—Recibió el mismo correo. Pero no lo abrió. De hecho, no abrió ningún correo en los tres días previos al sabotaje.

—Tenía el móvil roto —afirmo.

—Exacto. Si los correos los lee desde el móvil, el mensaje nunca le llegó. Por eso se activó a Falkenberg en su lugar y no a él.

Luna coge el móvil y empieza a buscar algo. Lo hace rápido, con esa concentración que tiene cuando ya sabe lo que va a encontrar y solo necesita confirmarlo.

—Andrew —dice sin levantar los ojos—. ¿Buscaste el mismo patrón en otros bancos? El mismo correo masivo, el mismo poema.

—Sí. —Una pausa—. Encontré otro.

—¿Cuál? —pregunto.

—El Banco de Inglaterra. Les llegó hace cuarenta y ocho horas.

El camarero pasa junto a nuestra mesa con una bandeja. Ni lo veo.

—¿Cuánto tiempo pasó entre que Falkenberg abrió el correo y el sabotaje? —pregunta Luna.

—Setenta y dos horas —responde Andrew.

—Entonces, en Londres quedan menos de veinticuatro.

Lo dice sin dramatismo. Como quien lee un reloj. Y eso es exactamente. Un reloj que ya lleva cuarenta y ocho horas corriendo sin que nadie en ese banco lo sepa.

—Una cosa más —dice Luna. Deja el móvil sobre la mesa con la pantalla hacia arriba—. Busqué el poema. El original de Roethke dice «adonde tengo que ir». No «adonde debo ir».

—¿Un error de transcripción? —pregunta Andrew.

—No. —Su voz es tranquila, segura—. Quien cita un poema no se equivoca en la cita. Si la cambia, lo hace a propósito. Una palabra distinta en el lugar preciso, en un texto que nadie más va a mirar dos veces. ¿El correo de Londres tiene la misma variación?

Silencio al otro lado. Andrew lo comprueba.

—Sí —confirma—. Exactamente la misma.

Luna asiente una sola vez. Como si acabara de cerrar algo que llevaba horas abierto.

—Es una firma —dice—. Una marca que solo reconocen los destinatarios programados para reconocerla. Si el poema llega correctamente citado, no actúas. No es la señal. Solo actúas cuando llega con el error específico. Sin margen de confusión, sin falsos positivos. Quien diseñó esto sabía con exactitud lo que hacía.

Me quedo quieta un segundo. Un sistema de activación que lleva diez años en su lugar, en diez bancos distintos, activado por un poema que nadie en el mundo relacionaría con un sabotaje financiero. Si no hubiera sido por el móvil roto de Müller, por la

diferencia entre dos empleados de bajo perfil en el mismo banco, nunca habríamos llegado hasta aquí.

—Andrew —digo—. Necesito que busques en los correos del Banco de Inglaterra el mismo patrón que usamos con Falkenberg: quién abrió el poema y dejó de leer sus mensajes después. Y cruza con bonos para reducir el universo de búsqueda. Si encuentras a alguien que cumpla con ambos criterios, ese es nuestro hombre.

—El acceso a cuentas bancarias es más difícil que al correo —dice Andrew—, pero lo resuelvo. Dame tiempo.

—No tenemos mucho.

—Lo sé.

Cuelgo.

—Me voy a Londres —le digo a Luna.

—Yo me quedo. Tengo a los otros dos sospechosos. Y todavía hay algo en el comportamiento de Falkenberg y Müller que no consigo cerrar. Cuando lo tenga, te llamo.

La decisión se ordena sola. Las pistas más sólidas siguen en Fráncfort. En Londres puede haber acción, y en eso soy más útil.

—Este tipo de activación me recuerda a operaciones de inteligencia clásicas —afirmo—. Códigos cifrados en texto público, señales en masa dirigidas a un destinatario específico. El Anillo no inventó esto, lo aprendió de alguien. Freddy debería buscar algo similar en los archivos de la CIA. Si existe un precedente, existe un rastro.

—Son las cinco de la mañana en Nueva York —dice Luna.

—Ya lo sé. Lo llamo desde el aeropuerto.

Me levanto. Dejo el dinero sobre la mesa sin esperar la cuenta. Cojo la chaqueta del respaldo de la silla.

Luna me mira.

—Ainara. —Espera a que la mire—. Menos de veinticuatro horas no es mucho tiempo. Pero es suficiente si llegas antes que él.

Salgo a la calle.

El aire de Fráncfort golpea frío después del calor cerrado del café. Dos calles hasta el hotel, diez minutos para recoger lo que necesito, cuarenta minutos hasta el aeropuerto.

Londres. Menos de veinticuatro horas.

Y en algún lugar de esa ciudad, alguien que no sabe que lo estamos buscando lleva dos días con un poema en la bandeja de entrada. Quizá ya lo abrió. Quizá todavía no. Lo único seguro es que cuando el Anillo complete la señal, esa persona dejará de ser dueña de sí misma.

12

DOCE CANDIDATOS

Aeropuerto de Heathrow, Londres, Reino Unido
Miércoles, 22 de junio, 2:30 p. m.

Desembarqué hace veinte minutos.

Me instalé en un bar cerca de las llegadas internacionales, con un café que no me tomé y el móvil en la mano. El vuelo desde Fráncfort duró menos de dos horas. Tiempo suficiente para revisar los perfiles que Andrew me mandó, pero no para llegar a ninguna conclusión que no tuviera ya antes de despegar.

El reloj lleva cuarenta y ocho horas corriendo desde que el poema llegó a sus bandejas de entrada. Quedan menos de veinticuatro.

En el televisor del bar se transmiten las últimas noticias sobre el sabotaje al BCE. Capitales saliendo de la Unión Europea hacia las bolsas de Londres y de Nueva York, exactamente como Junior lo anticipó. Inversores en busca de refugio en el lugar más sólido disponible. Si el Anillo golpea aquí a continuación, el impacto potencial es mayor que en Fráncfort: el dinero ya está migrando solo hacia donde ellos quieren atacar. Los mercados preparan el terreno sin saberlo.

Observo la sala. Viajeros de negocios con maletines, familias con carritos de equipaje, un grupo de turistas consultando un mapa en

papel. Nadie que no encaje. Nadie que lleve demasiado tiempo quieto en el mismo punto. Me pregunto si alguno de los cuatro candidatos del Banco de Inglaterra tomó este mismo vuelo esta mañana. Si alguno vive en las afueras y llega en tren. Si alguno ya está en su puesto, esperando sin saber qué esperar.

Veo a Peter y Alain cruzar la puerta de la zona restringida. Peter con cara de haber dormido mal, que es su cara habitual después de un vuelo transatlántico. Alain descansado, lo cual significa que durmió todo el trayecto sin ningún problema, como siempre. Me levanto y vamos al aparcamiento. Andrew ya reservó un coche.

—Odio Londres —dice Peter cuando ve el tráfico moviéndose por el carril izquierdo—. Esta gente conduce por el lado equivocado.

—No te preocupes —responde Alain, tomando las llaves—. Yo conduzco.

Entramos al coche. En ese momento, me llega un mensaje del hospital de Nueva York: los resultados de los chequeos de rutina que me hice antes de salir hacia Fráncfort. Sin rastro de radiación, sin anomalías detectables. Todo dentro de los parámetros normales. Y, sin embargo, llevo semanas sintiendo que algo no está del todo en orden. No puedo respaldarlo con ningún dato concreto. Solo lo siento, y lo he sentido antes de tener los resultados y lo sigo sintiendo ahora que los tengo.

—¿Qué es eso? —pregunta Alain desde el volante.

—El informe de los estudios. Todo normal.

Peter me quita el móvil sin pedir permiso, como siempre. Lee en silencio unos segundos.

—Hay una recomendación al final —afirma—. El médico sugiere descansar más y reducir el estrés sostenido.

—No tengo tiempo para descansar —le digo—. Devuélveme el teléfono.

Me lo devuelve. No insiste, pero su expresión lo dice todo.

—Ainara —dice Alain sin apartar los ojos de la carretera—, si te desmayas en medio de un tiroteo, yo no te cargo.

—Tú preocúpate de que no tengamos que cargarte a ti.

—Tómalo en serio —dice Peter con un tono diferente al de siempre, más bajo—. Fui yo quien tuvo que cargarte en Ucrania. No

tienes idea de lo que se siente al ver a alguien del equipo caer cuando hay otros problemas encima. Cuídate.

No tengo respuesta. Tienen razón, y los dos lo sabemos. Pero los análisis salieron limpios y no puedo inventarme un problema que no figura en ningún papel. Me encojo de hombros y miro por la ventana. El tema queda cerrado.

Me suena el teléfono. Es Andrew.

—Recibí el mensaje de que ya llegaron —dice—. Quería contarles lo que tengo antes de que inicien su búsqueda.

—Adelante —digo, y pongo el altavoz.

—Doce personas en el Banco de Inglaterra. Ya mandé todos los registros a Luna para que haga los perfiles completos. Lo que puedo adelantar ahora es que todos recibieron los bonos en los últimos días, todos recibieron el correo con el poema. La mitad lo abrió. De esa mitad, cuatro no volvieron a abrir ningún otro mensaje desde entonces. El mismo patrón exacto que con Falkenberg.

—Quedan menos de veinticuatro horas —informo—. Tenemos que empezar hoy.

—No podemos cubrir a los cuatro, aunque quisiéramos —opina Peter—. Ni dividiéndonos tendríamos esa capacidad operativa. ¿Y qué haríamos con exactitud? ¿Secuestrarlos a todos y rezar para haber elegido al correcto?

Tiene razón. Este caso no se resuelve con nuestra manera habitual de trabajar.

—Andrew —digo—, habla con Freddy para que gestione una colaboración con la Policía de Londres. Sin recursos locales, no cubrimos a doce candidatos en menos de un día. Mientras tanto, esperamos que Luna termine los perfiles y nos diga por dónde empezar. Si puede reducir los cuatro a uno, tenemos algo con lo que trabajar.

—Enseguida llamo a Freddy —responde—. Pero antes quería comentarles algo en lo que estuve pensando desde que salieron de Fráncfort.

—Dilo.

—En el sabotaje al BCE robaron ochocientos ochenta millones de euros. Eso es exactamente el doble de los cuatrocientos cuarenta

millones del golpe de 2012. No creo que sea una coincidencia.

Peter se gira hacia el móvil.

—¿Estás diciendo que lo hicieron adrede? ¿Que eligieron ese número específicamente?

—Exacto. El golpe de 2012 quedó registrado como error de sistema en todos los archivos. Nadie supo que fue un sabotaje, y nadie lo sabe todavía. Duplicar ese número ahora es una forma de adjudicárselo en silencio. Una firma para quien la sepa leer. —Pausa —. Y hay algo más que encaja con esto. Según los investigadores de Fráncfort, el robo se detuvo justo antes de que cerraran las cuentas. Pudieron seguir extrayendo dinero durante varios minutos más, pero no lo hicieron. Buscaron ese monto exacto y se detuvieron.

—Nadie para de robar cuando puede seguir —digo—, a menos que el número en sí sea el mensaje.

—Eso es lo que pienso —afirma Andrew—. No robaron lo máximo que podían robar. Robaron exactamente lo que querían robar. Mismo método que en 2012, mismo volumen, pero duplicado. Si el patrón se mantiene, el golpe de Londres también tendrá un número específico. No van a salirse de él, aunque puedan.

Alain no dice nada desde el volante, pero lo veo procesar. Peter tiene esa expresión que pone cuando algo le cuadra mejor de lo que esperaba.

—Si sabemos de antemano cuánto van a robar —dice Peter despacio—, podemos detectar cuándo detienen la transferencia. El momento en que el número se alcanza y el sistema para solo. Ahí sabremos que terminaron y dónde está el dispositivo activo.

—Exacto —dice Andrew—. Es una ventana pequeña, pero es una ventana.

—Cuéntaselo a Luna en cuanto puedas —digo—. Ella puede conectar esto con lo que está viendo en Fráncfort. Si hay más números en la cadena, Luna los encontrará.

Cortamos la llamada.

El coche avanza por la autopista de entrada a Londres. El tráfico es denso y circula por el lado que no debería, y, por una vez, Peter no hace ningún comentario al respecto. Tiene los ojos fijos en la ventana, pensativo.

Doce candidatos, menos de un día, una ciudad que no conocemos.

—Me preocupa que Luna siga sola en Alemania —digo en voz alta.

—Luna está bien —responde Alain—. El Anillo ya ejecutó lo que tenía planeado en Fráncfort. El dinero desapareció, el hombre que lo hizo está muerto. No tienen ningún motivo para seguir operando allí.

Escucho lo que dice. Todo es correcto sobre el papel, pero la explicación deja un borde suelto que todavía no sé cómo nombrar. No insisto. Londres ya tiene demasiadas piezas en movimiento al mismo tiempo.

13

EL SILENCIADOR

Fráncfort, Alemania
Miércoles, 22 de junio, 4:20 p. m.

Luna viaja en el asiento trasero del coche. Adelante van dos detectives de la Bundespolizei. Freddy logró el apoyo oficial más rápido de lo esperado: la magnitud del problema ha superado la capacidad de respuesta de las autoridades, que recurren a cualquier ayuda disponible. Nadie cuestionó las credenciales de Luna. Bastó con que Freddy le dijera a la Policía alemana que ella había sido quien identificó a Falkenberg.

Se dirigen al piso de uno de los dos sospechosos restantes. Johan Wollseif trabaja en la portería del banco. Es la cara familiar que todo el mundo espera ver al llegar por la mañana. Tan familiar que nadie pensaría en él como una amenaza. Eso, precisamente, lo convierte en el más interesante de los que quedan.

El tráfico queda al otro lado del cristal mientras Luna repasa las piezas: Müller, los dos meses que no recuerda, el robo que borró sus documentos exactamente un mes antes del sabotaje; Falkenberg, que hizo lo que hizo sin poder evitarlo y luego no pudo vivir con ello. No fueron reclutados. Fueron fabricados. Sometidos a algo durante esa capacitación que les borró un bloque de memoria y les dejó una instrucción grabada en algún lugar al que ellos mismos no tienen

acceso. Como un interruptor que alguien instaló sin que lo supieran y que puede activarse con una señal específica.

Lo que todavía no sabe es cómo funciona ese interruptor. Si es psicológico, si es farmacológico, si es una combinación de los dos. Necesita que Wollseif recuerde algo que Müller no pudo recordar. O que tampoco recuerde nada, porque esa respuesta también le dice algo: que el borrado fue sistemático y no accidental.

Tiene que contárselo al equipo. Pero antes necesita una pieza que no dependa solo de hipótesis.

El coche se detiene frente al edificio. Bajan. Wollseif vive en la planta baja. Uno de los detectives toca el timbre. Al responder, cruza algunas palabras con los detectives. El que habla español se vuelve hacia Luna.

—Ya viene.

Unos segundos después aparece el hombre y abre la puerta. Habla brevemente con los policías y, cuando va a apartarse para dejarlos entrar, los disparos llegan desde la calle.

En el pecho de Wollseif se producen pequeños estallidos de sangre casi simultáneos. Cae hacia atrás sin emitir ningún sonido. Uno de los detectives también cae hacia un costado, llevándose una mano a la oreja, que sangra con fuerza. Luna y el otro detective se arrojan al suelo. Luna gira la cabeza en busca del origen y ve una columna de humo que sale de una ventana del segundo piso del edificio de enfrente. Alguien estaba esperando ahí.

El detective herido dice algo en alemán. El que habla español asiente, lo deja en el suelo y cruza la calle corriendo. Luna se acerca a Wollseif y le toma la muñeca. No hay pulso. Se pone de pie y corre detrás del detective.

El policía se lanza hacia la puerta y la derriba de una patada. Luna lo sigue. Suben las escaleras rápido, dos peldaños de una vez, sin detenerse en los rellanos. Llegan a un piso de la segunda planta y tiran esa puerta también. El piso está vacío. Sin muebles, sin nadie, sin ninguna señal de que alguien hubiera vivido ahí. Solo el olor a pólvora fresca y una ventana abierta con vistas al edificio de Wollseif. Nadie bajó por la escalera, y quedarse a esperar habría sido

un error elemental. Hacia arriba es el único camino posible. Luna saca el arma y empieza a subir.

Una planta más arriba, encuentra la puerta de la terraza abierta. Sale al exterior. El sol de la tarde golpea con fuerza tras la oscuridad de la escalera. Ve a dos hombres corriendo por la terraza del edificio contiguo, separados entre sí por un metro. Cada uno lleva un rifle largo colgado a la espalda, las correas tensas contra el pecho mientras corren. Se dirige hacia ellos, se trepa al borde del edificio vecino, un metro más alto, y les grita que se detengan. Los hombres giran un instante para verla, dan un vistazo rápido y calculado, y retoman la carrera sin vacilar. No tienen miedo. Saben exactamente lo que hacen.

Los hombres saltan a un techo a dos aguas y ascienden por la inclinación con una agilidad que no es casualidad. ¿Ensayaron esto o algo parecido antes? Luna llega al borde. Hay un metro de vacío entre la terraza y el tejado inclinado, y la caída al callejón de abajo es de cuatro pisos. No hay tiempo para calcular. Se arroja.

Cae en la superficie inclinada con los pies primero, dobla las rodillas para absorber el impacto, rueda un tramo hacia un lado y recupera la posición. Empieza a subir, usando las manos y los pies contra las tejas. Cuando llega a la cima y va a pasar al otro lado, ve que uno de los hombres se quedó en la terraza siguiente, arrodillado, con el rifle apuntando directo hacia ella.

No hay cobertura. No hay tiempo.

Se arroja hacia atrás justo cuando dispara. La bala le roza el brazo izquierdo con un calor súbito que le arranca un sonido involuntario. El impacto la desestabiliza y empieza a deslizarse hacia abajo, de espaldas, sin control. Extiende los brazos, pero la superficie no ofrece agarre. Las tejas ceden bajo sus manos y salen disparadas. Los pies ya no tienen nada debajo. El callejón está cuatro pisos más abajo y ella va hacia él.

Un tirón brusco frena parte del impulso. Luego otra mano le agarra el brazo. Tiene medio cuerpo en el aire, con los pies colgando sobre la calle. Gira la cabeza y ve al detective, que la sujeta con una mano de la chaqueta y con la otra del brazo, las piernas clavadas

contra el borde del canalón para no caer él también. Tiene la mandíbula apretada y los tendones del cuello tensos por el esfuerzo.

—Aguanta —le dice, tirando hacia arriba con todo su peso.

La sube centímetro a centímetro hasta que todo su cuerpo queda de nuevo apoyado sobre el techo. Entonces, se desploma a su lado, bocarriba, mirando el cielo, respirando como si acabara de correr diez kilómetros.

—Gracias —dice Luna.

—No es nada —le contesta cuando recupera algo de aliento—. ¿Te hirieron?

—Solo me rozaron el brazo. —Palpa la herida con los dedos. La manga está rasgada y hay sangre, pero el hueso está intacto y el brazo responde. Duele, pero no es grave.

—Ya se escaparon. —Mira hacia la parte alta del techo—. Pudieron habernos matado a los tres y no lo hicieron. Solo les interesaba Wollseif.

Se pone de pie con esfuerzo y ayuda a Luna a hacer lo mismo. No pueden volver por donde vinieron. Tendrán que encontrar otra salida. Las sirenas ya se oyen cerca.

Luna mira su brazo herido. Luego mira al detective. Por último, mira hacia el edificio de enfrente, donde Wollseif sigue tirado en el umbral de su propia puerta.

Otro testigo muerto. Otra pista cerrada antes de poder abrirla.

Alguien sabía que venían. Alguien con acceso a lo que el equipo había descubierto, en el momento exacto en que lo supieron. Luna repasa la lista. Andrew, que identificó a Wollseif. Freddy, quien gestionó el apoyo policial y habló con la Bundespolizei. Los dos detectives en el coche. Y ella misma.

Freddy no filtra información. Lo conoce desde hace años y su lealtad a Ainara es absoluta. Andrew tampoco. Si el Anillo hubiera tenido acceso a su búnker, habría neutralizado al equipo mucho antes. Los detectives son una posibilidad, pero llegaron al nombre de Wollseif a través de Freddy, no a través de otra fuente.

Lo que queda al eliminar lo imposible es incómodo.

La filtración provino de alguien que lo supo antes que los detectives. Alguien que ya tenía el nombre cuando el coche salió

hacia el edificio de Wollseif.

Luna guarda el arma y sigue al detective hacia la escalera interior del edificio. Las sirenas ya están en la calle de abajo. Cuando salga, tendrá que hablar con los policías, prestar declaración y explicar lo que vio. Todo eso puede esperar.

Lo que no puede esperar es llamar a Ainara.

14

LA PISTA QUE FALTABA

Tate Modern, Londres, Reino Unido
Miércoles, 22 de junio, 6:40 p. m.

La cafetería del Tate Modern, a esta hora, luce medio vacía. Turistas con los pies doloridos después de recorrer las salas de arriba, estudiantes con ordenadores frente a tazas ya enfriadas, alguna pareja mirando el Támesis por los ventanales. Nadie nos mira. Pedimos tres cafés, abrimos el portátil de Alain sobre la mesa y esperamos a que la llamada conecte.

Tenemos varios nombres en la lista y podríamos ir a buscar a cualquiera de ellos ahora mismo, pero prefiero esperar a que Luna nos oriente antes de movernos. Es mejor perder una hora afinando la puntería que salir disparados en la dirección equivocada y alertar a alguien que todavía no sabe que lo estamos buscando.

La llamada arranca. Andrew y Junior aparecen desde el búnker en Nueva York. Luna entra desde Fráncfort por otra ventana, con cara de haber tenido una tarde complicada incluso antes de decir nada.

—¿Cómo te fue con Wollseif? —le pregunto.

—Mal —responde sin rodeos—. Lo asesinaron frente a mis ojos en el momento exacto en que abría la puerta. A mí me rozó un disparo en el brazo y uno de los detectives perdió la oreja.

—¿Qué diablos pasó? —pregunta Peter, con esa mezcla de rabia contenida y preocupación que no sabe bien hacia dónde dirigir.

—De alguna manera, el Anillo sabía que íbamos —contesta Luna —. Quiso silenciar al sospechoso antes de que pudiéramos hablar con él. Y lo consiguió.

—¿Cómo pudieron saberlo con tanta anticipación? —pregunto.

—La policía encontró muerta a la dueña del piso que usaron como nido de francotirador —dice Luna—. Los peritos estiman que la asesinaron poco antes de que llegáramos al edificio de Wollseif. Anuncié el destino apenas unos minutos antes de salir del punto de reunión con los detectives. Para cuando llegamos, ya había dos francotiradores apostados en el edificio de enfrente, con posiciones establecidas y una ruta de escape coordinada y ejecutada sin errores.

—Un soplón en la Policía alemana —afirma Alain.

—Debe ser eso —opino—. Solo nosotros y los detectives alemanes sabíamos adónde íbamos y a quién buscábamos.

—Incluso Freddy desconocía los detalles concretos —interviene Andrew—. Me dijo que había gestionado el contacto entre Luna y la Policía, pero que no sabía qué harían ni a qué dirección se dirigirían. La filtración no vino de Washington. Vino de alguien que conocía el destino específico.

—Lo que más me llamó la atención fue la velocidad —agrega Luna—. Para montar una operación así, necesitaban tiempo real: irrumpir en un piso, neutralizar a la dueña, preparar las posiciones de tiro, coordinar la salida y contar con un plan de fuga que funcionara sin contratiempos. Todo eso implica preparación previa y un aviso con margen suficiente. No fue una reacción improvisada.

—No puedes confiar en la policía alemana —le dice Peter a Luna —. Necesitas buscar otro tipo de apoyo para moverte. Alain tiene contactos en Europa que pueden ser útiles en situaciones como esta.

—Conozco a alguien en Fráncfort —afirma Alain, con esa incomodidad discreta que siempre tiene cuando menciona a sus contactos de reputación cuestionable.

—No es necesario —responde Luna—. Confío en el detective que me salvó la vida esta tarde. Si no hubiera sido por él, ahora tendrían un miembro menos en el equipo. Ese hombre arriesgó su integridad física para sacarme de una caída que me habría costado la vida. Eso dice más sobre alguien que cualquier credencial oficial.

—Muévete con cuidado de todas formas —le pido—. El Anillo ya sabe que estamos encima. No solo en Fráncfort, sino en general. A partir de ahora, cada movimiento que hagamos será más complicado porque ya no contamos con el factor sorpresa.

—Luna —dice Peter, cambiando el ángulo—, ¿por qué crees que mataron a Wollseif y no hicieron lo mismo con Müller cuando tuvieron la oportunidad?

—Porque Wollseif, a diferencia de Müller, sí abrió el correo con el poema —responde Luna—. Müller no pudo abrirlo porque tenía el móvil roto. Wollseif lo leyó, recibió la señal completa. Es posible que después de eso alguien se haya comunicado con él para darle instrucciones más específicas, o que él mismo haya hecho alguna consulta que haya quedado registrada en algún lado. Sabía algo más que Müller, aunque fuera un detalle menor, y eso fue suficiente para convertirlo en un riesgo que el Anillo decidió eliminar antes de que nosotros llegáramos a él. Müller, en cambio, no sabe nada. No representa ningún peligro para ellos.

—El Anillo sabe que estamos en Alemania —digo, y miro a Peter —. Lo que no saben, esperemos, es que también estamos en Londres. Freddy debería guardar silencio total sobre nuestra presencia aquí por ahora.

—Ya le aviso antes de que termine esta llamada —dice Andrew.

—Luna —continúo—, necesitamos que nos des una orientación sobre los sospechosos de Londres. Tenemos doce nombres, pero no podemos movernos a ciegas. Necesitamos priorizar.

—Andrew ya me pasó todos los expedientes hace un rato —responde—. Voy a trabajar hasta tarde analizando los perfiles y les mando mis conclusiones antes del amanecer. Si el ataque está programado para mañana durante el horario laboral del banco, tendré tiempo suficiente para encontrar al candidato más probable. No se muevan hasta que yo les diga.

Aparece Freddy en pantalla desde Washington, con cara de haber tenido también una tarde larga.

—Hola a todos —saluda—. Comparto la hipótesis sobre la filtración alemana, así que por precaución ya suspendí cualquier contacto con la Policía de Londres. Aunque, de todas formas, en mi primer intento no obtuve ninguna colaboración útil. Hablé directamente con el superintendente y no quiso saber nada de lo que le planteé. La posición oficial de los ingleses es que lo del BCE fue consecuencia de la negligencia alemana y que sus sistemas son inmunes a ese tipo de ataque. No creen que les pueda pasar algo parecido.

—Al menos, eso nos da libertad de movimiento —dice Alain—. Si no están colaborando con nosotros, tampoco van a interferir. Podemos actuar sin tener que rendir cuentas a nadie ni esperar autorizaciones que no llegarán.

Tiene razón en el aspecto práctico. Trabajar completamente solos en una ciudad extraña con menos de veinticuatro horas de margen no es la situación ideal, pero es la que tenemos.

Me doy cuenta de que Junior no ha vuelto a hablar. Tiene la vista fija en la pantalla y una mano inmóvil junto al teclado, señal de que ha encontrado algo, pero todavía está ordenando las piezas antes de soltarlo.

—¿Pasa algo, Junior? —le pregunto—. No has intervenido en toda la tarde.

—Perdón —dice, saliendo del estado en que estaba—. Estuve revisando algo del caso del BCE que no terminaba de cerrarme. Es sobre los técnicos de ventilación que instalaron el ordenador que Falkenberg utilizó para el sabotaje. Revisé los expedientes de todos ellos y encontré que uno es nuevo en la empresa. Lleva apenas una semana trabajando allí, entró justo a tiempo para ser asignado a esa intervención específica en el banco. Estoy viendo su foto desde hace un rato y hay algo en él que no consigo identificar con precisión. Una sensación de que lo conozco de otro contexto.

—A ver —dice Andrew, y Junior inclina el móvil hacia la cámara para mostrárselo.

Los ojos de Andrew se abren visiblemente. Le quita el teléfono a Junior sin decir nada, lo estudia unos segundos y luego teclea con rapidez en el ordenador. Al instante aparece en nuestra pantalla un recuadro adicional con dos fotografías colocadas una al lado de la otra. Un hombre de pelo negro a la izquierda y otro rubio a la derecha. Los miro con atención durante un momento, y entonces lo veo.

Es la misma persona. Los mismos rasgos básicos, bajo un cabello diferente y con el paso del tiempo. La mandíbula, la distancia entre los ojos, la forma de la nariz. Diez años los separan, pero no los cambian.

—El rubio de la derecha es Ludwig Fischer —explica Andrew, con la voz contenida, como si ya hubiera visto la forma completa del problema y estuviera decidiendo por dónde empezar—. Es el técnico que participó en la intervención de ventilación del BCE y dejó instalado el ordenador que Falkenberg utilizó para el sabotaje. El moreno de la izquierda, unos diez años más joven, es nuestro fantasma: George Cavendish. El gerente invisible de Eurotalent que seleccionó a los cuarenta y siete empleados y luego desapareció sin dejar rastro.

El silencio que sigue dura apenas un segundo, pero tiene un peso específico.

—Ese hombre está metido en esto hasta el cuello —dice Freddy, y se le nota que está recalibrando mentalmente todo lo que sabe del caso—. Y el nombre Ludwig Fischer debe ser tan común en Alemania como George Cavendish lo es en Inglaterra. Identidades construidas para disolverse entre miles de resultados idénticos cuando alguien las busca. Esto confirma todo lo que veníamos suponiendo. La trama tiene al menos diez años de antigüedad y ese hombre, con el nombre que use en cada momento, está en el centro de toda la operación. Le pasaré esta información a las autoridades de Fráncfort de inmediato para que lo busquen. Esperaré en Londres hasta que Ainara me dé el visto bueno. Luna, no te muevas por ahora. No quiero que corras más riesgos mientras no sea inevitable.

—Entendido —contesta Luna—. Mi prioridad ahora es descifrar cuál de los sospechosos ingleses es el infiltrado activo. Después, si el

otro sospechoso alemán pendiente sigue con vida, buscaré la manera de acercarme a él sin repetir lo de esta tarde. En cuanto a Cavendish o Fischer, o como se llame en realidad, lo que acabo de ver me confirma algo en lo que venía pensando desde el interrogatorio de Müller. Todavía no lo tengo completamente articulado, pero cuando lo tenga les aviso.

Cortamos la videoconferencia.

Por los ventanales de la cafetería, el Támesis se oscurece con la tarde. Barcazas lentas, las luces del puente de Southwark encendiéndose una a una. Londres funciona igual que Fráncfort hace dos días, igual que cualquier ciudad que no sabe lo que le está a punto de pasar.

Por fin tenemos un posible nombre detrás de parte de la operación. Un punto de convergencia real que conecta el sabotaje del BCE con la estructura que lleva diez años construyéndose en silencio. Un hombre que instaló el ordenador que Falkenberg usó para el sabotaje, que seleccionó a los cuarenta y siete durmientes hace una década, que construyó identidades falsas con nombres comunes para que nadie pudiera encontrarlo. Que estuvo físicamente en el banco la semana pasada.

Ojalá ese hombre estuviera también en Londres. Tendría muchas preguntas para hacerle. Y esta vez no sería él quien eligiera cuánto contestar.

15

DOS BOMBAS DE TIEMPO

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 7:30 a. m.

Llevo un rato despierta mirando el techo. Desde Ucrania cargo algo que no sé cómo nombrar. No es miedo. Estoy acostumbrada al miedo. Es otra cosa: una tensión que no se va cuando el peligro desaparece, como si mi cuerpo siguiera esperando el siguiente golpe, incluso cuando no hay ninguno en camino. Los estudios médicos indican que estoy bien. Tendrán que ser suficientes.

Hoy es el día. Si el patrón de Fráncfort se repite con la misma cadencia, el ataque al Banco de Inglaterra ocurrirá en algún momento de esta jornada laboral. Estoy esperando la llamada de Luna. Andrew no encontró nada más durante la noche. Luna es nuestra única orientación real antes de movernos.

Suena el teléfono.

—Acabo de perfilar a los doce sospechosos —dice Luna sin preámbulo.

—¿Qué encontraste?

—Que de sospechosos no tienen nada —contesta—. Son los infiltrados perfectos. No hay nada malo en ninguno de ellos, nada que justifique una detención ni que levante ninguna bandera. Todos tienen una vida tan tranquila y ordenada que parecen una caricatura

del ciudadano modelo. Es exactamente el mismo patrón que vimos en Alemania. Nadie que los conociera podría imaginar que tuvieran intención de hacer daño a nadie.

—¿Entonces cómo los descartaste?

—Por detalles pequeños —responde—. Empecé por el perfil de los dos hombres muertos en Alemania: Falkenberg y Wollseif. Los dos estaban solos. Sin familia, sin pareja, sin vínculos afectivos fuertes. Con eso como punto de partida, descarté a seis de los doce ingleses. Dos están casados con estabilidad aparente; otros dos tienen parejas más o menos consolidadas; uno tiene un hijo adoptado; y el último comparte piso con alguien.

—¿Vivir con un compañero de cuarto lo excluye?

—Son criterios de descarte, no de certeza —aclara Luna—. Lo que estoy construyendo es un perfil basado en lo que sabemos de los casos confirmados. Falkenberg y Wollseif no tenían relaciones personales que pudieran interferir con su misión. Eso no es casual. Durante la Guerra Fría se documentó ampliamente que los agentes durmientes que formaban vínculos fuertes, ya fueran una familia, una pareja estable o amistades profundas, tendían a fallar al momento de la activación. El vínculo humano entra en conflicto con la programación. Por eso, el aislamiento relativo no es un rasgo de personalidad en estos hombres. Es un requisito operativo.

—Tiene sentido. ¿Qué hay de los seis que quedan?

—Parecen versiones distintas del mismo personaje —afirma Luna —. Trabajan en diferentes áreas del banco: mantenimiento, seguridad, limpieza y portería. Pero fuera del banco son prácticamente idénticos en términos de perfil psicológico. Responsables, amables, puntuales, solitarios sin parecerlo. No pasan desapercibidos por ser invisibles, sino porque su presencia es tan natural y constante que nadie se detiene a cuestionarla. Son el tipo de persona a la que abres la puerta sin pensarlo.

—El infiltrado perfecto —digo.

—Exacto —confirma Luna—. Y eso es lo que más me preocupa. No creo que estén actuando. Una performance sostenida durante diez años requeriría una disciplina psicológica extraordinaria, e incluso entonces terminaría por resquebrajarse. El ser humano

necesita conectar con otros, es una necesidad básica que no se puede suprimir de manera indefinida. Lo que veo en estos hombres no parece una máscara. Parece genuino.

—¿Entonces cuál es la alternativa?

—Que hayan sido seleccionados precisamente por ser así —responde Luna—. Que no necesiten mantener ningún personaje, porque en realidad son lo que parecen. El problema es que la gente con esas características no se convierte en delincuente de la noche a la mañana sin que nadie la empuje. Alguien hizo algo con ellos para que, en el momento indicado, actúen de una manera que en condiciones normales nunca elegirían.

—Volvemos al mismo punto —digo—. Algún tipo de coerción que no logramos identificar.

—Puede que no sea solo eso —contesta Luna—, pero todavía no tengo suficientes datos para sostener otra hipótesis. Lo que sí quiero hacer es volver a hablar con Müller y con el otro sospechoso alemán que todavía no he contactado. Hay algo en los olvidos de Müller que no me suelta. Si los junto y comparo sus respuestas sobre la capacitación, quizás encuentre el patrón que me falta.

—Para eso, necesitarás apoyo policial —le digo—. Y después de lo de ayer, la Policía alemana es un riesgo.

—Tengo otra opción —me dice—. El detective que me salvó la vida estaba visiblemente molesto por lo que pasó. No lo dijo en palabras, pero noté que sospechaba lo mismo que nosotros sobre la filtración. Creo que puedo confiar en él para montar una investigación paralela sin pasar por los canales oficiales.

—Ve con cuidado. Pero eso puede esperar. Ahora mismo necesito que me orientes sobre Londres. Tenemos seis candidatos y no puedo moverme en todas las direcciones al mismo tiempo.

—De los seis, hay dos en mantenimiento, uno en limpieza, uno en portería y dos en seguridad —explica Luna.

—¿Por cuáles empezamos? Limpieza y mantenimiento tienen acceso a todas las áreas del banco.

—Por los de seguridad —responde Luna, y sé que la respuesta va a sorprenderme antes de que termine la frase.

—¿Por qué seguridad?

—Porque Falkenberg estaba en limpieza, Müller en mantenimiento y Wollseif en portería —explica—. Si el Anillo diseñó esto para que nadie pueda predecir el patrón, no van a repetir las mismas categorías laborales ya expuestas. Activarán a alguien de un área que aún no hemos tocado. El banco tiene cámaras en todas partes y un guardia de seguridad puede moverse por zonas restringidas sin levantar sospechas. Un guardia que nadie mira dos veces porque lleva diez años siendo lo que se supone que debe ser.

—No es una certeza —digo.

—No —admite Luna—. Es un descarte por lógica de conspiración, no por evidencia directa. Podría equivocarme. Pero alguien tenía que decidir, y te estoy dando mi mejor estimación con lo que tenemos.

—Entendido. ¿Por cuál de los dos de seguridad empezamos?

—Por cualquiera —contesta, y hay algo en su voz que mezcla la honestidad intelectual con la frustración de quien ha llegado al límite de lo que los datos permiten decir—. Tienes a Russ O'Brien y a Martin Stewart. Según todo lo que sabemos, cualquiera de los dos podría ser el hombre. Son bombas de tiempo, Ainara. Solo que no tengo manera de saber cuál va a detonar primero.

Me quedo en silencio un momento. El banco abre en menos de dos horas. En algún punto de Londres uno de esos dos hombres se está levantando, desayunando, siguiendo la rutina de siempre sin saber que hoy puede ser diferente. O sabiéndolo de un modo que no puede nombrar, grabado en algún lugar al que él mismo no tiene acceso.

—Entonces, voy a despertar a los muchachos —digo—. Iremos por el que esté más cerca geográficamente del banco. No me gusta confiar en la suerte, pero a veces es lo único que queda.

Cuelgo y me levanto de la cama.

Russ O'Brien o Martin Stewart. Uno de los dos tiene una señal en espera en algún dispositivo. El otro no sabe nada y nunca lo sabrá, y seguirá yendo al banco durante años sin entender por qué hay un bloque de dos meses en su memoria que no puede recuperar.

Llamo a Peter. Descuelga al segundo tono, lo que significa que ya estaba despierto.

—Dame diez minutos —digo.

—Dame cinco —responde, y cuelga.

Me visto sin encender la luz. La habitación da a la calle y Londres ya está en movimiento: el ruido sordo del tráfico, una sirena a lo lejos, el ritmo constante de una ciudad que no sabe lo que está a punto de pasarle. Igual que Fráncfort dos días atrás. Igual que cualquier ciudad que confía en que sus sistemas son seguros porque siempre lo han sido.

Nosotros tenemos menos de dos horas. El banco abre a las nueve.

16

CÓDIGO DE ACTIVACIÓN

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 8:20 a. m.

Voy a la habitación de los muchachos. Necesitamos interceptar a uno de los dos hombres antes de que llegue a su puesto. Una vez dentro del banco, será mucho más difícil acercarnos sin provocar un incidente. Russ O'Brien vive más cerca, así que nos decidimos por él sin más deliberación. Alain conduce hasta su dirección y aparcamos a mitad de la calle.

Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la entrada del edificio, pero Peter nos detiene.

—Esperen —dice, tomándome del brazo mientras con la otra mano señala al otro lado de la calle—. ¿Aquel no es O'Brien?

Un hombre robusto espera de pie en la parada del autobús, con el porte tranquilo de alguien que recorre ese mismo trayecto todos los días desde hace años. La foto que me pasó Andrew no deja dudas. Es él.

Nos ponemos en marcha cuando un Double Decker se detiene frente a nosotros e interpone nuestro camino. Empezamos a rodearlo, pero el autobús arranca antes de que podamos cruzar. Cuando volvemos a tener vista libre, O'Brien ya no está en la parada.

—Diablos —dice Alain.

—Volvamos al coche —respondo—. Lo seguimos.

Regresamos al vehículo, arrancamos y nos ponemos detrás del autobús. Llegamos a la siguiente parada y esperamos.

—Adelántate —le digo a Alain—. Llega a la próxima antes que el autobús.

Consulto el recorrido en el móvil y le indico la dirección. Alain acelera y llegamos primero. Mi plan es simple: subir, sentarme cerca de O'Brien y esperarlo a que baje para interceptarlo en la calle, donde tengamos más espacio para maniobrar.

—Yo voy —digo, y bajo antes de que el autobús llegue.

El Double Decker se detiene. Subo y apoyo el móvil en el lector para pagar. Mientras avanzo por el pasillo, busco a O'Brien con la mirada sin girar la cabeza. Lo veo sentado a la izquierda, junto a una mujer mayor con bolsas de la compra en el regazo. Nada fuera de lo ordinario. Pero algo me hace frenar un segundo. Mira la ventanilla con esa quietud específica que tienen quienes esperan algo. No la quietud del que descansa. La del que espera. Paso a su lado sin mirarlo y me siento detrás. Le envío un mensaje a Peter.

—Lo interceptaré cuando baje. Sígueme.

—Ya vamos detrás —responde—. No te perdemos de vista.

El autobús frena una vez. Arranca. Frena de nuevo. O'Brien se pone de pie y va hacia la puerta delantera. Yo hago lo mismo. Bajamos. Estamos a menos de dos calles del banco.

Me acerco por la izquierda.

—Señor O'Brien.

Se detiene y se da vuelta.

—Sí —dice.

—Mi nombre es Tania Roberts. —Le entrego la credencial que Andrew preparó: papel de primera calidad, hologramas y número de serie real del FBI. Imposible distinguirla de la auténtica sin equipo especializado—. Soy agente del FBI de Nueva York en misión especial para Interpol.

El hombre la estudia con atención. Me la devuelve y me mira con desconfianza controlada.

—¿Cómo sabe quién soy? ¿De qué se trata esto exactamente?

Recuerdo lo que dijo Luna en Alemania. No podemos tratar a estas personas como criminales cuando no tenemos pruebas de que lo sean. Decido hablar con la verdad, o al menos, con una versión de ella.

—Estamos investigando el sabotaje al Banco Central Europeo de hace unos días —explico—. Creemos que lo que sucedió en Alemania podría repetirse hoy aquí, en el Banco de Inglaterra.

Me escucha con atención y asiente.

—Entiendo la preocupación, agente Roberts, pero esto es muy irregular. Yo trabajo ahí, pero no soy la persona adecuada para hablar de esto. Le recomendaría que se dirija a las autoridades del banco. Si quiere, la acompaño.

Lo miro buscando alguna señal de que me está mintiendo. No encuentro ningún microgesto, ninguna tensión en la mandíbula, ninguna mirada desviada. Este hombre no tiene nada que esconder. Por un momento, pienso que nos hemos equivocado de objetivo y que Stewart, el otro candidato, camina hacia el banco sin que nadie lo siga.

Entonces, O'Brien se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta. Un gesto reflejo, como cuando el teléfono vibra sin hacer ruido. Lo saca y lee un mensaje.

Lo que pasa a continuación dura menos de tres segundos, pero lo veo con absoluta claridad. El gesto en su cara cambia por completo. No de forma gradual, no con alguna transición perceptible. De un instante a otro, la expresión atenta y levemente desconfiada de un ciudadano normal desaparece y es reemplazada por algo que no tiene un nombre preciso. Una mirada vacía, impersonal, sin rastro alguno del hombre con quien he estado hablando. Sin decirme nada, sin mirarme, se da la vuelta y echa a andar hacia el banco, con paso firme y regular.

Me quedo parada un instante. Luego reacciono y lo sigo.

—Señor O'Brien.

No responde.

—Russ.

Sigue mirando al frente como si yo no existiera. Miro a los lados, buscando el coche, y llamo a Peter sin dejar de caminar.

—Necesito ayuda. O’Brien no responde. Parece en trance.

—Voy para allá. Detenlo.

Guardo el móvil y tomo a O’Brien del brazo con firmeza. El hombre se zafa de un tirón tan brusco que me hace perder el equilibrio. Me pongo delante de él y abro la chaqueta para mostrarle la pistola. Él me aparta con un solo movimiento del brazo, sin variar el ritmo del paso, como quien aparta una rama en su camino. No es un gesto de agresión. Es indiferencia.

Me lanzo sobre su cuello, intentando desequilibrarlo hacia atrás. Se queda plantado como si no hubiera nadie colgando de él.

—Debo ir a mi puesto —dice con una voz completamente plana, sin entonación—. Es mi deber.

Con una sola mano me agarra del brazo y me arroja a dos metros. Caigo de pie de milagro.

Un par de transeúntes se detiene a mirar. Uno se interpone delante de O’Brien para increparlo. Al empleado del banco lo toma del cuello con una mano y lo echa a un lado como si no pesara nada. La gente en la acera empieza a alejarse, pero varios sacan el móvil. Veo los brazos levantados, las pantallas apuntando hacia nosotros. En cuestión de minutos, esas imágenes pueden estar en todas partes.

Peter llega corriendo.

—Estoy bien —afirmo—. Derríbalo. ¡Rápido!

Peter le aplica una llave de brazo que haría gritar a cualquier hombre. La articulación de O’Brien simplemente cede, girando de manera antinatural, y sigue caminando sin inmutarse, arrastrando a Peter consigo como si fuera un peso menor.

—¡Derríbalo! —repito.

Peter saca la pistola y le da un culatazo en la nuca. O’Brien se tambalea, dobla las rodillas y cae al suelo. Los que graban retroceden. Saco mi credencial y la muestro en alto.

—Tranquilos. Somos agentes especiales. El sospechoso está bajo control. Circulen, por favor.

Nadie guarda el móvil, pero al menos dejan de avanzar. Alain llega con el coche y lo detiene junto a nosotros. Entre Peter y yo

levantamos a O’Brien, todavía inconsciente, y lo metemos en el asiento trasero.

—Este tipo tiene la fuerza de un toro —dice Peter mientras entra al vehículo.

Y no es solo la fuerza lo que me desconcierta. Es la ausencia total de intención en cada movimiento que ha hecho. No nos atacó. Simplemente nos quitó del camino como si fuéramos obstáculos sin relevancia. Como si nosotros no existiéramos en el mismo plano de realidad que él.

Entro adelante junto con Alain.

—Salgamos de aquí —digo—. Átalo con el cinturón —le indico a Peter—. No sé cómo va a reaccionar cuando despierte.

—Ya lo hago —responde, manipulando la correa.

—¿Adónde vamos? —pregunta Alain—. Al hotel no podemos llevarlo.

—Dame un momento —digo, y llamo a Andrew.

Atiende al primer tono.

—Tenemos a O’Brien en el coche —le digo—. Necesitamos un lugar discreto para interrogarlo. Fuera del centro, sin testigos.

—Entendido —responde—. Salgan del centro mientras busco algo. Yo me encargo.

17

IMPARABLE

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 9:00 a. m.

Mientras Andrew busca un lugar donde llevar a O'Brien, el hombre se despierta y empieza a sacudirse con una violencia que el cinturón apenas contiene. Peter vuelve a golpearlo en la cabeza.

—Si sigo haciendo esto —dice—, no vamos a tener a nadie que interrogar.

Peter no exagera, pero no tenemos alternativa. En ese estado, O'Brien es impredecible y peligroso, y seguir dando vueltas por Londres con él así en el asiento trasero no es sostenible. Necesitamos un lugar cerrado donde asegurarlo antes de que recupere la conciencia por completo.

—Taller mecánico en alquiler —nos dice Andrew—. Vacío desde hace dos meses, en un callejón, pueden entrar con el coche directamente.

Llegamos en menos de cinco minutos con O'Brien todavía dormido. Alain y yo bajamos primero. Miramos en ambas direcciones del callejón. No hay nadie. Forzamos el candado y levantamos la persiana metálica. Alain vuelve al coche para sacar a O'Brien y meterlo en el local mientras yo espero en la entrada. Luego bajo la persiana desde adentro.

Respiro por primera vez en media hora.

El lugar es ideal. Amplio, con suelo de cemento manchado de aceite y herramientas viejas colgadas en las paredes, sin ventanas a la calle, con una oficina acristalada en un rincón que nos dará privacidad cuando necesitemos hablar lejos de O'Brien. Es el tipo de lugar que nadie busca ni recuerda.

Mientras los muchachos sacan al cautivo del coche, recorro el espacio en busca de algo con lo que asegurarlo. Encuentran unas cadenas colgadas en la pared del fondo. Peter, con la eficiencia de quien ha hecho esto antes, le asegura las muñecas y los tobillos, fija las cadenas a la columna central con un candado industrial que encuentra en una caja de herramientas. El hombre sigue inconsciente.

Compruebo que las cadenas están firmes, sin ceder ni un milímetro. Después abro la videollamada.

—Quiero que vean el interrogatorio —les digo, colocando el teléfono en un ángulo que capte tanto a O'Brien como a nosotros—. Algo raro le pasa a este hombre y necesito que Luna me diga qué es.

Le hago una seña a Alain. Encuentra un balde en un rincón, lo llena en el grifo de la pared y se acerca a O'Brien. Me mira buscando confirmación. Asiento. Le vacía el balde encima.

Se despierta de golpe, desconcertado, sacudiéndose contra las cadenas sin entender nada de lo que le muestran sus ojos. Mira el taller, las columnas, las cadenas, a nosotros. No reconoce nada.

—¿Qué pasa? —pregunta con genuino terror—. ¿Por qué estoy aquí?

—Ya sabes por qué —le contesto—. Solo tenías que detenerte a hablar con nosotros. Lo demás fue innecesario.

El hombre me mira sin comprender. Me estudia un instante y algo cambia en su expresión.

—Te recuerdo —dice—. Me hablaste en la calle. Eres de Interpol o algo así.

Frunce la cara en un gesto de dolor.

—Me golpearon en la cabeza. ¿Por qué? ¿Qué quieren de mí?

Miro a los muchachos y, de reojo, al móvil donde Luna observa en silencio desde Fráncfort. Su expresión es la de quien está procesando algo a gran velocidad, conectando piezas. No dice nada todavía. Necesita ver más.

—¿Todavía preguntas por qué? —le digo a O'Brien—. No había forma de pararte. Cuéntanos todo lo que sabes. Es lo único que puede ayudarte ahora.

Me mira como si intentara recordar algo que se le escapa por los bordes.

—Es que tenía que ir… —dice, y se detiene.

Su mirada se pierde hacia adentro. Luego el gesto cambia de nuevo, y lo que aparece en su cara es miedo puro.

—¿Qué me pasa? —pregunta—. ¿Qué hice? ¿Adónde iba?

Miro a Peter y a Alain. Los dos tienen la misma expresión desconcertada que yo.

—No nos mientas —le digo.

—No estoy mintiendo —responde, y le tiembla la voz—. No sé qué está pasando. No lo sé.

—¿De verdad no sabías adónde ibas?

—Recuerdo que estaba hablando contigo —dice sollozando—, y de pronto sentí que tenía que ir a algún lado. Una urgencia que no podía controlar. Recuerdo que alguien intentó detenerme. Lo siento si los golpeé. No quise hacerlo. No podía parar. Sé que tenía que hacer algo, pero no recuerdo qué. Lo siento. Lo siento mucho.

Se derrumba en llanto, desconsolado. No hay manera de que esté actuando.

Les hago señas a los muchachos para que me sigan. Antes de entrar a la oficina, me detengo frente a la puerta acristalada y señalo a Alain hacia O'Brien, para que se quede afuera vigilando a través del cristal. Él asiente sin que nadie diga nada. Peter y yo entramos. Cierro la puerta.

—Luna —digo, sosteniendo el móvil para que Peter también pueda ver la pantalla—, dime qué está pasando con ese hombre.

En la pantalla, ella no responde de inmediato. La veo parpadear una vez, los ojos fijos en algún punto más allá de la cámara, como

quien acaba de ver encajar dos piezas que llevaba días buscando. Cuando habla, lo hace despacio, como si eligiera cada palabra.

—Luego de ver su reacción, no tengo dudas —empieza—. Si no lo hubieran detenido, habría perpetrado el ataque en el banco y luego se habría suicidado. Su desconcierto es real. Su arrepentimiento es verdadero. Está en una grave crisis psicológica.

—¿Pero qué le pasa exactamente? —pregunta Peter.

—Es algo en lo que venía pensando desde Alemania —dice Luna —. Necesitaba ver a alguien reaccionar como acaba de hacerlo O'Brien para poder confirmarlo. Antes de explicarlo, necesito saber algo más. ¿En qué preciso momento cambió su comportamiento?

—Cuando leyó un mensaje de texto —le digo—. Estábamos hablando con total normalidad y en el momento en que miró el móvil se convirtió en otra persona.

—¿Qué decía ese mensaje?

—Peter, tienes el móvil de O'Brien.

—Aquí está —responde, levantándolo—. Déjame que lo desbloquee.

Sale de la oficina. A través del cristal, veo cómo se acerca a O'Brien, que sigue llorando en silencio encadenado a la columna. Le muestra el móvil. Lo desbloquea con la huella sin resistencia, con la docilidad de alguien que ya no tiene fuerzas para oponerse a nada. Peter vuelve a entrar.

—Ya tengo acceso —dice—. Nuestro amigo cooperó sin problema.

—Lee el mensaje —le pido.

Peter lee en voz alta:

—Me despierto para dormir y me tomo mi despertar con calma. Siento mi destino en lo que no puedo temer. Aprendo yendo a donde debo ir.

Levanta la vista.

—Eso es todo —dice.

—Luna —digo—, necesito que me expliques esto ahora.

—Esto es una instrucción —responde, y en su voz hay algo que no es satisfacción sino una certeza más oscura—. Es un ancla. No les dice qué hacer; los devuelve al estado en el que fueron

programados. El poema no activa la orden completa. Abre la puerta para que la orden entre después.

18

DEMASIADO TARDE

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 11:50 a. m.

Me levanto de la silla y camino hacia el cristal. Afuera, O'Brien sigue encadenado a la columna, tiene la cabeza gacha y llora en silencio. Es un guardia de seguridad del Banco de Inglaterra que esta mañana desayunó, tomó el autobús y por poco ejecuta un sabotaje que no recuerda haber planeado.

—El poema —digo.

—Exactamente. Léelo de nuevo, Peter —pide Luna.

Peter vuelve a leer en voz alta:

—Me despierto para dormir y me tomo mi despertar con calma. Siento mi destino en lo que no puedo temer. Aprendo yendo a donde debo ir.

—Estuvo delante nuestro todo el tiempo —digo—. El poema mismo nos decía de qué se trataba.

—Esto me suena a MK Ultra —dice Freddy desde Washington—. Siempre fue negado como teoría de conspiración, pero los rumores dentro de la CIA llevan décadas. Nunca lo creí del todo hasta ahora.

—Yo tampoco —dice Luna—. Pero lo que tenemos delante confirma que alguien lo perfeccionó y lo aplicó a escala industrial. Y

hay una conexión que no puedo ignorar. ¿Recuerdan a Howard Jellicot?

—¿Tu examigo, el psiquiatra de Chernóbil? —pregunta Peter.

—El mismo. Los trabajos que realizaba para la CIA estaban relacionados con este tipo de manipulación. No solo modificar físicamente a los agentes, sino también convencerlos de que podían hacer cosas imposibles y borrarles la memoria cuando fuera necesario. O'Brien cumple con todos los requisitos. Si conseguimos los expedientes del trabajo de Jellicot para la agencia, sabremos exactamente qué proceso usaron.

—Yo me encargo —responde Freddy—. Si lo vinculo con Fráncfort, me darán autorización para esos archivos.

Me apoyo en el marco de la puerta acristalada mientras Luna continúa. No me siento. Necesito el movimiento, aunque sea pequeño, mientras proceso lo que escucho.

Miro a O'Brien a través del cristal. Durante diez años creyó que su vida era suya: el trabajo, los compañeros, la ruta diaria en autobús. No sabía que, en algún lugar de su cabeza, alguien había dejado instalado un interruptor. Sin saber que estaba esperando. Y que esta mañana, cuando ese interruptor se activó, dejó de ser él mismo sin poder hacer nada para evitarlo.

Pienso en Falkenberg, que se ahorcó con el cable de la lámpara antes de saber si el ataque había funcionado. En Wollseif, al que mataron en el umbral de su propia puerta antes de que pudiéramos hablar con él. En Müller, que sigue en Fráncfort sin recordar dos meses de su vida y sin entender por qué. Todos ellos construyeron vidas enteras, reales, durante diez años. Y el Anillo los usó como si fueran herramientas desechables.

Si hay cuarenta y siete como ellos repartidos en diez países, el Anillo no construyó una red de criminales. Construyó una red de víctimas que no saben que lo son. Y eso es mucho más difícil de combatir que cualquier cosa que hayamos enfrentado antes.

—La capacitación en las montañas que mencionó Müller —dice Luna—. Era esto. Programación aplicada a personas que nunca supieron lo que les hacían. El bono fue la preparación. El correo, la puesta en espera. El mensaje de texto, la orden de ejecución. Tres

pasos, cada uno separado en el tiempo para que ninguno levantara sospechas por sí solo.

—¿Y cuántos de los cuarenta y siete siguen activos? —pregunta Andrew.

—No lo sabemos todavía —respondo—. Por eso tienes trabajo por delante. Necesito que cruces bonos y correos en cada banco importante que puedas cubrir. Si les salió bien en Fráncfort y casi en Londres, no se van a detener.

—Entendido —contesta Andrew—. Me pongo ahora.

Alain mira hacia el otro lado del cristal, donde O'Brien sigue encadenado a la columna. Hasta ahora hemos hablado de durmientes porque es la palabra menos brutal, la más limpia, pero lo que tenemos delante no es solo un hombre dormido a la espera de una orden. Es alguien convertido en arma sin saberlo, una persona común con un interruptor instalado en la cabeza.

—Una cosa más —dice Alain, sin apartar los ojos de O'Brien—. ¿Qué hacemos con el manchuriano que tenemos ahí afuera?

Nadie responde de inmediato. La palabra cae con demasiada precisión. Manchuriano. No un simple infiltrado, no un traidor consciente, sino alguien programado para obedecer una orden que ni siquiera recuerda haber recibido.

—Quiero entrevistarlo personalmente —dice Luna—. Podría averiguar más sobre el proceso de programación y cómo revertirlo. Hay cosas que solo él puede explicar desde adentro.

—No podemos tenerlo detenido de forma ilegal hasta que puedas venir —dice Freddy—. Y más siendo una víctima.

—Tampoco podemos soltarlo —afirmo—. En el estado en que está, puede suicidarse como Falkenberg. O el Anillo puede silenciarlo, como hizo con Wollseif, en cuanto sepa que lo tenemos.

—Entonces, es hora de recurrir a la Policía de Londres —opina Freddy—. La pregunta es si O'Brien cooperará cuando tenga a las autoridades enfrente.

—Cooperará —dice Luna, con una convicción que no admite réplica—. Ahora mismo está aterrado y lleno de culpa por algo que hizo sin saber que lo estaba haciendo. Si le ofrecemos la posibilidad

de redimirse, la va a tomar. Lo único que necesita es saber que alguien puede ayudarlo.

—Procedemos así —le confirmo a Freddy—. Nosotros hablamos primero con O'Brien para que entienda lo que está pasando y coopere cuando llegue la policía.

—Esperen —dice Freddy—. Estoy recibiendo una llamada de Reino Unido. Un momento.

Freddy se desconecta. Mientras esperamos, Luna me da las instrucciones para hablar con O'Brien: no asustarlo más, explicarle con claridad lo que le hicieron, hablarle como a alguien acostumbrado a recibir órdenes de una autoridad. Trabaja en seguridad. Si lo abordamos bien, escuchará.

Apunto todo mentalmente. Luego miro a través del cristal. El manchuriano ha dejado de llorar. Está con la cabeza apoyada en la columna de hierro, los ojos abiertos, mirando el techo del taller. Pienso en lo que habrá sentido esta mañana. Esa urgencia irresistible, el cuerpo moviéndose sin que él lo ordenara, el terror de no poder parar. Y después despertar aquí, encadenado, sin saber cómo llegó.

Freddy vuelve a aparecer en la pantalla. Su expresión es diferente.

—Perdonen —dice—. Ha sucedido algo.

El tono de su voz no deja dudas de que hay un problema.

—¿Qué pasó? —pregunta Peter.

—Detuvieron a O'Brien —responde Freddy—, pero no era el único al que activaron. El sabotaje en Londres acaba de completarse. Otro empleado ejecutó el ataque.

Nadie habla.

Peter apoya los dos puños en la mesa y mira el suelo. Alain, al otro lado del cristal, se ha dado la vuelta y ya no mira a O'Brien. Mira la persiana metálica cerrada como si quisiera atravesarla. Andrew no dice nada, pero escucho el sonido de sus dedos sobre el teclado. Ya está buscando.

Mientras nosotros interrogábamos a O'Brien, alguien más hacía lo que él no pudo. El plan nunca fue solo él. O'Brien era una pieza visible, quizá la más fácil de seguir. Nosotros caímos justo en el lugar

donde el Anillo quería tenernos, concentrados en el hombre que teníamos delante, mientras el verdadero golpe llegaba por el lado que no mirábamos.

La lluvia empieza a golpear la persiana metálica del taller. Un sonido sordo y constante que llena el silencio.

—¿Cuánto? —pregunto.

—Todavía no tenemos el número final —responde Freddy—. Los sistemas siguen procesando. En una hora sabremos.

Una hora. El Anillo ya tiene el dinero. Lo que queda es solo contarlo.

El Anillo siempre tiene un plan de respaldo. Siempre.

19

LA CORNISA

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 12:40 p. m.

—¿Estás diciendo que todo esto fue inútil? —pregunta Peter, y la irritación en su voz es difícil de ignorar.

—Explícanos qué sucedió —le pido a Freddy, antes de que alguien diga algo que no ayude.

—Me llamó mi contacto de la Policía de Londres —explica Freddy —. El mismo que ayer me dijo que nuestra colaboración no era necesaria y que los sistemas del banco eran impenetrables.

—Déjame adivinar —lo interrumpo—. Cambió de opinión.

—No le quedó otra. Me preguntó cómo sabía que habría un ataque. Le dije que si me explicaba lo que había ocurrido, pondría a mi equipo a su disposición con todo lo que sabemos. Tardó, pero cedió. El incidente había terminado hacía unos minutos. Nadie entiende cómo sucedió. Si yo no lo hubiera puesto sobre aviso, lo habrían catalogado como un error del sistema. Lo que significa que ahora la Policía de Londres está dispuesta a colaborar. ¿Qué hacemos?

—Sabemos más que ellos —respondo—. Nosotros tenemos al hombre que iba a hacer el sabotaje. Pero alguien más lo completó. ¿Quién fue?

—Martin Stewart —dice Luna desde Fráncfort, sin dudar—. El único candidato que quedaba sin vigilancia.

—Si no saben qué pasó, tampoco atraparon al saboteador. Podemos ayudarlos, pero hay que moverse rápido antes de que Stewart desaparezca o tome la misma decisión que Falkenberg. Freddy, llámalos. Diles que les llevaremos a uno de los saboteadores y que los guiaremos hasta el otro.

—Primero hay que confirmar adónde fue Stewart —dice Freddy —. Si sigue localizable.

—Yo me encargo —interviene Andrew—. Hackearé el registro de ingresos y salidas del banco. En Fráncfort, Falkenberg se retiró antes del horario habitual diciendo que se sentía mal.

—Claro que se sentía mal —dice Luna—. Terminó suicidándose esa misma noche. Dado el estado en que encontramos a O'Brien, Stewart debe estar pasando por algo muy similar ahora mismo. La culpa y la confusión van a empujarlo en la misma dirección si no llegamos a tiempo.

—Bien —digo—. Nos movemos. Freddy, una cosa.

—Dime.

—No menciones el nombre de Stewart cuando hables con la policía. No quiero filtraciones. En Fráncfort avisamos con demasiada anticipación y ya sabemos cómo terminó eso.

—Entendido.

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 1:50 p. m.

Le explicamos a O'Brien lo que habíamos descubierto sobre su programación y lo que íbamos a hacer con él. Le dijimos que era una víctima, que lo que hizo esta mañana no fue una decisión suya, que había gente que podía ayudarlo a salir de eso. Le dijimos la verdad porque era lo único que teníamos para ofrecerle.

Escuchó en silencio, completamente abatido, como alguien que acaba de enterarse de que la vida que creía tener no era del todo suya. En algún momento durante la explicación empezó a llorar de nuevo, sin sollozos, sin drama. Solo lágrimas que bajaban sin que él hiciera nada para detenerlas. No tenía fuerzas para cuestionar nada, ni siquiera para preguntar qué le pasaría.

Dudamos si llevarlo maniatado, pero, sin saber qué podría desencadenar otro episodio, no nos arriesgamos. Alain encontró unas sogas, le atamos las manos a la espalda con cuidado y salimos.

Freddy me avisó que el jefe superintendente de la Policía de Londres, Hamish MacLeod, me llamaría. Y así sucedió, mientras íbamos en camino.

—Agente Roberts —dijo MacLeod—. La espero en Scotland Yard de inmediato. Espero que tenga algo bueno para mí.

—Estamos yendo hacia allá —le respondí—. Pero solo para dejarle al detenido que atrapamos antes del sabotaje. Necesito que tenga un equipo listo para salir de inmediato con nosotros en cuanto lleguemos. El hombre que completó el ataque sigue suelto y, cada minuto que pasa, aumenta la probabilidad de que escape o haga algo irreversible.

—Escuche, agente Roberts —protestó MacLeod, con esa precisión británica que convierte cualquier objeción en una lección de protocolo—. Aquí no somos vaqueros de película. No podemos salir disparados porque un forastero nos lo ordena.

—Lo entiendo a la perfección —le dije, sin subir el tono—. Pero antes de que me diga que no, le sugiero que hable con el jefe Tanaka. Él puede explicarle en dos minutos por qué estamos aquí y qué está en juego. Si después de esa conversación sigue pensando que el protocolo es lo primero, lo respeto. Pero no tenemos dos minutos.

Hubo una pausa. Escuché voces de fondo al otro lado de la línea. Freddy me mandó un mensaje en ese momento: «Déjamelo a mí». Treinta segundos después, MacLeod retomó la conversación.

—En la puerta lateral de la central habrá dos equipos esperándolos —dijo con el tono de alguien que ha tomado una decisión que no le gusta, pero que entiende que es la correcta—. El

primero se llevará al detenido. El segundo irá con ustedes y seguirá sus instrucciones.

—Muchas gracias, jefe. En cuanto al detenido, su nombre es Russ O'Brien. Le pido que lo traten como a un testigo importante, no como a un criminal. El jefe Tanaka le está preparando un informe completo. Solo le anticipo que este hombre es una víctima.

—No termino de entender la situación —admitió MacLeod—, pero confiaré en usted.

En ese momento, llegó la confirmación de Andrew: Stewart había abandonado el banco hacía unos minutos alegando que se sentía mal. Estaba repitiendo exactamente los pasos de Falkenberg. Teníamos que llegar a él antes de que tuviéramos otra muerte entre manos.

Al llegar a Scotland Yard, todo se desarrolló según lo acordado. MacLeod me recibió en la entrada, me estrechó la mano y dio instrucciones para que saliéramos de inmediato. Solo le dije una cosa antes de subir al patrullero.

—Que revisen las cámaras de seguridad del banco y vean todos los movimientos de Martin Stewart. Ese es nuestro hombre y ahí verán cómo lo hizo.

—¿Por qué me dice esto recién ahora? —preguntó MacLeod.

—Porque en Fráncfort avisamos con más anticipación —respondí —, y el sospechoso fue asesinado frente a nuestras narices antes de que pudiéramos hablar con él.

Al superintendente no le gustó la respuesta, pero la entendió. Por mi parte, ya no podía seguir ocultando la identidad del sospechoso. Esta vez, si alguien filtraba la información, no llegaría a tiempo para adelantarse. Ya estábamos en camino y solo nosotros sabíamos adónde íbamos.

Nos subimos al patrullero. El camión de asalto con la brigada arrancó detrás de nosotros.

Peter miraba por la ventanilla sin decir nada. Alain tenía los brazos cruzados y los ojos fijos al frente. Yo pensaba en Stewart. En lo que debía estar sintiendo en este momento. La misma urgencia irresistible que O'Brien, la misma confusión después, el mismo peso de algo que no eligió y no puede explicar. Si lo encontrábamos a

tiempo, si podíamos llegar antes de que tomara la misma decisión que Falkenberg, teníamos una oportunidad de entender algo más sobre cómo funciona todo esto desde adentro.

Si no llegábamos a tiempo, teníamos otro muerto y otro cabo suelto que el Anillo cerraría sin esfuerzo.

No tardamos mucho en llegar. Sin embargo, a una calle del edificio de Stewart, el tráfico estaba completamente detenido. Vehículos parados en ambas direcciones, sin moverse.

—¿Qué diablos pasa? —pregunta Peter.

Bajamos los tres, junto con el inspector que nos acompaña, y avanzamos a pie para ver mejor. Hay un grupo de personas detenidas en la acera, mirando hacia arriba con esa mezcla de horror y fascinación que solo puede producir una cosa. Algunos tienen el móvil levantado. Nadie habla en voz alta. El silencio de una multitud que contiene la respiración tiene un sonido propio.

Levanto la vista.

Un hombre está de pie en la cornisa de la azotea del edificio donde vive Stewart. Inmóvil. Con los brazos ligeramente separados del cuerpo, como si buscara equilibrio o como si ya hubiera dejado de buscarlo.

—Demonios —exclamo—. No otra vez.

20

EL ÚLTIMO DISPARO

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 2:30 p. m.

—Es él —le digo al inspector que nos acompaña—. Vamos.

Dos agentes que acaban de llegar nos abren paso entre la muchedumbre. La gente sigue abarrotando la acera por culpa de esa atracción instintiva e incómoda que genera la posibilidad de ver algo terrible. El inspector da indicaciones a la brigada, que ya bajó del camión de asalto, y caminamos hacia el edificio. La puerta de entrada está abierta.

—Al ascensor —indica Peter.

Subimos los tres junto con el inspector mientras el grupo de asalto sube las escaleras. Llegamos a la tercera planta, la última, y salimos para ascender el tramo final hasta la terraza. Abrimos la puerta y salimos.

Lo veo de inmediato. Un hombre de pie en el borde, mirando hacia abajo con la rigidez de alguien que ya tomó una decisión y solo está esperando el momento de ejecutarla.

—Que esperen aquí —le ordeno al inspector en voz baja.

El inspector detiene a la brigada. Peter y Alain se quedan en el umbral mientras yo avanzo sola hacia Stewart. Confían en que puedo manejarlo mejor que ellos en esta situación, aunque yo confío

menos en mí misma de lo que ellos creen. En este momento preferiría que fuera Luna quien estuviera aquí. Ella sabe leer a las personas en crisis de una manera que yo todavía no domino. Pero Luna está en Fráncfort y tengo que trabajar con lo que tengo.

Me acerco despacio, calculando cada paso.

—Martin —digo, manteniendo la voz tranquila—. Todo está bien.

El hombre se sobresalta y gira la cabeza. Luego ve a los policías en la puerta de la terraza y su expresión se cierra.

—No —me responde, y le tiembla la voz—. Nada está bien. Vienen por lo que hice y tienen razón. No merezco vivir.

Su atención vuelve al vacío bajo sus pies. La calle sigue llenándose de gente.

—¿De dónde sacas eso? —le pregunto, dando otro paso—. Conozco a muchas personas que no merecen vivir. Tú no eres uno de ellos.

No responde. Doy un paso más.

—Voy a decirte algo —le digo en voz más baja—, pero tiene que quedar entre nosotros.

Me mira de reojo, con desconfianza, pero me mira.

—Yo misma le he quitado la vida a personas que no merecían vivir —digo, y espero a que gire un poco más hacia mí—. No es algo de lo que me enorgullezca, pero tampoco me arrepiento de haberlo hecho. Por eso, créeme cuando te digo que si tú no merecieras vivir, yo misma te daría el empujón. No estoy aquí para salvarte porque sea mi trabajo. Estoy aquí porque no deberías estar en ese borde.

—Ya cometí un error que no tiene arreglo —contesta—. No sé por qué lo hice. No puedo confiar en mí mismo. ¿Cómo puede alguien más confiar en mí?

Se mueve unos centímetros hacia adelante. Desde la calle llegan gritos.

—Escúchame, Martin —digo, y doy otro paso—. Tú no eres culpable de nada. Te engañaron. Te manipularon de un modo que no podías detectar ni resistir. Por eso no sabías lo que hacías.

—¡Me estoy volviendo loco! —grita, llevándose las manos a la cabeza.

—No —le digo con firmeza—. No lo estás. No eres el único al que le hicieron esto. A tu compañero, Russ O'Brien, le hicieron exactamente lo mismo que a ti. Yo lo detuve esta mañana, antes de que llegara al banco. Lo siento mucho por no haber llegado a tiempo también contigo.

Eso lo detiene. Me mira.

—¿Russ? —pregunta.

—Sí. Russ está bien. Lo están atendiendo ahora mismo para ayudarlo a salir de esto. Y queremos que tú también nos ayudes a atrapar a los que hicieron esto, a los dos. A él y a ti.

—No entiendo nada —afirma—. No recuerdo nada de lo que pasó.

—Lo sé —le digo, acercándome otro paso—. Y eso no es tu culpa. Con el tratamiento adecuado se puede recuperar lo que te quitaron, y no vamos a dejar que los responsables salgan impunes. Tú actuaste porque yo detuve a Russ y el Anillo necesitaba que alguien completara el trabajo. Si yo también te hubiera detenido a ti, habrían activado a otro. No eres responsable de nada de lo que pasó. Los únicos responsables son los que te hicieron esto. Pero para atraparlos, Martin, necesito tu ayuda. Eres el testigo más importante que tenemos. Si mueres ahora, ellos se salen con la suya. De hecho, es lo que esperan que hagas.

Algo cambia en su postura. La tensión en los hombros cede levemente. La determinación que tenía hace un momento empieza a fisurarse.

—Podemos hacer que esto valga algo —continúo, dando otro paso—. No lo arruines ahora. Las autoridades ya saben que eres una víctima. Nadie te va a culpar. Esto mismo pasó en Alemania hace unos días y no llegué a tiempo para salvar a otro hombre como tú. Se llamaba Falkenberg y murió solo en su casa sin que nadie pudiera ayudarlo. No quiero que eso vuelva a pasar. No me hagas cargar con eso otra vez.

Stewart me mira durante varios segundos sin decir nada. Luego, muy despacio, levanta el brazo y me tiende la mano.

La tomo.

—Ven —le pido—. Sal de ahí.

Empieza a girarse hacia mí, levanta un pie para dar el paso fuera del borde. Lo está logrando. Solo un poco más.

No termina el paso.

Se escucha un disparo seco y único. Stewart se tambalea. Veo sangre brotando de su boca y entiendo, antes incluso de que su cuerpo pierda equilibrio, que el disparo le ha destrozado algo por dentro. Ya no está luchando por sostenerse. Solo está cayendo.

Su cuerpo se desploma hacia atrás con todo su peso. Intento sostenerlo con la mano que ya tenía aferrada a la suya, pero el impulso me arrastra hacia él. Me echo al suelo de manera instintiva para ganar apoyo y lo agarro con ambas manos. Siento el tirón brutal de su peso, mucho más de lo que puedo sostener desde esa posición, pero no lo suelto. Tiene medio cuerpo colgando en el vacío y yo tengo el torso fuera del borde. Lo miro a los ojos. Él me mira, pero ya no hay fuerza en sus manos. Solo yo lo estoy reteniendo, y su peso me arrastra centímetro a centímetro hacia el vacío.

Entonces, siento que alguien cae encima de mí y me abraza por la espalda.

—Resiste, Ainara —dice Peter, recostado sobre mí, usando su propio peso para anclarme al techo.

A mi lado, Alain se estira para intentar aferrar a Stewart del mismo brazo que yo. Pero algo se interpone entre mi cara y el vacío: un escudo de Kevlar. Alguien de la brigada lo puso ahí. Es por el francotirador que está en algún edificio cercano y nadie sabe si va a disparar de nuevo.

Me duelen los brazos. Alguien empieza a tirar de mis piernas hacia atrás. Pero en ese momento, el brazo de Stewart se resbala entre mis manos. Me desespero y aprieto más fuerte. No hay nada que hacer. Se me va.

La gente en la calle grita. Luego hay un golpe. Un segundo de silencio absoluto. Después, los gritos se multiplican y no paran.

Me arrastran lejos del borde. Me siento en el suelo de la terraza, con la espalda apoyada contra la pared, y Peter me abraza sin decir nada. Los hombres de la brigada nos rodean con los escudos formando una barrera entre nosotros y cualquier línea de tiro posible. El sol de la tarde cae sobre los tejados de Londres y en

algún edificio cercano hay alguien con un rifle que acaba de ejecutar a un testigo en el corazón de la ciudad. La caída solo terminó lo que el disparo ya había decidido, frente a la policía, frente a nosotros, sin que pudiéramos hacer nada para evitarlo.

—¿Estás herida? —pregunta Alain.

Peter me palpa la espalda, el cuello, la cabeza, con esa eficiencia silenciosa de quien sabe exactamente qué está buscando.

—Creo que no —le responde.

Me separo de Peter unos centímetros y lo miro.

—No pude sostenerlo hasta el final —le digo.

Peter no responde. No hay nada que decir. Estábamos a un segundo de sacarlo de ahí. El Anillo también lo sabía y disparó en ese preciso segundo. No antes, cuando Stewart todavía resistía. No después, cuando ya estaría a salvo. En ese segundo exacto, cuando la balanza estaba a punto de inclinarse hacia el lado equivocado para ellos.

Eso no es suerte. Eso es alguien que nos estaba mirando.

21

EN TIEMPO REAL

Londres, Reino Unido
Jueves, 23 de junio, 6:40 p. m.

La brigada nos obligó a retroceder hasta la puerta de la terraza, protegidos con escudos de Kevlar. Parte de ellos ya se había ido a buscar al francotirador. Al salir del edificio quisimos sumarnos a la búsqueda, pero nos dijeron que era inútil: quien hubiera matado a Martin Stewart ya había escapado. Escuché la sirena de la ambulancia acercarse. Lo único que podían hacer los médicos era llevarse el cuerpo.

Me quedé parada en la acera unos segundos mirando el edificio. En la cornisa ya no había nadie. La multitud se dispersaba despacio, aliviada y decepcionada a la vez. Habían esperado ver algo y, al final, lo vieron, aunque no fuera lo que esperaban. Nadie sabía lo que habíamos perdido ahí arriba. No solo a un hombre. Era la única persona que podría habernos explicado, desde adentro, exactamente cómo funciona lo que el Anillo les hace a estos hombres.

Peter se puso a mi lado sin decir nada. Alain miraba la acera. Los tres sabíamos que habíamos estado a menos de un segundo de lograrlo, y que ese segundo no lo recuperaríamos.

El inspector nos condujo de vuelta a Scotland Yard. Freddy me dijo que colaboráramos. Después de que la Policía de Londres puso

sus recursos a nuestra disposición, lo mínimo era responder sus preguntas.

MacLeod nos recibió en una sala pequeña con una mesa larga y té malo. Hicimos nuestras declaraciones por separado primero, luego juntos. Cuando llegó el momento de explicarle la naturaleza de los sospechosos, el superintendente escuchó con la expresión de alguien que está haciendo un esfuerzo consciente por no interrumpir. Personas normales que entran en trance y se convierten en criminales sin saberlo no encajaba en ningún protocolo que él conociera. Le costó sobre todo la parte de la programación. Quiso saber quién, cómo, cuándo, y nosotros no teníamos respuestas concretas para ninguna de esas preguntas todavía. Pero dado que cada cosa de la que le habíamos advertido había sucedido exactamente como dijimos, no tuvo más opción que escuchar hasta el final.

—Necesito que comprendan —dijo MacLeod antes de dejarnos ir — que lo que me han contado esta tarde es lo más extraordinario que he escuchado en treinta años de servicio. Y que voy a necesitar pruebas. Muchas pruebas.

—Las tendrá —afirme—. Pero primero necesitamos tiempo.

Nos miró durante varios segundos. Luego asintió. Había perdido a un hombre en su ciudad, frente a su policía, y no tenía ninguna explicación que darle a nadie. Nosotros éramos lo más parecido a una explicación que tenía. Debía ser pragmático.

Tres horas después, nos dejaron ir.

Encontramos un *pub* a dos minutos de Scotland Yard, uno de esos locales de madera oscura y vigas en el techo que llevan décadas en el mismo lugar. Nos instalamos en una mesa del fondo, lejos de la barra y de los grupos ruidosos de después del trabajo. Peter pidió una pinta, Alain hizo lo mismo y yo pedí lo primero que me señaló el menú sin mirarlo. Necesitaba sentarme más que comer.

—Creo que MacLeod nos obligó a tomar ese té por tu culpa —me dice Alain, apoyando la pinta sobre la mesa—. Lo que hubiera dado por un café.

En la reunión nos habían servido té a los tres, con esa formalidad británica que no pregunta si lo quieres, sino que simplemente lo

pone delante. Estábamos convencidos de que fue una pequeña venganza por la conversación telefónica de antes.

—Aquí está el resto del equipo —dice Peter, girando el portátil hacia nosotros.

—Lamento que aquello no haya salido bien —dice Luna desde Fráncfort.

—Comprobamos que tu hipótesis era correcta —dice Freddy—. Y comprobamos también que siempre tienen un manchuriano de repuesto. Si uno falla, hay otro esperando.

—Ahora entiendo el significado del poema —digo—. Se despiertan para dormir. Salen de un sueño para entrar en otro.

—Y lo hacen con calma —añade Peter—. Vi la tranquilidad con que Russ caminaba hacia el banco esta mañana.

—Hablando del móvil de Falkenberg —dice Andrew—. Me llegó ayer y encontré el poema en un mensaje de texto. Confirma lo que ya suponíamos. Pero hay algo más: el móvil tiene una configuración extraña en la memoria virtual. Como si se hubiera borrado algo que nunca llegó a guardarse del todo. Si ese teléfono se usó para entrar al sistema del BCE, quien lo hizo sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Hablaré con la Policía de Londres —dice Freddy—, para que busquen lo mismo en el teléfono de Martin Stewart.

—Ya sabemos cómo lo hacen y a quién usan —dice Junior—. Lo que nos falta es saber cuál será su próximo movimiento.

—Es muy difícil interrogar a alguien cuando todos terminan muertos —dice Alain, mirando su vaso—. A este último casi lo tuvimos.

—Un suicidio en el primer ataque y un intento en el segundo —afirmo—. Eso no es casualidad. Estoy convencida de que el suicidio también forma parte de la programación. Los obligan a hacer algo que va completamente en contra de sus valores, y la crisis que eso genera es el empujón final. Es el mecanismo de cierre. Actúas, te derrumbas, desapareces. El Anillo no necesita ocuparse de los cabos sueltos porque los cabos sueltos se atan solos.

—Pero Stewart no se suicidó —interrumpe Peter—. Alguien lo mató. Si el manchuriano no se quita la vida solo, lo eliminan ellos.

Por eso esperaron hasta el último momento. Si Martin saltaba, el problema se resolvía solo. Cuando vieron que no iba a saltar, mandaron al francotirador.

—Es probable —opino—. Pero hay otra posibilidad que no hemos considerado.

—¿Cuál? —pregunta Freddy.

—A Wollseif lo mataron en el momento exacto en que Luna apareció en escena —explico—. A Stewart lo mataron cuando nosotros nos acercamos a la terraza. En Alemania asumimos que fue un soplón en la Policía quien avisó. Pero nosotros no avisamos a nadie aquí. Especificamos el destino recién cuando ya estábamos en el coche en camino. El inspector no supo adónde íbamos hasta que llegamos. Y aun así estaban allí.

—No sé de dónde más podría venir esa información —dice Freddy, desconcertado.

Pienso en Wells. En los años que pasé trabajando con él antes de que muriera, en todo lo que me enseñó sobre cómo opera la gente que no quiere ser encontrada. Wells decía que la infiltración perfecta no viene de afuera. Viene de alguien que ya está adentro y que nadie piensa en mirar porque lleva demasiado tiempo siendo lo que se supone que debe ser. Nunca imaginé que esa lección me la aplicarían a mí.

—De nosotros —respondo, y digo en voz alta lo que llevo horas pensando—. De algún modo saben cada paso que damos. No antes, no desde afuera. Desde adentro, en tiempo real.

El *pub* sigue lleno de gente que habla y ríe a nuestro alrededor sin saber nada de lo que acaba de pasar a pocos minutos de allí.

Peter baja la vista al portátil y luego la levanta hacia mí. Su expresión no es de sorpresa. Es de alguien que acaba de escuchar confirmada una sospecha que llevaba horas sin querer formular. Alain deja el vaso de cerveza en la mesa sin terminarla. En la pantalla, Luna tiene los ojos fijos en la cámara con esa quietud que tiene cuando procesa algo que no le gusta lo que le dice.

Nadie habla nada durante un momento.

Porque todos estamos pensando lo mismo. Si el Anillo nos monitorea en tiempo real, cada conversación que hemos tenido

desde que llegamos a Londres es información que tienen ellos. Cada nombre que mencionamos. Cada dirección. Cada decisión. El taller mecánico donde interrogamos a O'Brien. La mesa del fondo de este *pub*. El portátil de Alain con la llamada abierta ahora mismo.

Y ninguno de nosotros quiere ser el primero en decir en voz alta qué significa eso.

22

A ORILLAS DEL RÍO MENO

Fráncfort, Alemania
Viernes, 24 de junio, 9:30 a. m.

Luna camina por la orilla del Meno con el detective que la salvó hace menos de dos días. Bernhard Geier, según la placa que no tuvo tiempo de leer en el tejado. El río avanza tranquilo a su derecha, ancho y gris bajo la luz de la mañana. Corredores, paseantes con perros, parejas en los bancos de madera que bordean el paseo. Nadie presta atención a dos personas que caminan hablando en voz baja. Es el tipo de lugar que Luna buscaba: abierto, sin rincones ciegos, donde cualquiera que se acerque demasiado se nota desde lejos.

Le pidió a Geier que se encontraran así, sin comunicárselo por ningún canal oficial. Después de lo de Wollseif, Luna no quería arriesgarse a que alguien interceptara una llamada. Geier aceptó sin hacer preguntas, lo que indica que el hombre no necesita que le expliquen por qué. Entiende la situación con la información que tiene y actúa en consecuencia. Es el tipo de profesional con quien se puede trabajar.

—Alguien sabía que íbamos —empieza Luna—. Temo que haya habido una filtración. No sé en quién puedo confiar dentro de la Policía alemana.

—Mi compañero casi pierde una oreja —responde Geier, con ese tono directo que Luna ya reconoce como su manera habitual de hablar—. Y yo te saqué de una caída que te habría matado. Creo que en nosotros puedes confiar.

—Por eso estoy aquí —dice Luna—. ¿Tienes alguna idea de dónde pudo venir la filtración?

—Lo pensé —admite Geier, mirando el río mientras caminan—. Hice preguntas discretas. No encontré nada que apunte a ninguno de mis compañeros. Si alguien nos delató, no vino de dentro de mi unidad.

Luna lo estudia de reojo. Geier camina con las manos en los bolsillos y la vista en el agua, pero su postura es la de alguien que no descansa, aunque parezca que lo hace. Lleva el peso de lo que pasó con Wollseif de la misma manera que todos los que trabajan en esto llevan el suyo durante suficiente tiempo: incorporado, sin dramatismo. No es el tipo de hombre que miente con facilidad. Si sus compañeros dicen que están limpios, es probable que lo estén.

Lo que significa que la filtración provino de otro lado. Lo que confirma lo que Ainara dijo anoche en el *pub*.

—El piso desde el que dispararon —continúa Geier— pertenecía a una mujer que vivía sola. La encontramos muerta en el armario. No dejaron huellas, no dejaron casquillos. Estamos revisando las cámaras de la zona, pero no es prometedor. Estos hombres sabían lo que hacían y cuánto tiempo tenían para hacerlo.

Se detiene un momento y mira directamente a Luna.

—Quiero saber quiénes intentaron matarnos —dice—. Me parece que me lo debes.

Luna evalúa. Este hombre arriesgó su vida por ella sin tener ninguna obligación de hacerlo y sin saber contra quién estaba peleando. No le debe una explicación completa, pero sí la suficiente para que entienda en qué se metió.

—Hay una organización llamada el Anillo —explica Luna—. Opera en múltiples países con estructuras diseñadas para que ningún miembro conozca el esquema completo. Lo que hicieron en el BCE no fue un ataque aislado. Es parte de algo mucho más grande que llevan años construyendo. Los hombres que mandaron a matar a

Wollseif y a nosotros no eran sicarios de alquiler contratados de un día para otro. Alguien los tenía preparados en Fráncfort esperando exactamente esta situación.

Geier escucha sin interrumpir, mirando el río.

—Nunca escuché hablar de ellos —dice al fin.

—Poca gente lo ha hecho —responde Luna—. Y los que saben, por lo general prefieren no hablar.

Caminan unos pasos en silencio. El Meno refleja las nubes bajas de la mañana.

—¿Qué hay de Müller? —pregunta Luna.

—Ya fue interrogado de manera formal —responde Geier—. No hay nada que lo vincule con el sabotaje. Está limpio desde el punto de vista legal. Aunque lo que me contaste sobre la programación me hace pensar que «limpio» no es exactamente la palabra adecuada para describir lo que le hicieron.

—No —confirma Luna—. No lo es.

—¿Y Ludwig Fischer?

—La foto de Fischer en los registros de la empresa de técnicos no coincide con el hombre que aparece en las cámaras del banco. Era un impostor que usó esa identidad para entrar al BCE. Dictamos una orden de captura, pero llegamos tarde.

—¿Cuán tarde?

—Una hora después del ataque, Fischer tomó un vuelo a París. Ya notificamos a Interpol. Pero, honestamente, dudo que siga allí.

—Yo también lo dudo —dice Luna—. ¿Te enteraste de lo de Londres?

—Hicieron lo mismo en el Banco de Inglaterra.

—Sí, lo mismo —confirma Luna—. Si Fischer estuvo detrás de ambos ataques, y todo indica que así fue, ya debe estar muy lejos de Europa.

Londres, Reino Unido

Viernes, 24 de junio, 12:30 p. m.

ESTA VEZ no pudieron ocultar lo ocurrido. Desde el principio se supo que era un atraco, y una vez que la noticia llega a más de dos teléfonos, es cuestión de minutos para que aparezca en todos los medios. Esta mañana, cuando abrieron los mercados, los noticieros no hablaban de otra cosa.

—Las redes estallaron y los mercados se volvieron locos —dice Junior—. Las criptos se dispararon de forma incontrolable. Desde esta mañana la bolsa de Londres registra la mayor caída de su historia.

—Se robaron mil setecientos sesenta millones de libras —dice Alain—. Con eso me daba unas buenas vacaciones.

—Vacaciones de por vida —comenta Peter—. Tú, tus hijos, tus nietos y unas cuantas generaciones más.

Me quedo quieta un momento con ese número en la cabeza. Mil setecientos sesenta millones. Lo busco mentalmente, lo comparo con lo que ya sé.

—El número no es aleatorio —digo—. Es el doble del ataque de Fráncfort.

—Correcto —confirma Andrew—. Ochocientos ochenta millones en Fráncfort, mil setecientos sesenta en Londres. La firma del Anillo. El mismo patrón que con Knight Capital en 2012. Crean el caos con una cantidad específica, no con la máxima que podrían llevarse. El número es el mensaje.

—Roban exactamente lo que quieren —dice Peter—, ni un euro más, ni uno menos.

—Es una demostración de poder —afirmo—. Nos están diciendo que podrían llevarse más, pero que eligieron no hacerlo. Que tienen el control. Que el dinero es secundario frente a lo que están construyendo.

—¿Qué es? —pregunta Alain.

—Pánico —respondo—. Desconfianza sistémica. Si la gente deja de creer que el dinero en el banco está seguro, el sistema se derrumba por sí solo. No necesitan robar todo. Solo necesitan que nadie sepa cuándo se detendrán.

Luna se conecta desde Fráncfort.

—Acabo de hablar con Geier —informa—. Fischer voló de Fráncfort a París una hora después del sabotaje. Tal vez podamos rastrearlo desde allí.

—Le aviso a Freddy —dice Andrew.

—Francia fue solo una escala —contesta Luna—. Estoy convencida de que ya no está en Europa. Y creo que se encargó personalmente de lo de Londres también. Este hombre programó a los durmientes hace diez años. No delega el control cuando hay algo importante en juego. Es obsesivo, minucioso, necesita verificar que todo funciona según sus planes. Tiene que haber estado allí.

—Entonces, ya salió —afirmo—. Si sigue el patrón, no se queda en ningún lugar más de lo necesario.

—¿Habrá un tercero? —pregunta Peter.

—No se detendrán hasta que los frenemos nosotros —respondo.

—Ya no quedan bancos centrales más importantes en Europa —dice Andrew despacio—. Primero, la Unión Europea. Luego, el Reino Unido.

Hace una pausa.

—Lo único que queda es Nueva York —digo—. Si logran hacer lo mismo en la Reserva Federal, el sistema financiero de Occidente estará en sus manos.

Nadie responde de inmediato. La progresión es demasiado clara para necesitar comentario: Fráncfort, Londres, Nueva York. Tres golpes, cada uno el doble del anterior. El tercero tendría que ser más de tres mil quinientos millones de dólares. Una cantidad que no se puede ocultar, que no se puede explicar como un error técnico, que no se puede absorber sin consecuencias globales. Si lo logran, no habrá control de daños posible. Los mercados no sobrevivirían tres golpes de esta magnitud con este patrón. Lo saben ellos y ahora lo sabemos nosotros.

—¿Cuándo? —pregunta Alain.

—No lo sabemos —digo—. Pero si el patrón se mantiene, ya tienen a alguien colocado allí. Alguien que lleva diez años esperando en el lugar correcto, haciendo su trabajo.

—Entonces, ya estamos tarde —dice Peter.

—Todavía no —respondo—. Pero casi.

Lo que no digo es lo que todos sabemos. Si el Anillo ya tiene a alguien colocado en la Reserva Federal desde hace diez años, ese alguien lleva una década siendo un empleado modelo, acumulando acceso y confianza, esperando una señal que todavía no llegó. Y nosotros no sabemos su nombre. No sabemos su cara. No sabemos en qué departamento trabaja. Solo sabemos que existe.

23

DESTINO NUEVA YORK

Washington D. C., EE. UU.
Viernes, 24 de junio, 10:00 a. m.

La mañana en Washington D. C. es limpia y luminosa, todavía amable antes de que el calor del verano vuelva pesado el aire. Freddy está sentado en una banca en los jardines del National Mall, con el Capitolio a sus espaldas y la extensión verde del parque delante. Es uno de los lugares más vigilados de la ciudad, lo cual, paradójicamente, lo convierte en uno de los más seguros para tener una conversación que nadie debe escuchar. Demasiadas cámaras, demasiados guardias, demasiada gente pasando. Nadie se detiene a escuchar lo que dicen dos hombres en una banca.

Tiene en la mano un café que compró en el camino. Lleva diez minutos esperando cuando ve llegar a Kessler desde la dirección del monumento a Lincoln, caminando con esa despreocupación estudiada de quien sabe que lo están mirando y quiere que parezca que no le importa.

—Parece que empiezas temprano, Tanaka —dice Kessler al llegar, y se sienta sin esperar invitación.

Es un agente de la CIA con quien Freddy ha cruzado caminos más de una vez. La relación siempre ha sido tensa en el fondo, aunque superficialmente cordial. Cada vez que se encuentran,

Freddy lo hace sabiendo que Kessler puede estar jugando para el otro bando, o para varios bandos al mismo tiempo. En este oficio, esa posibilidad no se descarta nunca. Aun así, es el mejor contacto que tiene dentro de la agencia. Kessler coloca una carpeta sobre la banca entre los dos sin entregársela directamente, como si la hubiera dejado olvidada por accidente.

—Aquí tienes —dice—. El informe completo. Bueno, casi completo.

Freddy toma la carpeta sin apresurarse. Sabe que habrá páginas tachadas, secciones bloqueadas con tinta negra. Es el precio de obtener información por este canal. Abre la carpeta y encuentra en la primera página lo que buscaba: el nombre y el rostro del doctor Howard Jellicot, el antiguo mentor de Luna y uno de los hombres que escaparon durante la misión de Chernóbil. En Ucrania, Ainara y su equipo descubrieron que sus trabajos para la CIA y el Anillo estaban relacionados con la manipulación mental, la programación de la conducta y los experimentos de Emilia Wolff. Si alguien podía haber dejado una huella técnica en esos manchurianos, era él.

—Gracias, Kessler —dice Freddy—. Siempre puedo contar contigo.

Kessler sonríe. Entiende a la perfección la ironía. Ambos saben que no pueden confiar el uno en el otro, y esa paridad de desconfianza mutua es lo que hace que la relación funcione.

—¿Qué es lo que buscas con este hombre? —pregunta Kessler, mirando hacia el estanque reflectante en lugar de mirarlo a él.

—Ya lo sabes —responde Freddy—. Es por el caso de Chernóbil. Jellicot se nos escapó y sigo rastreándolo.

Era la versión que había decidido usar. Con el Anillo, nunca se sabe quién está involucrado ni hasta dónde llegan sus conexiones. Si Kessler tiene algún vínculo con ellos, no necesita saber que el equipo está siguiendo la pista de los manchurianos hasta Nueva York. La compartimentación funciona en las dos direcciones: el Anillo la usa para protegerse, y Freddy la usa para lo mismo.

—Si tú lo dices —responde Kessler, con ese tono que indica que no cree una sola palabra, pero que tampoco va a insistir—. Aunque

no creo que hayas venido hasta Washington D. C. solo por esto. Sé que has estado recorriendo algunas oficinas estos días.

Freddy lo mira de reojo. La actitud de Kessler confirma que no sabe nada de lo que el equipo está haciendo en relación con los ataques bancarios, justo lo que esperaba. Si supiera algo, no estaría haciendo preguntas, estaría manejando la conversación en otra dirección. Le entregó el informe de Jellicot porque no ve en él ninguna conexión con sus propios intereses. Igual que los miembros del Anillo con los que se han cruzado, cada célula opera con información limitada. Kessler no tiene forma de relacionar a Jellicot con los manchurianos, y por eso no puso ninguna objeción.

—Eres demasiado suspicaz, amigo —responde Freddy, manteniendo el tono—. ¿Te enteraste de lo que pasó en Alemania y en el Reino Unido?

—Me enteré —responde Kessler, y esta vez sí lo mira, con una expresión entrenada para no decir nada—. Creo que eso está muy lejos de tu territorio habitual, Tanaka.

—Desde que me enviaste a Europa —responde Freddy, girándose para mirarlo de forma directa—, no hay nada que esté fuera de mi territorio.

Se levanta, recoge la carpeta y se la pone bajo el brazo.

—Vine a D. C. para hablar con las autoridades sobre ese tema —explica—. Tenía algunas pistas que podían ser útiles. Pero ya que estaba aquí, aproveché para seguir esta investigación paralela. Gracias de nuevo, Kessler.

Se aleja por el sendero sin mirar atrás. Sabe que Kessler no se tragó del todo la explicación. Pero no importa. Tiene el informe sobre Jellicot, que era lo único que necesitaba de esta reunión. El resto de las respuestas tendrá que encontrarlas en otro lado.

Scotland Yard, Londres, Reino Unido
Viernes, 24 de junio, 3:10 p. m.

Llego con Peter a Scotland Yard. MacLeod nos citó porque quería mostrarnos imágenes del Banco de Inglaterra que sus equipos habían procesado durante la mañana. Cuando entramos a su oficina, pone un video sin decir nada. Deja que veamos primero.

En la imagen aparece un hombre de cabello negro, manipulando un ordenador en una sala de servidores. Lo reconozco antes de que MacLeod abra la boca. Los mismos rasgos que aprendí a identificar en las dos fotografías que Andrew colocó una al lado de la otra hace dos días.

Peter lo ve al mismo tiempo que yo.

—Es Fischer —afirmo.

—Alias Cavendish —agrega Peter—. El mismo hombre, otro nombre, otro país.

—Esta semana hubo una actualización programada del sistema —explica MacLeod—. Ese hombre figura en los registros como William Taylor, un ingeniero externo contratado para verificar la actualización.

Tres identidades. Fischer en Fráncfort, Cavendish hace diez años en Eurotalent, Taylor en Londres. Cada una está construida con suficiente profundidad para resistir una verificación de rutina. Cada una en un país diferente. Alguien dedicó años a preparar esto.

MacLeod cambia el video. Ahora vemos a Martin Stewart dejando su móvil apoyado junto a un ordenador en una oficina vacía. La siguiente secuencia lo muestra regresando a recogerlo unos minutos después.

—Nuestros especialistas creen que el móvil pudo haber servido como puente de acceso al sistema vía Bluetooth mientras estuvo allí solo —explica MacLeod—. Están revisando la terminal.

—Es el mismo método que en Fráncfort —le digo a Peter—. El manchuriano no necesita saber nada. Solo dejar un dispositivo en el lugar correcto durante el tiempo suficiente.

Peter saca el móvil y le manda un mensaje a Andrew.

MacLeod recibe una llamada. Escucha, pide que le manden lo que acaban de encontrar directamente a su teléfono, espera, mira la pantalla y nos la muestra sin decir nada todavía.

Es una cámara de seguridad en la entrada del Eurotúnel desde el lado francés. Un hombre de cabello rubio conduciendo. La imagen es clara.

—Grabado dos días antes del sabotaje —dice MacLeod—. Voló de Fráncfort a París, tomó un tren hasta Calais y cruzó el canal en su propio vehículo. Todo calculado para evitar los registros de vuelos directos entre Alemania y el Reino Unido.

—Tenía una identidad activa en Fráncfort como Fischer y otra aquí como Taylor —digo—. Esto no se improvisa. Lo llevaba preparando con bastante anticipación.

—Algo tuvo que cambiar para que decidiera ejecutar los dos golpes ahora —dice Peter—. Tal vez la actualización del sistema era la ventana que necesitaba. Una oportunidad que no se repetiría.

—Lo importante ahora es saber dónde está —opino.

—En eso también puedo ayudarlos —dice MacLeod.

Nos muestra otro video. Una cámara de aeropuerto. El hombre en la cola de embarque, con cabello oscuro y ropa diferente, pero los rasgos son inconfundibles una vez que sabes lo que buscas. El ángulo de la mandíbula, la distancia entre los ojos. El mismo hombre.

MacLeod deja que miremos el video completo antes de hablar.

—Me temo —dice al fin— que este hombre ahora es problema suyo. El vuelo que abordó tenía como destino Nueva York. Desde anoche se está moviendo libremente por territorio estadounidense.

La conclusión cae sobre nosotros sin necesidad de explicarla: Fischer está en Nueva York con tiempo de ventaja, el sistema bancario no sabe que lo está buscando, y en algún lugar de esa ciudad hay un manchuriano que lleva diez años esperando la señal.

La imagen me golpea de pronto: la Reserva Federal de Nueva York, un pasillo blindado, una reja descendiendo, un hombre frente a una consola con noventa segundos en la pantalla. Lo vi antes de entender qué significaba. Ahora lo sé.

Todo lo que ha pasado en Fráncfort y en Londres, los durmientes, el poema, los nombres falsos, la firma numérica, todo era el camino hacia ese momento. Y Fischer lleva desde anoche sobre el terreno, preparándolo.

24

EL HOMBRE SIN NOMBRE

Aeropuerto de Heathrow, Londres, Reino Unido
Viernes, 24 de junio, 7:00 p. m.

El avión sale en media hora hacia Nueva York. Estamos los tres sentados en Heathrow, el mismo aeropuerto al que habíamos llegado hacía apenas dos días con la sensación de que teníamos tiempo suficiente. Ahora sabemos que no lo teníamos entonces y que tampoco lo tenemos ahora. Después de ver las imágenes de Cavendish embarcando hacia Estados Unidos en Scotland Yard, no hubo dudas sobre adónde debíamos ir. Cuando dedujimos que el próximo ataque sería en Nueva York, solo teníamos la lógica a nuestro favor. Ahora también tenemos a nuestro único sospechoso libre al otro lado del mundo.

Apenas salimos de Scotland Yard llamé a Andrew para que nos reservara los vuelos y coordiné con Luna para que viajara desde Fráncfort. No creo que quede nada más por hacer en Europa y necesito al equipo completo donde va a ocurrir la acción.

Suenan los teléfonos al mismo tiempo. Es Freddy. Nos ponemos los auriculares porque el aeropuerto está demasiado lleno para hablar sin que alguien escuche.

—Tengo novedades que no podían esperar —contesta—. Seguí la recomendación de Luna y pedí a la CIA el expediente completo de

Howard Jellicot. Esta mañana estuve con Kessler y me entregó todo lo que tenían. Sorprendentemente, pocas páginas estaban censuradas. Creo que a quien esté detrás de esto le conviene que encontremos a Jellicot. Pude revisar su historia completa hasta que me topé con algo inesperado. Les mando una foto ahora mismo.

Reviso el mensaje en cuanto llega. Es una imagen en blanco y negro, granulada por el paso del tiempo, de tres hombres jóvenes con batas blancas. El centro lo ocupa un Howard Jellicot claramente más joven. A su derecha hay un hombre que no reconozco. A su izquierda hay otro al que sí reconozco de inmediato.

Los mismos rasgos que aprendí a identificar en las fotografías que Andrew colocó una al lado de la otra hace tres días. Más joven, sin las identidades construidas encima, pero inconfundible.

—Cavendish —digo, y miro a Peter y Alain que están revisando la misma imagen en sus teléfonos.

Peter tarda un segundo más que yo. Luego asiente despacio, con esa expresión que tiene cuando algo encaja de una manera que no le gusta.

—Exacto —confirma Freddy—. Cavendish y Jellicot se conocen desde hace mucho tiempo, y eso no es casual. Los dos trabajaron juntos en una clínica psiquiátrica en el área de investigación. Experimentos sobre trastornos de conducta y reprogramación mental. Jellicot siguió desarrollando ese trabajo para la CIA cuando lo reclutaron. Cavendish tomó otro camino, pero el conocimiento que adquirieron juntos es el mismo.

—En lugar de curar, programó —dice Peter en voz baja.

—¿Tenemos alguna pista de quién es en realidad? —pregunto.

—Eso es lo que no tenemos —responde Freddy—. La foto nos muestra que trabajó en esa clínica junto a Jellicot, pero su identidad real sigue siendo un misterio. No hay nombre en los archivos de la CIA que corresponda a su rostro. O lo borraron deliberadamente o nunca existió un registro oficial de él. Ya disparé la alerta con su foto a todas las agencias pertinentes.

—¿Estamos rastreando algo más? —pregunta Peter.

—Los contactos y la familia de Jellicot —responde Freddy—. Si Cavendish y él se conocen desde esa época, puede haber algún

vínculo que no se haya borrado del todo. Pero no me hago demasiadas ilusiones. Esta gente no deja cabos sueltos.

—Sigue intentándolo —le pido—. No podemos descartar ninguna vía.

Suena el primer llamado para abordar. Le aviso a Freddy que debemos irnos y que estaremos incomunicados durante las próximas ocho horas.

—Entendido —responde—. Estaré en Nueva York cuando aterricen.

Antes de que cortemos, Alain levanta una mano.

—Tengo una pregunta práctica —afirma—. Cavendish, Fischer, Taylor. ¿Cómo lo llamaremos cuando hablemos de él?

Nadie responde de inmediato.

—El hombre sin nombre —sentencia Peter.

Búnker de Andrew, Nueva York
Viernes, 24 de junio, 3:00 p. m.

Después de hablar con la gente de Londres, Freddy llamó a Andrew para pasarle toda la información nueva sobre Cavendish y su vínculo con Jellicot. Le pidió que intentara identificar al hombre usando la foto. Andrew empezó con esa tarea. Tenía varias horas antes de que llegara el vuelo de Ainara y algo más antes del arribo de Luna.

Empezó a buscar hacia atrás en el tiempo, a una época en que las redes sociales todavía no dominaban el panorama digital, pero ya existían suficientes registros en línea como para encontrar algo si se sabía dónde mirar. Bases de datos académicas, registros de publicaciones médicas, listados de congresos de psiquiatría. Si Cavendish y Jellicot trabajaron juntos en alguna investigación, era posible que algún artículo, alguna presentación o algún registro institucional los mencionara a ambos.

Llevaba una hora buscando cuando Freddy lo llamó de nuevo. Scotland Yard había revisado el móvil de Martin Stewart. No

encontraron nada técnicamente relevante. Pero lo que sí le dijo Freddy fue otra cosa: Stewart había recibido el mensaje con el poema media hora después de que el equipo detuviera a O'Brien en Londres.

Andrew se quedó mirando esa información por un momento.

Media hora después de detener a O'Brien. Diez minutos después de que Ainara llamó al búnker para contar lo que había pasado.

Alguien había enviado la señal de activación a Martin Stewart casi en el mismo instante en que el equipo informó de que O'Brien estaba neutralizado. No antes. Después. Como si alguien hubiera estado escuchando esa llamada en tiempo real y reaccionara de inmediato.

Andrew pensó en lo que sabía. El búnker no tenía micrófonos. Sus equipos estaban limpios, los revisaba todas las semanas. Nadie había entrado físicamente. La señal de los móviles del equipo estaba cifrada con sus propios protocolos.

Y, sin embargo, alguien sabía.

Dejó de lado la búsqueda sobre Cavendish y empezó a revisar los canales de comunicación del equipo uno por uno, con la metodología lenta y sistemática que requería ese tipo de trabajo. Primero descubrió que los móviles de Peter y Alain estaban limpios. Continuó con el portátil de Alain, el que habían usado para las videoconferencias en Londres. Sin anomalías en el tráfico de red. Luego las cuentas de correo que usaban para comunicarse internamente, las que él mismo había configurado con cifrado de extremo a extremo.

Nada.

Siguió. Los registros de acceso al búnker. Los *logs* de las llamadas encriptadas. Los dispositivos que Peter había enviado desde Londres, el móvil de O'Brien que todavía tenía sobre la mesa.

Nada, nada, nada.

Fue revisando dispositivo por dispositivo, cuenta por cuenta, hasta que llegó a los correos de Junior.

Se detuvo.

Junior no había abierto sus correos en tres días.

Andrew conocía ese patrón. Lo había visto antes. Estuvo un momento quieto frente a la pantalla, sin moverse, como si el simple hecho de hacer clic pudiera confirmar lo que ya sospechaba y que, una vez confirmado, no tendría marcha atrás.

—Hay que hacerlo —dijo en voz alta, aunque no había nadie más en el búnker.

Abrió el último correo que Junior había leído.

No necesitó más de diez segundos para reconocer lo que estaba escrito. Se quitó los lentes y se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Luego se recostó en la silla y miró el techo durante un largo rato.

Tenía que guardar la explicación completa hasta que Ainara aterrizara. Quería hablar con ella antes que con nadie más. Pero no podía esperar ocho horas sin hacer nada. Cerró los accesos de Junior al sistema, bloqueó sus credenciales y le envió un mensaje con una excusa simple: necesitaba verlo en el búnker para revisar unos registros antiguos. Si Junior estaba comprometido, lo primero era mantenerlo cerca y lejos de cualquier equipo sin supervisión.

En el búnker, con todas las pantallas encendidas y el zumbido constante de los servidores, Andrew se quedó quieto en la silla. Pensando en Junior. En los años que llevaban trabajando juntos. En lo que Ainara iba a sentir cuando se lo dijera.

—Ese maldito poema —dijo.

25

DESDE ADENTRO

Aeropuerto JFK, Nueva York

Viernes, 24 de junio, 10:00 p. m.

Apenas enciendo el móvil al aterrizar, aparece un mensaje de Andrew pidiéndome que lo llame. Nos levantamos y, mientras hacemos la fila para bajar del avión, marco su número.

—Ya llegamos, Andrew —le informo—. ¿Pasó algo?

—Lamentablemente, sí —me responde, y el tono tiene algo que no le había escuchado antes, una gravedad que no es su forma habitual de hablar—. Por eso necesitaba hablar contigo antes de que hablaras con nadie más.

—Dime qué pasó.

—Quedamos en que revisaría si nos estaban espiando desde adentro —explica Andrew, mientras, yo avanzo despacio por la manga de desembarque—. Lo hice. Y encontré algo. Se trata de Junior. Revisé sus correos y no ha abierto ninguno en los últimos tres días. Ese patrón me alertó, así que abrí el último mensaje que sí había leído.

Hace una pausa breve.

—Es el poema, Ainara.

Me detengo en seco. Alain, que viene caminando detrás sin mirar hacia adelante, casi me choca. La gente me esquiva, murmurando.

—¿Qué sucede? —me pregunta Alain, que ve en mi cara que algo cambió.

Peter, que había seguido caminando unos pasos adelante, nota que nos hemos quedado atrás y gira contra el flujo de pasajeros. Los dos me miran, esperando.

—Ainara —dice Andrew por el teléfono, al notar que no contesto.

—¿Dónde está Junior ahora? —reacciono.

—Se fue a su piso hace una hora aproximadamente —responde —. No sabe que encontré esto. Nadie lo sabe todavía.

—Llámalo —le pido—. Dile que vaya al búnker, que tendremos una reunión en cuanto lleguemos. No le digas nada más.

—Entendido —afirma Andrew, y corta.

Me quedo mirando el teléfono un momento. Peter y Alain siguen esperando.

—Tenemos un problema serio —digo—. Es Junior. Puede que tengamos un durmiente en el equipo.

El silencio que sigue dura lo que tarda en llegar la siguiente oleada de pasajeros que nos empuja a seguir caminando.

Búnker de Andrew, Nueva York

Viernes, 24 de junio, 11:30 p. m.

Cuando llegamos al búnker, Junior ya está allí con Andrew. Freddy sigue en Washington y Luna todavía está en vuelo, aterrizará dentro de un par de horas. Me hubiera gustado hablar con ella antes de confrontar a Junior, porque nadie en el equipo lo entiende mejor que ella. Pero esperar no es una opción. Lo que sea que esté sucediendo necesita frenarse ahora.

Nos saludamos con la tensión habitual de quien sabe que algo está mal, pero todavía no sabe exactamente qué. Nos sentamos. Junior y Andrew en sus lugares habituales, nosotros tres frente a ellos.

—Junior —digo, mirándolo directamente—. ¿Te ha contactado alguien en los últimos días? ¿Alguien que no debería haberlo hecho?

—¿Alguien? —repite, sin entender—. ¿Cómo quién?

—No lo sé —contesto—. Un número desconocido, un mensaje que te pareció raro, cualquier cosa fuera de lo normal.

—Nada que recuerde —dice, y lo veo hacer un repaso genuino—. ¿De qué se trata esto, Ainara? Me estás asustando.

—Concéntrate —le pido, sin suavizar el tono porque no hay tiempo—. ¿Has recibido algún correo que te haya llamado la atención? ¿Algo que no supieras de dónde venía?

—Correos no —responde—. De hecho, creo que llevo un par de días sin revisar la bandeja. Recibo demasiado *spam* y, últimamente, no he tenido tiempo.

—Exacto —digo, inclinándome hacia adelante—. ¿Por qué no los revisaste? ¿Cuál fue el último que abriste?

—No recuerdo cuál fue —contesta, y ahora hay algo en su voz que cambió, una inquietud que antes no estaba—. Espera, lo busco.

Toma el móvil, pero le pongo la mano encima antes de que desbloquee la pantalla.

—No lo abras —le digo.

Junior se queda quieto.

—¿Por qué?

—Porque puede ser parte de la activación. Andrew, ¿puedes entrar desde tu copia aislada?

—Ya estoy dentro —responde él desde detrás de su pantalla—. Tengo el último correo recibido.

No aparto los ojos de Junior.

—¿Qué contiene?

Andrew tarda dos segundos en contestar.

—El poema.

Junior no mira el móvil, pero basta con la palabra para romperle la cara.

La expresión se le borra. Los ojos pierden el foco. Se queda completamente quieto, con la vista fija en algún punto vacío frente a él. No está mirando nada. O quizá está mirando algo que ninguno de nosotros puede ver.

Peter y Alain se tensan a ambos lados.

—Junior —digo, muy bajo.

No responde. Peter le pone una mano en el brazo.

—Junior —repite Peter.

Nada. Peter le sacude el brazo con más fuerza.

—Junior.

Entonces, Junior parpadea. Baja la vista a la mano de Peter sobre su brazo, luego la eleva a la cara de Peter, como si estuviera recalibrando dónde está y qué está pasando.

—Diablos —dice por fin, y me mira—. Es el poema. No entiendo, no recuerdo haberlo recibido. No recuerdo nada.

—Por poco me da un infarto —dice Alain, soltando el aire que había estado reteniendo—. Parecías un zombi, Junior.

—Lo siento —contesta, y le tiembla la voz—. No sé qué me pasó. Por un momento fue como si no estuviera aquí.

—Tomemos esto con calma —opino, respirando despacio—. Escúchame, Junior. Sé que no me estás mintiendo. Confío en ti. Pero alguien te hizo algo sin que tú lo supieras, y necesito que lo entiendas antes de que sigamos.

—¿Qué me hicieron? —pregunta, y la voz es diferente ahora, más débil.

—Lo mismo que le hicieron a O'Brien y a Stewart —le explico—. Creemos que, de alguna manera, has estado filtrando información sobre lo que hacíamos, sin saberlo y sin quererlo. Por eso el Anillo siempre llegaba a tiempo. Por eso sabían cada paso que dábamos.

—No puede ser —dice, y el pánico empieza a asomar—. Te juro que no sé nada. Te juro que no lo hice a propósito.

—Lo sé —le contesto, y le tomo la mano—. Por eso estoy hablando contigo así y no de otra manera. Eres una víctima, como O'Brien, como todos los demás. Cuando llegue Luna, trabajará contigo para resolver esto. Pero ahora mismo necesito que estés tranquilo. Conozco a muy poca gente capaz de procesar esto sin derrumbarse. —Lo miro a los ojos directamente—. Tú puedes. Necesito que uses esa cabeza para ayudarte a ti mismo. ¿Me entiendes?

—Sí —dice, y traga saliva—. Hablas de suicidio. Lo entiendo. La angustia que siento ahora mismo podría llevarme a hacer cualquier cosa.

—Pero ese no eres tú —lo interrumpo de inmediato—. Eso es la programación hablando, no tú. Tú no vas a hacer ninguna estupidez porque eres más fuerte que esto. ¿Me escuchas?

—Te escucho —responde, y por primera vez desde que abrió el correo parece estar completamente presente—. Necesito ayuda, Ainara.

—Estamos todos aquí —le aseguro—. No te vamos a dejar solo.

Andrew ya está de pie, yendo hacia el botiquín. Vuelve con una pastilla y un vaso de agua y se los pone delante de Junior sin decir nada. Junior los mira y los toma sin dudar.

—No puede seguir en el caso —le digo a Peter en voz baja—. Pero tampoco puede irse del búnker. No hasta que Luna lo evalúe.

—De acuerdo —dice Peter.

—Solo recibió el correo —interviene Andrew—. Mientras no lo vuelvan a contactar, no debería volver a activarse. Pero hay que quitarle el acceso a todos los dispositivos por precaución.

Asiento. Miro a Junior, que ahora tiene los codos apoyados en las rodillas y la cabeza baja. Cuando levanta la vista y me encuentra mirándolo, aprieta los labios.

—Lo siento, Ainara —murmura.

—Lo importante ahora —le digo— es que no corras ningún peligro. Todo lo demás lo resolvemos después. Descansa.

Me levanto y camino hacia la otra punta del búnker, lejos de donde está Junior. Peter me sigue.

—¿Qué hacemos con la información que manejaba Junior? —pregunta en voz baja.

—Andrew revisa todo lo que tocó en los últimos días —digo—. Necesito saber exactamente qué sabe el Anillo. Qué nombres, qué movimientos, qué planes. Si Junior fue su fuente desde que empezamos en Fráncfort, tenemos que asumir que lo saben todo.

Peter asiente. Los dos miramos hacia el centro del búnker, donde Junior sigue sentado, cabizbajo, con Andrew a su lado. Nadie lo acusa en voz alta, y eso lo vuelve peor. Porque Junior no nos

traicionó. No vendió un nombre, no abrió una puerta, no eligió al Anillo por encima de nosotros. Lo usaron como usaron a O’Brien, como usaron a Falkenberg, como intentan usar a cualquiera que pueda servirles. Y, aun así, mientras lo miro sentado entre nosotros, entiendo que el daño ya está hecho: uno de los nuestros pudo haberles entregado todo sin saberlo.

.

26

LA CLÍNICA DEL SUBSUELO

Búnker de Andrew, Nueva York
Sábado, 25 de junio, 9:00 a. m.

Anoche, una vez que Luna avisó que había aterrizado, nos fuimos cada uno a casa, excepto Junior, que se quedó en el búnker con Andrew. Apenas salí, llamé a Luna para contarle lo que había pasado. Me dijo que iría a verlo, que quería evaluar su estado antes de que todos descansáramos. Si encontraba algo preocupante, me llamaría sin importar la hora.

No llamó. Al rato de levantarme, le mandé un mensaje y me respondió que en cinco minutos me llamaría.

—Pasé la noche en el búnker —me explica cuando atiendo—. Acabo de salir a la calle para hablar sin que Junior escuche.

—¿Cómo está?

—Mejor de lo que esperaba. Anoche hicieron lo correcto. Junior me dijo que después de la conmoción inicial estuvo pensando mucho. Llegó a la conclusión de que, por peor que todo parezca, sabe que está rodeado de la gente correcta. Eso lo sostiene.

—No sabes el alivio que me da escuchar eso —afirmo—. Tuve miedo de haber sido demasiado directa al confrontarlo.

—Fue la manera correcta —responde Luna—. Los sedantes hicieron efecto. Le ajusté la dosis para que pudiera dormir. No me

gusta mantenerlo sedado más de lo necesario, pero por ahora es lo más seguro. Él lo entiende y está colaborando.

—Me preocupa que siga teniendo acceso a lo que hacemos.

—Mientras permanezca incomunicado, no hay riesgo real —responde—. Y que sigamos confiando en él le hará bien. La contención afectiva es tan importante como la medicación en estos casos.

La charla con Luna me dejó más tranquila. La situación no empeoró de ayer a hoy, y eso ya era algo.

Cuando llegué al búnker, Freddy acababa de regresar de Washington. Nos reunimos todos.

—¿Encontraste algo de nuestro hombre? —le pregunté en cuanto se sentó.

—Tenemos una pista —respondió—. Hay una clínica en Nueva Jersey, Rodwell Medical. Su director figura como Ronald Rodwell, supuestamente el hijo del fundador. Les mando su foto.

El mensaje llegó de inmediato. Abrí la imagen y reconocí el rostro al instante. La misma estructura ósea, los mismos rasgos, bajo otro nombre y con otro pelo. Cuántos años y cuántas identidades después, y los rasgos básicos no cambian.

—¿Otra vez él? —dijo Peter—. ¿Cuántos seudónimos tiene este psicópata?

—Espero que sea el último —contestó Freddy—. Como no encontré nada sobre sus familiares, revisé su historial laboral. Busqué a médicos contratados en puestos anteriores tras su desaparición. En esta clínica no hubo relación indirecta: fue contratado él mismo para reemplazarse, solo que con otro nombre. Dirigía el área psiquiátrica y ahora dirige todo el centro.

—¿Sigue trabajando allí? —preguntó Alain.

—Así es. Todavía no ordené que lo investigaran oficialmente. Quería hablarlo primero con ustedes.

—Hiciste bien —le dije—. Si lo detiene el FBI, el Anillo le pondrá abogados para callarlo antes de que podamos obtener una confesión útil. Mejor que entremos nosotros primero.

—Yo quiero hablar con ese hombre —intervino Luna—. Él sabe cómo tratar a Junior y vamos a hacer que hable.

Giramos todos hacia Junior, que nos devolvió la mirada desde su rincón.

—No se preocupen por mí —afirma Junior—. Estoy sedado y no me acercaré a ningún dispositivo. Nadie me va a activar.

—Lo sabemos —dijo Luna—. Pero necesitarás tratamiento para limpiar cualquier programación que te hayan dejado. Si este hombre nos da los detalles del proceso, tu recuperación será más rápida.

Acordamos el plan. Luna y Alain entrarán primero como distracción. Peter y yo iremos directamente a la oficina del director. Freddy esperará afuera con un escuadrón por si algo se nos escapa de las manos. Tiene cuatro agentes disponibles, hombres de confianza, sin conexión con los canales que el Anillo puede haber comprometido.

Mientras mis compañeros escogían sus armas, me acerqué a Andrew y le hablé al oído.

—Desactiva la huella de Junior —le pedí.

—No había pensado en eso —contestó—. Ya lo hago.

Me daba pena tomar esa precaución. Pero no podíamos correr riesgos.

Clínica Rodwell Medical, Nueva Jersey
Sábado, 25 de junio, 1:15 p. m.

Llegamos por separado. Luna y Alain entraron primero. Luna simuló una crisis nerviosa desde el umbral, con una convicción que habría engañado a cualquier psiquiatra. Un guardia de seguridad los interceptó de inmediato y el personal de la clínica se centró en la ruidosa pareja. Peter y yo nos escabullimos hacia el corredor lateral que conducía al Área de Traumatología y de ahí a los pasillos de mantenimiento.

El corredor olía a desinfectante y aceite de máquina, el tipo de olor que impregna los lugares que nadie visita dos veces seguidas.

En la pared había un esquema de la planta. Lo revisamos buscando la dirección de Rodwell, y fue Peter quien vio lo que yo había pasado por alto: un sector en blanco en el centro del plano, sin nomenclatura, con un corredor que terminaba justo ahí.

—Si van a hacer algo que no quieren que nadie sepa —dijo Peter —, lo hacen donde el plano no dice nada.

A mitad del camino nos cruzamos con un empleado de limpieza que empujaba un carro de ropa de cama y llevaba colgada una tarjeta de acceso magnético. Nos miró con desconfianza.

—Necesitamos tu credencial —le dije, sacando el arma.

—Yo no sé nada —protestó.

—Llévanos al sector oculto —le pedí—, y no te haremos ningún daño.

El hombre vaciló. Luego confirmó lo que sospechaba.

—No puedo entrar allí fuera de mi horario —contestó en voz baja.

—Te acabo de cambiar el horario —respondí.

Mientras caminábamos, me explicó lo que había al otro lado de la puerta: una recepción con un guardia armado, un ascensor y una escalera al subsuelo donde estaban los consultorios, dos o tres guardias más abajo. El director no había aparecido ese día.

Peter intentó enviar un mensaje de alerta, pero no había señal. La zona tenía un inhibidor. Tendríamos que actuar por nuestra cuenta hasta poder avisarle a Freddy.

Le di al empleado su propio móvil con un mensaje ya redactado.

—Cuando tengas señal, este mensaje saldrá solo —le expliqué—. Te llamará el jefe Tanaka del FBI. Le dices que la agente Roberts autoriza el ingreso de refuerzos de inmediato. Si lo haces, no habrá cargos en tu contra.

El hombre asintió y se fue.

Peter me miró con escepticismo.

—¿Crees que podemos confiar en él?

—No lo sé —respondí—. Pero tampoco tenemos una mejor opción.

Usé la tarjeta robada. La puerta cedió. El guardia de la recepción se levantó y sacó el arma. Peter le disparó antes de que pudiera

usarla.

Bajamos por la escalera. En el subsuelo, encontramos a dos guardias más que no tuvieron tiempo de reaccionar. El pasillo era largo y estrecho, con puertas a ambos lados: consultorios con las luces apagadas, salas que nadie había usado en semanas o que nadie usaría hasta que hiciera falta. Avanzamos hasta que un médico asomó la cabeza por una puerta, nos vio y volvió a meterse. Peter la abrió de una patada y entró detrás de él.

—Doctor Bouchard —leyó Peter en la placa del hombre, tomándolo del cuello—. ¿Dónde está la oficina de Rodwell?

—Al fondo del corredor —dijo el médico con las manos en alto.

Peter lo usó de guía. Yo mantuve el corredor despejado.

Cuando llegamos a la puerta de la oficina, estaba cerrada con llave.

—Ainara —dijo Peter, señalando el picaporte.

Le disparé. La puerta cedió.

Era una oficina grande y abarrotada, con archiveros y ficheros de papel apilados hasta cerca del techo. El escritorio tenía documentos organizados en pilas precisas, el tipo de orden meticuloso que corresponde a alguien que desconfía de cualquier sistema que no controla en persona. Bouchard nos confirmó que Rodwell no confiaba en los registros digitales. Todo en papel, todo en ese cuarto, todo bajo su control directo.

Empecé a revisar los ficheros mientras Peter interrogaba al médico.

—¿Qué hacen aquí exactamente? —le preguntó Peter.

—Atendemos problemas de salud mental —respondió Bouchard.

Peter le puso el arma en la cabeza.

—Reprogramación conductual —dijo el médico de inmediato.

—¿MK Ultra? —preguntó Peter.

—Nosotros no lo llamamos así.

—Bingo —dije, sin levantar la vista del fichero—. Lo tengo.

El historial médico de Junior estaba allí. Completo, detallado, con fechas, diagnósticos y medicamentos. Todo lo que Luna necesitaba para tratarlo. Saqué el móvil y fotografié las páginas una por una,

asegurándome de que los nombres de los fármacos y las dosis quedaran legibles.

El historial médico de Junior estaba allí. Completo, detallado, con fechas, diagnósticos y medicamentos. Todo lo que Luna necesitaba para tratarlo. Lo guardé en el móvil.

—¿Dónde está Rodwell? —le pregunté a Bouchard.

—Lleva semanas viniendo poco —respondió—. Tengo su número.

Le quité el móvil. La clave era 0000.

—Estos son los genios que están hackeando los bancos más seguros del mundo —murmuró Peter.

Encontré el contacto de Rodwell y me envié el número. Después salimos de la oficina, dejando a Bouchard allí.

Al llegar al corredor, el ascensor se abrió y salieron cuatro guardias. Les disparamos antes de que pudieran posicionarse. Subimos por la escalera y, en el primer peldaño, casi nos tropezamos con uno de los hombres que habíamos dejado inconsciente al entrar.

—¿Son ustedes? —preguntó Alain desde arriba.

—¿Por qué tardaste tanto? —dijo Peter subiendo.

—Mi mujer estaba sufriendo una crisis —respondió Alain.

En cuanto salí del pasillo de servicio, recuperé señal. Un mensaje de Freddy: «¿Quién demonios es Frank?».

Sonreí. El empleado había cumplido su parte.

—Apúrense —dijo Luna desde la entrada—. Acaba de llegar la policía.

Nos encaminamos hacia la salida entre los policías que discutían con el personal de seguridad. Freddy apareció al lado de un agente uniformado, mostrando su placa.

—FBI —dijo—. Soy el jefe Tanaka y ahora estoy a cargo. Dejen salir a estas cuatro personas.

Mientras mis compañeros salían, le escribí un mensaje a Freddy: «Pregunta por Frank de limpieza, él te guiará». Levanté el teléfono para que lo viera y salí.

Búnker de Andrew, Nueva York
Sábado, 25 de junio, 3:20 p. m.

Vinimos directo al búnker. Luna tomó el historial de Junior y se encerró con él durante casi dos horas. Cuando salió con sus conclusiones, Junior estaba presente para escucharlas.

—Estuvo planeado desde el principio —explicó Luna—. Junior llegó a esa clínica por recomendación de un médico que fue pagado para derivarlo allí. No hubo nada casual. El Anillo tiene un expediente de cada uno de nosotros. Solo esperaban que alguno cayera en la trampa.

—¿En serio creías que no sabían quiénes somos? —le preguntó Peter a Junior.

—Lo que me preocupa —dije— no es que sepan quiénes somos. Es que no hagan nada al respecto. De alguna manera, les somos funcionales, y eso me pone furiosa.

—¿Qué más descubriste? —preguntó Junior.

—Tu programación requería medicación continua para mantenerse activa —explicó Luna—. Te suministraban dos compuestos experimentales: VX-17 y OM-42. En los informes los llaman veltrazina y orxemidona, pero no son medicamentos aprobados. En varias ocasiones tuvieron que aumentar la dosis porque tu organismo los rechazaba. —Hizo una pausa—. Eso es buena señal. Significa que, en menos de dos semanas sin recibir la medicación, deberías empezar a recuperarte. Pero es especulación hasta que tengamos más material de la clínica.

Junior escuchó todo sin interrumpir. Cuando Luna terminó, asintió una vez y bajó la vista. No dijo nada. No hacía falta.

—Freddy está dentro todavía —dije, mirando a Andrew—. ¿Alguna novedad?

Antes de que Andrew pudiera responder, sonó su sistema de altavoces. Era Freddy, y detrás de su voz había sirenas y ruidos que no eran de la calle.

Búnker de Andrew, Nueva York
Sábado, 25 de junio, 7:45 p. m.

Freddy llegó al búnker dos horas después. Tenía el traje lleno de polvo, un apósito pegado a la mejilla, los ojos de alguien que acaba de ver algo que no quería ver y que todavía lo está procesando mientras habla.

—Perdí a dos hombres —dijo antes de que nadie preguntara nada—. Cuando quise volver a entrar para rescatarlos, hubo una segunda explosión y el subsuelo se vino abajo. Alguien activó las detonaciones en cuanto vio que el FBI tomaba el control del lugar. Probablemente el jefe de seguridad, que desapareció en la confusión.

Nadie dijo nada durante un momento.

Freddy se sentó en una silla libre. Apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando el suelo. En veinte años de trabajo juntos no lo había visto así. Freddy procesa, planifica, actúa. No se detiene. Pero esta noche, estaba detenido.

—Somos muy afortunados de seguir con vida —dijo al fin, y en su voz había algo que iba más allá del cansancio—. Todos nosotros.

—Tienes razón —le contesté—. Y eso nos da otra oportunidad de acabar con esto.

—La demolición del lugar y los testimonios de los empleados que conocían el sector secreto nos dan evidencia suficiente para abrir una investigación formal —continuó Freddy—. Ya no podrán decir que estoy fantaseando con conspiraciones. —Hizo una pausa—. Pero eso tendrá que esperar, porque acabo de recibir una llamada de mi oficina.

Nos miró antes de continuar.

—Los investigadores encontraron el correo masivo con el poema en una entidad bancaria de Nueva York. Lo enviaron ayer por la mañana. Necesito convencer a mis jefes de que el lunes no permitan la apertura de ese banco.

La habitación se quedó completamente en silencio. Afuera, Nueva York seguía siendo Nueva York: tráfico, bocinas, una ciudad

que nunca para. Adentro, nadie se movió.

—¿De qué entidad estamos hablando, Freddy?

Me miró fijo.

—De la Reserva Federal.

27

NADIE TIENE EL DINERO

Búnker de Andrew, Nueva York
Sábado, 25 de junio, 8:50 p. m.

Freddy se fue tan rápido como llegó. Dijo que iría a cambiarse y que todavía no sabía a qué autoridad tendría que convencer para lo de la Reserva Federal. No tuvo descanso en todo el día y se notaba, aunque no lo dijera.

Nos quedamos en el búnker sin saber muy bien qué hacer con las siguientes horas.

—Es una pena no haber conseguido más información de la clínica —dice Luna, apoyando los codos en la mesa—. Podríamos haber hecho mucho bien con ese material.

—Depende de en qué manos hubiera caído —respondo—. Tú podrías haber hecho mucho bien, sí. Pero ese tipo de información en manos equivocadas es otra historia completamente distinta.

—No hay que imaginar mucho —acota Alain, abriendo la nevera —. Ya estaba en las peores manos posibles antes de que llegáramos. —Saca algo y lo examina—. ¿Alguien más tiene hambre?

Tiene razón. El procedimiento de programación mental llevaba años operando desde esa clínica. Si parte de la CIA estaba involucrada, como sospechamos, puede que la explosión haya sido precisamente para cubrir esas huellas antes de que pudiéramos

analizarlas. Los muertos de Freddy no fueron un daño colateral. Fueron una operación de limpieza.

—Nos encontramos frente a otra cuenta regresiva —dice Peter, volviendo a lo que importa—. Si el patrón se repite como en Fráncfort y Londres, nos queda poco más de día y medio.

—A mí me preocupa la progresión —dice Andrew—. El primer sabotaje fue de cuatrocientos cuarenta millones de dólares, hace más de diez años. Fráncfort fue de ochocientos ochenta millones. Londres fue de mil setecientos sesenta millones.

»No están duplicando el valor real ajustado por divisa —explica —. Están duplicando la cifra nominal. Es una firma, no una operación contable. Cuatrocientos cuarenta, ochocientos ochenta, mil setecientos sesenta. El número es el mensaje. Nueva York podría ser de...

—Tres mil quinientos veinte millones —completa Alain desde la nevera, sin hacer cuentas, como si la progresión fuera obvia—. Eso es mucho dinero incluso para ellos.

—No es solo el dinero —dice Peter—. Sería la demostración de que el sistema entero está en sus manos. Que pueden tocarlo cuando quieran y como quieran.

—Si Nueva York cae —digo—, todo el sistema financiero occidental colapsa. Tenemos poco más de día y medio para evitarlo.

—Esperemos que Freddy logre que cierren la Reserva Federal el lunes —reflexiona Peter—, aunque sea un día, para que tengamos tiempo de identificar a los manchurianos antes de que actúen.

—Eso no va a pasar —dice Junior, y todos lo miramos. Es la primera vez que habla en toda la tarde—. Nadie cierra la Reserva Federal. Pueden cerrar el Capitolio, pueden cerrar la Casa Blanca, pueden cerrar cualquier cosa. Pero el dinero no se detiene. Nunca.

El búnker queda en silencio un momento. Junior tiene razón, y todos lo sabemos.

Miro el reloj. Son casi las nueve de la noche del sábado. En algún lugar de Nueva York, Fischer lleva dos días sobre el terreno. En algún lugar de la Reserva Federal, alguien con diez años de historial impecable lleva horas con un correo en la bandeja de entrada que

todavía no ha abierto, o que ya abrió, y está esperando la señal final.

Cuarenta y ocho horas.

Búnker de Andrew, Nueva York
Domingo, 26 de junio, 1:30 p. m.

Anoche llegamos a la conclusión de que no había nada más que pudiéramos hacer por el momento. Solo Andrew y Junior permanecieron en el búnker. Luna está convencida de que Junior no va a hacer nada impulsivo. Su comportamiento desde que lo confrontamos y todo lo que sabe sobre la programación lo protegen mejor que cualquier medida externa. El único que se mostró genuinamente positivo en medio de la incertidumbre fue Andrew.

—Por lo menos, ya sabemos dónde van a atacar —dijo antes de que nos fuéramos—. Ahora solo hay que descubrir quién lo hará.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó Peter.

—No será sencillo —respondió Andrew, ya frente al ordenador—, pero hackearé la nómina de empleados de la Reserva Federal. El sistema de personal está separado del sistema financiero, eso es lo habitual en cualquier banco grande: distintos niveles de acceso para distintos tipos de información. El sistema de nóminas tiene menos seguridad que el de los fondos. Entraré.

—Los bonos —intervino Luna.

—Exacto. Una vez que tenga los nombres, revisaré las cuentas buscando transferencias anómalas en las últimas semanas. Si alguien recibió un bono de origen desconocido, lo voy a encontrar. Esto me llevará todo el día. Váyanse a descansar.

Le hicimos caso, aunque para mí descansar fue una palabra sin contenido real. Me quedé en la cama dando vueltas, en ese estado de alerta que ya no me abandona desde hace semanas. Me levanté temprano sin haber dormido lo suficiente, esperando que llegara algún mensaje de Andrew. No llegó nada. El silencio de Andrew

cuando trabaja es una buena señal. Significa que está dentro. Pero también significa que no tengo nada concreto a lo que aferrarme mientras espero.

Intenté volver a acostarme. Pensé que el agotamiento acumulado de los últimos días, los vuelos, el *jet lag*, todo lo demás, terminaría por vencerme. Pero cuando me dirigía a la habitación, sonó el teléfono. Era Freddy, pidiendo una videoconferencia.

Volví al sillón y me conecté. El resto del equipo ya estaba en línea.

—Hola a todos —saludó Freddy—. Tengo malas noticias.

—¿Qué pasó?

—Intenté frenar la apertura de la Reserva Federal el lunes —explicó—. Hablé con todas las autoridades que pude. La respuesta fue la misma en todos los casos: imposible. Es más, el FBI recibió presión política directa para mantenerse al margen. El Departamento del Tesoro dice que nuestra presencia genera pánico financiero.

—El pánico financiero lo tendrán cuando el sistema se les venga encima —afirmó Peter—. ¿Qué tan ciegos hay que ser para no ver lo que está pasando?

—Les dije exactamente lo mismo. Les recordé Londres, les dije que avisamos con tiempo y que no nos escucharon. Pero la respuesta fue la misma que la del superintendente MacLeod cuando llegamos allá. Que aquí no puede pasar eso. Que los sistemas de la Reserva Federal son los más seguros del mundo. Que nadie puede hackearlos.

—Entonces, actuamos solos —dije—. Como siempre.

—Oficialmente, no puedo ayudarlos —dijo Freddy—. Extraoficialmente, veré qué puedo hacer.

—Perfecto —dijo Alain—. Salvamos el sistema financiero mundial sin respaldo oficial. Un lunes completamente normal.

—Cuenten conmigo —dijo Junior, asomándose a la cámara desde el lado de Andrew, bajo su vigilancia y sin tocar ningún equipo.

Todos lo miramos. Pensé unos segundos antes de responder.

—Sé que puedes ayudar —afirmé—. Y encontraremos la manera de que lo hagas. Pero hay precauciones que tenemos que mantener, al menos por ahora. ¿Lo entiendes?

—Entiendo, Ainara —respondió—. Solo quiero que sepan que me sentiré mucho mejor si puedo ser útil. No me gusta estar sentado mirando.

Lo entiendo a la perfección. Yo en su lugar sentiría lo mismo. Pero no podemos arriesgarnos, y él lo sabe también.

—Todo está en tus manos, Andrew —le dije—. No te interrumpimos más.

Terminé la videoconferencia y llamé directo a Luna.

—¿Qué piensas sobre Junior? —le pregunté—. ¿Realmente podemos usarlo mañana?

—La programación es inconsciente, ese es su mayor poder —me explicó—. En todos los casos anteriores, las personas programadas nunca supieron lo que estaba pasando hasta que fue demasiado tarde. Con Junior es completamente diferente: él lo sabe. Y según la teoría, llevar la programación al nivel consciente debería debilitarla de modo significativo. Si no se acerca a ningún dispositivo de comunicación no supervisado, creo que podría encargarse de una tarea de vigilancia sin riesgo real.

—Bien —respondí—. Siempre hay alguien a quien vigilar. Lo pondremos con el candidato que tenga menos probabilidades de ser nuestro hombre. Haz los perfiles esta noche y decide cuál le toca.

—De acuerdo —dijo Luna—. Pero necesito que Andrew tenga los nombres antes de la medianoche. No me queda mucho tiempo para analizar los perfiles si el ataque es mañana.

—Lo sé —contesté—. Por eso todo está en manos de Andrew.

Colgué y me quedé un momento con el teléfono en la mano, mirando la pantalla apagada. Mañana es lunes. La Reserva Federal abre a las nueve. Fischer lleva tres días en Nueva York. Y nosotros seguimos sin saber el nombre del manchuriano que lleva diez años esperando este momento.

Andrew nunca nos ha fallado.

Pero esta noche necesita ser la primera vez que lo haga en tiempo récord.

28

EL LUNES MÁS LARGO

Búnker de Andrew, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 5:10 a. m.

Andrew nos avisó, pasada la medianoche, de que había identificado a los nueve sospechosos que habían recibido el bono en las últimas semanas. De inmediato, le pasó toda la información a Luna y ella se quedó trabajando el resto de la noche, analizando los perfiles uno por uno. Acordamos dormir hasta que nos llamara con su veredicto.

La llamada llega a las cinco de la mañana, y los rostros en la videoconferencia reflejan que es muy temprano.

—Pude descartar a cinco —nos cuenta Luna, con esa calma suya que no denuncia el cansancio, aunque lleve despierta toda la noche —. Usé el mismo criterio que en Londres. No hace falta que lo repita.

—¿Qué hay de los cuatro que quedan? ¿Hay alguno que destaque sobre los demás?

—Hay uno que estuve a punto de descartar —responde—, pero a último momento lo volví a incluir. Se llama Thomas Brennan. Cincuenta y dos años, viudo, empleado modelo durante la última década. Fue contratado por la misma agencia que los manchurianos europeos, recibió el bono en las fechas que corresponden y el correo con el poema llegó a su bandeja hace tres días. Todo coincide.

—Eurotalent tiene una filial en Nueva York —dice Junior sin levantar los ojos de la pantalla—. La descubrí cuando rastreé la cadena de proveedoras en Fráncfort. El mismo gerente fantasma que operó en Europa dirigió la filial estadounidense durante el mismo período. Por eso Freddy encontró sospechosos aquí cuando empezamos a buscar.

—¿Y por qué pensaste descartarlo si el perfil es tan perfecto?

—Porque tiene dos hijos en la universidad —responde Luna—. Ninguno de los manchurianos europeos tenía hijos. Los vínculos afectivos fuertes tienden a interferir con la programación. Dos personas a las que amas pueden ser un ancla suficiente para resistir una activación, consciente o no.

—Pero hay algo que lo diferencia de ese patrón —acota Peter.

—Exacto. Su mujer murió pocos meses antes de que fuera contratado. Los registros médicos muestran que estuvo en tratamiento por depresión grave durante ese período. Lo extraño es que dos meses antes de ser contratado recibió el alta, y en la prueba psicológica que realizó la agencia de recursos humanos no quedó ningún rastro de esa depresión.

—O los psicólogos eran muy malos —dice Alain—, o alguien intervino ese proceso.

—Ningún psicólogo es tan malo —confirma Luna—. La viudez con dos hijos pequeños genera un tipo de trauma específico que, en el momento adecuado y con las herramientas correctas, hace a una persona extraordinariamente vulnerable a la manipulación. Brennan no sigue el patrón europeo, pero me inclino a creer que es nuestro hombre.

—Si este es el último ataque de la serie —dice Freddy, que acaba de conectarse desde Washington—, y quizás el más grande, tiene sentido que el Anillo haya decidido usar a alguien ligeramente diferente. El primero nos tomó por sorpresa. El segundo confirmó que era una estrategia deliberada. Para el tercero ya hay múltiples agencias investigando. Cambiar, aunque sea un detalle del perfil, sirve para despistar.

—A mí casi me distrajeron con Brennan —confirma Luna—. Y eso solo refuerza mi convicción de que es él.

—¿Entonces los secuestramos a los cuatro esta mañana? —pregunta Alain.

—Alain —dice Freddy, con esa paciencia que tiene para las preguntas que tienen una respuesta obvia—, seguimos en una democracia. No podemos detener a personas solo porque sospechamos de ellas, sin evidencia alguna que justifique una orden de arresto. Y si los alertamos, el Anillo activará a alguien de los que Luna descartó y todo esto habrá sido inútil. Hay que seguirlos, identificar al que va a actuar en el momento en que actúe y detenerlo entonces. En ese momento, yo puedo entrar en escena con autoridad legal suficiente para proceder con los demás.

—De acuerdo. Tenemos cuatro sospechosos, Brennan es el que más sobresale. Nos dividimos y los cubrimos a todos. Luna, ¿cómo asignas las vigilancias?

La pregunta tiene una intención que va más allá de la logística, y Luna lo sabe. Hablamos ayer sobre Junior. Quiere participar, y hacerlo puede ayudarlo a recuperarse. Luna debería asignarle al sospechoso con menor probabilidad de ser activado.

—Ya pensé en eso —responde Luna—. Brennan va para Peter. En Londres vimos que los manchurianos activados tienen una fuerza física fuera de lo normal, y sería mejor contenerlos sin necesidad de disparar. Peter es quien mejor puede hacer eso. Ahora les envío por teléfono los datos de cada objetivo.

—No me gusta que vayamos de a uno —dice Peter—. No es la manera correcta de operar, y lo saben.

—Lo sé —contesto—. Pero no tenemos alternativa.

Llamo a Junior.

—¿Sí, Ainara? —contesta él desde su rincón.

—¿Puedes hacerlo? —le pregunto.

—Sí, Ainara.

—Bien. Luna le asigna un objetivo. Andrew, dale un móvil nuevo que nadie pueda interceptar. Solo tú coordinarás con él a través de un teléfono limpio que no haya sido usado nunca. ¿Está claro?

—Comprendido —afirma Andrew—. No habrá manera de intervenirlo.

Junior me mira.

—Muchas gracias, Ainara —dice.

Asiento con la cabeza y cambio de tema antes de que se me haga un nudo en la garganta.

—Una cosa más —dice Andrew—. Seguí analizando la copia forense del móvil de Falkenberg y descifré el mecanismo de hackeo. Diseñaron un programa que se esconde en el sistema operativo del teléfono. La aplicación detecta automáticamente la señal *bluetooth* del dispositivo más cercano, hackea la contraseña con un algoritmo de inteligencia artificial y se conecta sin dejar rastro visible. Una vez conectado, alguien desde una ubicación remota puede acceder al sistema bancario completo.

—¿Y cómo nos sirve eso ahora?

—Porque lo modifiqué —explica Andrew, y hay en su voz algo que suena a satisfacción—. Ahora soy yo quien puede usarlo en sentido inverso. Si un manchuriano logra conectar su teléfono al sistema de la Reserva Federal y nosotros no llegamos a tiempo para impedirlo, yo puedo entrar al sistema por el mismo canal y pelear desde adentro para cancelar las transferencias. Solo tienen que colocar este móvil junto a la máquina comprometida.

—Perfecto. Paso por el búnker a buscarlo antes de ir a mi objetivo. —Recuerdo algo—. Andrew, ¿qué hay del teléfono del doctor Bouchard que tomamos en la clínica?

—El número de Rodwell estaba fuera de servicio y no se puede rastrear —responde—. No esperaba otra cosa.

—Dámelo cuando puedas —dice Freddy—. Tal vez el FBI encuentre algo que nosotros no vemos.

Distrito financiero, Manhattan

Lunes, 27 de junio, 7:30 a. m.

Nos dividimos tal como acordamos. A mí me tocó Alfred Newman, de mantenimiento. Luna me lo asignó porque él vive más cerca de la

Reserva Federal que cualquier otro. En caso de emergencia, puedo llegar al banco en minutos.

Cuando pasé por el búnker a buscar el dispositivo de Andrew, pude hablar un momento con Luna. Lleva toda la noche sin dormir y se nota, aunque no lo diga. Me confirmó que el objetivo que le asignó a Junior es el que tiene las menores probabilidades de activarse. Es lo más que podemos hacer.

Ahora estoy en el distrito financiero de Manhattan, a cinco calles de la Reserva Federal, frente al edificio donde vive Alfred Newman. El sol de la mañana ya pega con fuerza sobre los rascacielos del Downtown y la gente empieza a llenar las aceras con esa energía específica del lunes por la mañana en Nueva York, cuando la ciudad se pone en marcha con una determinación que no admite pausas. En alguno de estos edificios Fischer lleva tres días preparando el golpe más grande de la operación. En algún punto de esta ciudad, los otros tres sospechosos también se están levantando, desayunando y siguiendo sus rutinas de siempre, sin saber si hoy será diferente. O sabiéndolo, de una manera que no pueden nombrar.

Tengo la foto de Newman en el móvil. No tendré problemas en reconocerlo. El plan es simple: seguirlo, no perderlo de vista y actuar en el momento en que vea algo que no cuadre. Freddy fue claro al indicarnos que no debíamos intervenir antes de tener evidencia. Solo observar.

Respiro. El distrito financiero, a las siete y media de la mañana, tiene ese pulso propio de un lugar donde se mueve el dinero del mundo. Bancos, fondos, corporaciones. Todo lo que el Anillo lleva diez años queriendo controlar desde adentro, a través de hombres que ni siquiera saben que trabajan para ellos.

El móvil vibra. Es un mensaje de audio de Peter al grupo.

—Tengo un movimiento extraño.

29

EL HOMBRE DE LA MOTO

Queens, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 7:40 a. m.

Peter lleva cuarenta minutos frente al edificio donde vive Brennan. Es temprano, hace frío para ser junio en Nueva York, y la calle ya tiene el movimiento propio de un lunes: gente saliendo de sus edificios con el café en la mano, coches buscando espacio para aparcar, el ruido de fondo constante de una ciudad que no necesita calentarse antes de arrancar a toda velocidad. Todo encaja en el patrón de un día laboral normal, lo cual es exactamente lo que hace difícil este tipo de trabajo: encontrar lo que no encaja en medio de todo lo que sí encaja, distinguir la anomalía del ruido, sin dejar que la fatiga y el frío emboten el criterio.

La moto llama su atención por eso. No porque sea inusual ver una motocicleta en Queens a las siete y cuarenta de la mañana, sino porque el conductor aparca en doble fila, baja del vehículo y camina hacia el intercomunicador del edificio de Brennan sin quitarse el casco. Ni siquiera levanta el visor para ver mejor los números. Peter observa desde su posición en la acera de enfrente, apoyado contra la pared, con el móvil en la mano, como cualquier otra persona que espera algo. El hombre presiona un timbre. Hasta ahí podría ser cualquier cosa.

Entonces, el hombre saca un paquete del interior de la chaqueta. Pequeño, rectangular, envuelto en papel marrón liso sin ninguna etiqueta visible. Del tamaño aproximado de un teléfono, quizás algo más grueso.

Peter se dice a sí mismo que los servicios de reparto no suelen empezar tan temprano un lunes. Puede ser una excepción. El mundo está lleno de excepciones. Pero el casco que no se quita, el visor que no levanta, el paquete sin etiqueta en un barrio residencial a las siete de la mañana son detalles que, por separado, no significan nada. Aunque juntos significan que vale la pena fotografiar tanto al hombre como a la moto antes de que la situación evolucione en cualquier dirección. Lo hace con calma, sin gestos bruscos, como alguien que lee sus mensajes. Luego graba un audio y lo manda al grupo.

—Tengo un movimiento extraño.

Hace una pausa de un par de segundos y agrega:

—Puede que no sea nada. Un hombre bajó de una moto y parece querer entregar un paquete pequeño a alguien del edificio de Brennan. Les mando las fotos.

Las fotos salen. El paquete en la mano del hombre es claramente del tamaño de un teléfono, quizás con algo de relleno para darle volumen.

La respuesta de Ainara llega antes de que Peter guarde el móvil en el bolsillo.

—Si contacta a Brennan, no lo dejes irse. Averigua qué le entregó.

—Entendido.

Peter empieza a cruzar la calle, calibrando los tiempos. Si la moto arranca antes de que llegue a la acera de enfrente, lo perderá entre el tráfico de Queens en cuestión de segundos. El tráfico de este bloque es denso a esta hora, coches que salen de los aparcamientos, camiones de reparto descargando en doble fila, el ritmo lento y ruidoso de la ciudad abriéndose al lunes. Mientras espera un hueco entre los vehículos que pasan sin pausa, ve cómo la puerta del edificio se abre desde adentro.

Es Brennan. Sale con ropa de trabajo, con una bolsa de tela colgada del hombro y la expresión de alguien que empieza su jornada sin complicaciones en mente. Camina con ese paso regular de quien conoce el recorrido de memoria. Nada fuera de lo ordinario. Exactamente lo que Peter esperaba ver.

—Diablos —dice en voz baja, y se lanza a cruzar entre los coches sin esperar más, recibiendo una bocina y un insulto que ignora sin esfuerzo.

El intercambio en la acera dura menos de diez segundos. El hombre de la moto le entrega el paquete. Brennan lo toma, lo sostiene un momento sin abrirlo, lo examina brevemente por encima sin quitarle el papel y vuelve a entrar al edificio con la misma actitud tranquila con la que había salido. Como si recibir un paquete anónimo de un motorista con casco antes de las ocho de la mañana fuera una parte más de su rutina. El hombre del casco se da la vuelta, camina de regreso a la moto, saca el móvil sin quitarse los guantes y manda un mensaje de voz con esa economía de gestos de alguien que lo hace todos los días.

—Entregado.

Cuando la moto se enciende y el conductor pone primera, siente algo duro y frío presionándole las costillas desde atrás. Al mismo tiempo, una mano le arranca el móvil de los dedos con una precisión que no deja margen para reaccionar. Peter llegó por detrás en el momento exacto, usando el ruido del motor como cobertura.

—No te muevas —le dice con la voz baja y el tono que no necesita subir para ser creíble—, o te mato.

El hombre obedece. Las manos suben despacio, con movimientos controlados de alguien que ha estado en situaciones parecidas y sabe que los gestos bruscos no ayudan. Peter apaga el motor de la moto, sacando la llave del contacto y la guarda en el bolsillo junto con el móvil confiscado. Hasta ahí, todo está razonablemente bajo control.

Entonces, el hombre gira el torso a una velocidad mayor de la que Peter anticipa y le clava un codazo en el costado izquierdo. No es un golpe devastador, pero sí es suficiente para ganar el segundo que necesita. Se tira al suelo, rodando lateralmente, para alejarse de

la moto. En el momento en que Peter de modo instintivo da un paso atrás para esquivar la motocicleta que empieza a caer hacia él, el hombre ya está de pie y corriendo.

Peter salta la moto como puede, pierde medio segundo de equilibrio al aterrizar y sale detrás. Los transeúntes que ven a dos hombres corriendo, uno de ellos con un arma en alto, se apartan sin que nadie tenga que pedírselo. El hombre del casco es más joven, quizás diez años menor, y claramente más rápido en línea recta. La distancia entre los dos aumenta con cada paso y Peter lo sabe antes de que transcurra el primer bloque. En persecución directa, no lo alcanzará.

Se detiene. Planta los pies. Apunta a las piernas del fugitivo con la calma técnica que da el entrenamiento y espera el ángulo limpio. Pero una mujer que cruza la calle sin mirar se interpone en la línea de tiro y Peter aguarda, con la pistola firme y el dedo recto junto al guardamonte, contando los segundos que no tiene de sobra.

El hombre llega a la esquina. Si dobla ahí, se pierde para siempre en el laberinto de calles de Queens. La mujer termina de cruzar y despeja el ángulo. Peter dispara.

El hombre del casco trastabilla hacia adelante, cae con las manos al frente, y en un movimiento que demuestra que la herida no es incapacitante, vuelve a ponerse de pie rengueando notablemente de la pierna derecha. Dobla en la esquina y desaparece de la vista.

—¡Maldito! —exclama Peter, y retoma la carrera.

Al llegar a la esquina, lo ve cruzando la calle hacia la estructura de metal del metro elevado que corre por encima de la avenida. Peter cruza también, sorteando bocinas y frenadas bruscas de conductores que no estaban esperando a nadie, cruzando en diagonal, y entra a las escaleras de la estación subiendo de dos en dos los peldaños. El andén está medio lleno de gente que espera sin prestar atención a nada más que a sus teléfonos.

En el andén, el hombre del casco llega arrastrando la pierna herida justo cuando la formación se detiene con ese chirriado metálico característico de los metros viejos de Nueva York. La puerta se abre. El hombre extiende el brazo para sujetarse del marco y va a entrar.

Peter se lanza sobre él con todo el peso del cuerpo desde tres metros de distancia. Los dos ruedan por el suelo del andén con el sordo estruendo de dos cuerpos contra el hormigón. La gente grita y se aparta en todas las direcciones. Las puertas del metro vuelven a cerrarse con el hombre del casco todavía en el andén. El tren arranca sin ellos.

El sujeto ya no forcejea. Tiene a Peter encima con el arma apuntándole y sin ningún ángulo de escape disponible. La pierna herida le sangra visiblemente a través del pantalón oscuro. Debajo del casco que todavía lleva puesto, su respiración está agitada y audible.

Entonces, Peter ve al policía que viene corriendo desde el otro extremo del andén, hablando por radio con una mano y sosteniendo la otra al arma, sin desenfundarla todavía.

—Esto no termina nunca —dice Peter, con esa resignación específica de quien sabe qué va a pasar en los próximos cinco minutos y no puede evitarlo.

Saca la placa falsa del FBI con la mano libre y la levanta bien alta.

—¡Baje el arma! —grita el policía, que ya tiene la suya desenfundada y apuntando.

—Tranquilo, oficial —contesta Peter sin bajar la suya—. Agente Craig, FBI de Nueva York. Baja tú el arma, estamos en medio de una operación activa.

—¡Baje el arma y luego hablamos!

Peter evalúa la situación en un segundo. El policía está entrenado, está asustado en la medida justa y sigue el protocolo que le enseñaron. No hay manera de saltarse esto sin ceder algo.

—De acuerdo —dice Peter, girando el arma y tomándola del cañón para mostrarla inofensiva—. La bajo. Pero este hombre no se mueve de aquí. ¿Entendido? Eso es lo único que te pido mientras resolvemos el papeleo.

—Nadie se va a ningún lado. Baje el arma completamente al suelo.

Llegan dos policías más escaleras arriba. Ahora son tres apuntándole desde distintos ángulos. El andén, que ya estaba tenso,

se vacía en cuestión de segundos.

—No tengo tiempo para esto —dice Peter, mirando a los tres—. Llamen a su jefe. Pregunten por el jefe Tanaka del FBI de Nueva York. Si alguno tiene dos dedos de frente lo hace ahora, mientras que yo me encargo de este hombre.

Uno de los recién llegados frena el paso.

—El jefe del FBI de Nueva York se llama Tanaka —dice con un tono que mezcla la duda y el reconocimiento—. Lo conozco.

Los tres uniformados intercambian una mirada que dura lo que Peter necesita para completar su cálculo. Si arroja el arma, gana tiempo, aunque sea de la manera más frustrante posible.

—¿Conformes? —dice, levantando las dos manos frente a los policías—. Ahora hagan esa llamada porque hay una situación activa a varios kilómetros de aquí y cada minuto que pasan discutiendo conmigo es un minuto que nadie puede recuperar.

Uno de los agentes llama por radio para informar sobre la situación. Otro se agacha junto al hombre del casco y pide en voz baja una ambulancia. Peter se pone de pie y mira al oficial que conoce a Tanaka.

—Lo siento —dice el hombre—. Le creo, pero el procedimiento existe por algo.

—Claramente eres el más inteligente de los tres —dice Peter—. Permíteme usar el teléfono treinta segundos y, cuando esto termine, te escribo una carta de recomendación firmada por el director del FBI.

—No puedo hacer eso, señor.

—Escucha —dice Peter, bajando la voz para que solo lo escuche él—. Hay alguien que, en este momento, está caminando hacia la institución financiera más importante del mundo con la intención de vaciar su sistema. Cada minuto que pasa aquí es un minuto que no pasa allá. Explícame qué parte de eso no es una emergencia.

El oficial mira al agente que se encarga de los curiosos que se asoman desde las escaleras. Su otro compañero atiende al herido. Toma una decisión que sabe que va a tener que justificar en el informe de turno y que quizás nadie le va a agradecer.

—Treinta segundos —dice, meneando la cabeza.

Peter saca el teléfono y manda el mensaje al grupo sin perder tiempo en formulaciones elegantes.

—Freddy, me detuvieron tres oficiales. Tengo al de la moto, pero perdí de vista a Brennan. Necesito que la policía me suelte ahora. Habla con el oficial Escaloni, él está a cargo aquí.

Guarda el teléfono y mira al oficial, que le devuelve una expresión que mezcla la comprensión profesional con el cansancio de quien ya sabe que su turno va a terminar con más papeleo del esperado.

Mientras espera, Peter repasa las piezas: Brennan, el paquete del tamaño de un teléfono, la entrega sin etiqueta, el hombre con casco que no quiso mostrarle el rostro. También piensa en las setenta y dos horas entre el correo de Falkenberg y el sabotaje en Fráncfort, en las cuarenta y ocho horas de Londres y en lo que puede estar pasando ahora mismo entre Queens y el distrito financiero de Manhattan, a tres kilómetros de distancia, en un lunes por la mañana en que el tráfico lo complica todo.

—Vinimos de a uno —dice al fin, casi para sí mismo—. Les dije que no era buena idea.

30

SEGUIMOS EL PLAN

Queens, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 8:10 a. m.

Dos minutos después de que Peter envió el mensaje, la radio del oficial Escaloni suena. El hombre se aparta unos pasos para hablar, escucha, dice que sí dos veces y corta. Luego se acerca al primer uniformado que llegó a la escena y cruzan unas palabras en voz baja. Después, los dos se acercan a Peter y le devuelven el arma sin más ceremonia.

—Disculpe, agente Craig —dice el primer oficial, con ese tono de quien cumple con el protocolo de las disculpas porque es lo que corresponde—. Entenderá que vi a un hombre armado encima de otro en el suelo y...

—No hay problema —lo corta Peter, con el arma ya en la mano—. Ahora necesito que me ayuden a contener a este hombre mientras lo interrogo. Eso es todo lo que les pido.

Los policías intercambian una mirada. Están operando fuera de cualquier protocolo reconocible, pero acaban de recibir una autorización directa del jefe de la estación, así que, en todo caso, el problema no será suyo. Se organizan sin que Peter tenga que darles instrucciones adicionales. Dos empiezan a dispersar a los curiosos, el

tercero se coloca de espaldas a Peter y al hombre de la moto, cubriéndolos visualmente desde la calle.

Peter se acuclilla junto al hombre. El sujeto ya no tiene el casco, y está apoyado contra la columna del andén con la pierna extendida y una expresión que mezcla el dolor físico con el cálculo de alguien evaluando cuánto le conviene decir y cuánto no.

—Ya viene la ambulancia —le informa el policía que lo atendió.

Peter asiente sin mirarlo. Le pone la pistola en el cuello al hombre de la moto, lo bastante cerca para que entienda el mensaje sin necesidad de que lo repitan.

—Causaste mucho alboroto esta mañana —le dice Peter—, pero ya ves cómo termina esto. Cuanto antes me digas lo que necesito saber, antes te atiendo la pierna. ¿Nos entendemos?

—Tranquilo, hermano —responde el hombre, con esa calma calculada de quien sabe que cooperar es la opción más inteligente—. A mí solo me pagaron para entregar el paquete. Es lo que hago, nada más. Entrego cosas que la gente necesita que lleguen sin dejar rastro.

—¿Qué había dentro?

—No lo sé, hermano. Yo no abro los paquetes, no hago preguntas y no cuento lo que veo. Es lo que me mantiene trabajando.

—¿Quién te lo dio?

—Fui a esa dirección —explica el sujeto—, me entregaron el paquete y me dijeron que avisara cuando estuviera hecho. Nada más. En mi bolsillo tengo el papel con la dirección de donde lo recogí. Si quiere, lo busca usted mismo.

Peter mete la mano en el bolsillo de la chaqueta del hombre y saca dos papeles doblados. Uno tiene la dirección de Brennan, que ya no sirve para nada. El otro tiene una dirección al otro extremo de la ciudad, escrita a mano con letra apretada.

—El número al que llamaste para avisar que lo entregaste —dice Peter—, quiero ese número también.

—Ese no es el que pidió el trabajo —aclara el hombre—. Es el que me consigue los encargos. El cliente final no me lo pasa nunca, es así cómo funciona esto.

Peter le muestra el papel.

—¿Es esta la dirección de donde recogiste el paquete?

—Esa misma.

Peter se pone de pie. Le hace una seña al policía.

—Háganse cargo de él —le dice, y se aparta sin esperar respuesta.

Los policías protestan en voz baja porque no saben qué cargo levantar ni qué explicaciones dar en el informe, pero Peter ya está en las escaleras, bajando hacia la calle con el móvil en la mano. Manda el mensaje al grupo mientras camina a buen paso hacia la salida de la estación.

—Vuelvo al piso de Brennan. No sé si sigue ahí, pero es el único lugar donde puedo retomar el hilo. El de la moto era una mula, no sabía nada. Lo único útil que tenía era la dirección desde la que le entregaron el paquete. Se las mando ahora.

Distrito financiero, Manhattan
Lunes, 27 de junio, 8:30 a. m.

El mensaje de Peter me llega mientras sigo apostada frente al edificio de Alfred Newman, que todavía no ha salido. Leo la dirección que encontraron en el bolsillo de la mula y evalúo las opciones en segundos.

Mi primera idea es mandar a Luna, pero ella está coordinando todo desde el búnker y necesito que siga ahí. Mi segunda idea es ir yo misma, pero si me muevo del distrito financiero, pierdo la proximidad con la Reserva Federal. La tercera opción es Junior, que está en el búnker y conoce bien la ciudad.

Llamo a Luna.

—¿Puedo mandar a Junior a esa dirección? —le pregunto sin preámbulos.

—El riesgo principal es que lo activen —responde Luna—. Y para eso necesitan su número de móvil, que nadie tiene, o activarlo en

persona, lo cual implicaría que alguien del nivel de Fischer esté esperando en esa dirección en este momento. No lo creo probable.

—Yo tampoco —digo—. Si la mula ya avisó que entregó el paquete, esa dirección ya no les sirve para nada. Lo más probable es que, cuando Junior llegue, encuentre el lugar vacío.

—Entonces, mándalo —confirma Luna—. Yo le explico las instrucciones. Si ve algo que no cuadra, se reporta y espera. Nada de actuar solo.

—Perfecto. Y dile a Andrew que mande a Alain a la Reserva Federal. Me encuentro allí con él.

Corto y mando el mensaje de coordinación al grupo. Mientras lo hago, el teléfono vibra con un nuevo mensaje de Peter.

—Llegué a tiempo. Brennan acaba de salir de su edificio. Está caminando hacia el metro.

Llamo a Luna de nuevo.

—¿Escuchaste?

—Sí. Va caminando solo, con actitud normal. Eso puede significar que todavía no ha recibido la señal de activación.

Me quedo un segundo con eso. Brennan caminando tranquilo hacia el trabajo en un lunes por la mañana, como lleva haciendo una década. Con el paquete en la bolsa. Sin saber lo que puede pasar en las próximas horas si nadie lo detiene a tiempo, o sin poder evitarlo si ya lo sabe de un modo que no puede nombrar.

Podríamos interceptarlo ahora. Está en la calle, sin apoyo visible, y Peter está cerca. Pero si lo detenemos sin evidencia de activación, el Anillo simplemente activa a otro de los candidatos que aún no hemos neutralizado. Habremos perdido nuestra única oportunidad de atrapar al manchuriano en el acto, con pruebas suficientes para que Freddy pueda actuar legalmente.

—Seguimos el plan —digo—. Peter lo sigue sin intervenir. Esperamos la activación para contar con la evidencia. Cuando ocurra, detenemos a Brennan y Freddy procede con los demás.

—Entendido —dice Luna—. Voy a hablar con Junior ahora.

Guardo el móvil y miro la entrada del edificio de Newman, que sigue cerrada. A cinco calles de la Reserva Federal.

La calle a mis espaldas ya está llena de gente de camino al trabajo. Todo el mundo sigue su rutina como si hoy fuera un lunes más. Para la mayoría lo es. Prefiero que siga siéndolo.

Pero mientras espero, pienso en lo que llevamos casi una semana haciendo desde Fráncfort. En los hombres que murieron, en los que casi no sobrevivieron, en los que nunca supieron que fueron usados. En el sistema que llevamos días intentando salvar y que, en este momento, sigue funcionando porque nadie afuera sabe lo que está pasando adentro.

Me quedo donde estoy. La Reserva Federal está a cinco calles. Brennan está en el metro. Y en algún lugar de esta ciudad, Fischer espera a que todo funcione como lo planeó hace diez años.

Seguimos el plan.

31

SIN SEÑAL

Brooklyn, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 8:50 a. m.

Junior llega a la dirección en menos de diez minutos. Estaba cerca, más de lo que esperaba cuando Luna le dio las coordenadas en el búnker. Mientras caminaba hacia allí, se repitió las instrucciones que le dio Luna con la precisión de quien quiere dejar una instrucción grabada a fuego: usar el teléfono solo para reportarse, avisar si hay algo que no cuadre, y si por alguna razón ve al hombre que buscan, no acercarse bajo ninguna circunstancia. Nada de heroísmos. Observar, reportar, esperar.

Junior se siente mejor cuando tiene una tarea concreta. Tenía miedo de que lo hubieran mandado a vigilar a alguien que resultara ser un vecino confundido, de terminar el día sin haber servido de nada mientras los demás resolvían la situación real. En cambio, esto tiene peso. La dirección que encontraron en el bolsillo de la mula, el paquete entregado a Brennan, la cadena que lleva directo a lo que está a punto de ocurrir en la Reserva Federal. Junior entiende que está en un eslabón de esa cadena.

Eso también lo inquieta, aunque no lo diga. Lleva días conviviendo con la idea de que alguien entró en su cabeza sin que él lo supiera, que lo usaron como canal de información sin que tuviera

ningún control sobre eso. No saber exactamente qué hizo, cuándo lo hizo, qué información pasó sin querer, es el tipo de incertidumbre que no tiene solución fácil. Por eso sigue al pie de la letra cada instrucción que le dieron. No porque dude de su voluntad, sino porque sabe que la confianza tiene que ganarse de nuevo, y la única manera de hacerlo es ser lo que dice que va a ser.

El edificio está en un bloque de Brooklyn que tiene esa estética específica de los lugares donde nadie elige vivir si tiene otra opción. Fachada descascarada, escaleras de incendio oxidadas que ya no cumplen ninguna función confiable. La puerta de entrada abierta no porque el edificio sea acogedor, sino porque el mecanismo de cierre lleva años roto. Junior entra. En el corredor angosto se cruza con dos hombres jóvenes, muy tatuados, que lo miran con esa evaluación silenciosa que se hace en ciertos barrios cuando aparece alguien que no es del lugar. Junior no les devuelve la mirada, no acelera el paso, no hace ningún gesto que sugiera que los notó. Sigue directo a la escalera.

—Siempre me tocan estos lugares —dice en voz muy baja, para nadie.

Sube al segundo piso. El corredor está vacío y en silencio. Se detiene frente al piso que le indicaron y escucha durante un minuto completo con la oreja cerca de la puerta. Nada. Ningún movimiento, ninguna voz, ninguno de esos sonidos cotidianos que produce un espacio habitado. Silencio total.

Se dice que debería llamar y reportarse. Pero ¿qué reportaría? Que está parado frente a una puerta y no escucha nada. Saca el móvil, duda con el dedo sobre la pantalla y vuelve a guardarlo. No quiere parecer inútil ni llenar la línea con ruido cuando todos están pendientes de Brennan. Por otro lado, permanecer quieto en ese corredor más tiempo del necesario puede llamar la atención de los hombres que vio abajo.

Evalúa las opciones durante treinta segundos y toma la decisión. Saca las ganzúas. El cerrojo es viejo y simple, cede al primer intento sin resistencia. Escucha un momento más, verifica que nadie del otro lado haya advertido el sonido, y abre la puerta con cuidado.

El piso está vacío. No hay muebles, no hay objetos personales, no hay ninguna señal de que alguien haya vivido aquí recientemente. El suelo está sucio con una capa de polvo que tiene semanas, quizás meses. Justo lo que Luna predijo. Un punto de entrega descartable, usado una vez y abandonado. Junior entra y cierra la puerta tras de sí.

Da tres pasos hacia el centro del piso, y entonces lo ve.

A un costado hay un paquete grande, apoyado contra la pared, más voluminoso que el que entregaron a Brennan. Del paquete sale un cable fino que recorre el perímetro de la habitación pegado al zócalo. Junior sigue el recorrido del cable con la mirada, despacio, hasta llegar a la puerta. Ahí, sujeto con cinta adhesiva al marco, hay un sensor pequeño y rectangular. Del tipo que se activa al abrirse.

Junior lo procesó en menos de un segundo.

—¡Mierda! —exclama, y ya está corriendo hacia la puerta.

Llega a abrirla, pero la explosión la arroja hacia afuera con tanta fuerza que lo levanta del suelo y lo proyecta contra la pared del corredor. Atinó a cubrirse la cabeza con los brazos en el último instante antes del impacto y eso le salva los huesos del cráneo, aunque el golpe en el hombro derecho es brutal y le deja el brazo, de momento, sin respuesta. Una nube de polvo y humo llena el corredor en décimas de segundo. Junior tose, intenta ponerse de pie, y en ese instante siente la vibración a través del suelo antes de escuchar el sonido. Un crujido profundo y continuo que viene de dentro de las paredes, el ruido específico de una estructura que está cediendo.

Parte del techo del piso se viene abajo a su lado. Un trozo de mampostería del tamaño de una maleta cae a treinta centímetros de su cabeza.

Se mueve. No sabe en qué dirección porque el humo lo dejó sin orientación visual, pero se mueve porque quedarse quieto equivale a morir. Encuentra la escalera más por tacto y memoria que por la vista. La electricidad se cortó en el momento de la explosión y el corredor quedó completamente oscuro. Empieza a bajar con una mano en la pared, y el sonido del edificio desintegrándose encima de él.

El techo del primer piso también cede. Los escombros le caen en la espalda y en la cabeza mientras baja. La escalera empieza a temblar debajo de sus pies de un modo que no augura nada bueno. Pierde el apoyo, cae, rueda por lo que queda de los últimos peldaños y aterriza en la planta baja con un impacto que le saca el aire de los pulmones. Por un momento, no puede moverse. No sabe si es porque está herido o porque el sistema nervioso simplemente se negó a seguir procesando información.

Luego ve luz. Una franja gris que se extiende desde el fondo del corredor de la planta baja. La entrada del edificio. La puerta sigue abierta.

Se arrastra. Las piernas no responden con la velocidad que necesitaría, pero responden, y eso es suficiente. Detrás de él, el ruido se intensifica, maderas y concreto cediendo en cascada. El tipo de sonido que el cuerpo reconoce como un peligro mortal sin necesidad de que el cerebro lo analice. Algo le golpea la espalda y lo empuja hacia adelante. Rueda. Otro golpe en la cabeza que le nubla la visión por completo durante dos segundos.

Cuando la visión vuelve, está en la acera.

No sabe cómo llegó hasta allí. El polvo lo cubre por completo y una nube espesa sale del edificio detrás de él como si la estructura estuviera respirando sus últimos segundos. Intenta ponerse de pie y sus rodillas se niegan. Cae sentado en el suelo. El mundo gira.

Dos manos lo agarran de los brazos y lo arrastran lejos del edificio a buen ritmo. Junior levanta la vista y ve a los dos hombres tatuados del corredor, que ahora lo sostienen con una convicción que no deja lugar a dudas. Le hablan. Ve que mueven la boca, pero no escucha nada. Solo hay un zumbido constante y uniforme donde antes había sonido. La explosión le bloqueó los tímpanos o se los reventó. No sabe cuál de las dos cosas. Ni cuál es peor.

Busca el móvil en los bolsillos. En el de la chaqueta, nada. En el del pantalón, nada. En el bolsillo interior, nada. El teléfono se quedó adentro en algún momento entre la explosión y la caída por la escalera, y ahora el edificio que lo tiene está a punto de derrumbarse ante sus ojos. Observa cómo la fachada oscila levemente, como si dudara, y luego se rinde hacia adentro con un

estruendo que él no puede escuchar, pero siente en el pecho como una presión sorda.

Junior mira a los dos hombres que le salvaron la vida y que siguen diciéndole cosas que no puede escuchar. Abre la boca para responderles, pero no sabe qué decirles.

No tiene móvil. No tiene manera de avisar al equipo de lo que acaba de ocurrir. No tiene manera de decirles que la dirección era una trampa, que el Anillo los esperaba, que la cadena que creían seguir los había llevado deliberadamente hasta aquí.

Y en algún lugar de Manhattan, en este preciso momento, Thomas Brennan está caminando hacia la Reserva Federal con un paquete en la bolsa y nadie en el equipo sabe que el flanco de Brooklyn acaba de colapsar.

32

LOS REEMPLAZOS

Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 8:50 a. m.

Espero a Alain en la entrada principal de la Reserva Federal. Yo era la que estaba más cerca del lugar cuando cambié los planes, así que llegué primero y llevo diez minutos en la acera estudiando el edificio. Es imponente como lo son las instituciones que manejan dinero: no intenta impresionar con ornamentos, sino con solidez. Piedra, acero, grosor. La arquitectura de algo que fue diseñado para no moverse, aunque el mundo se mueva alrededor de él.

Mientras Peter sigue a Brennan en el metro y Junior verifica la dirección desde la que salió el paquete, Freddy negocia con la gente del banco para que nos permitan entrar. Me llama mientras espero.

—Hablé con el jefe de seguridad —me explica—. Les dije que enviaría dos agentes a verificar la situación y que tenía información sobre un posible ataque.

—¿Aceptaron recibirnos?

—De muy mala gana. Hablarán con el jefe Wyatt, pero no les garantizo que los dejen pasar de su oficina.

—Lo importante es entrar —digo.

—Le hablé de Fráncfort y Londres —responde—, pero no mencioné los manchurianos. Se hubiera reído. Me pidió evidencias

concretas y no pude dárselas. No tengo ningún papel que diga que hoy alguien va a hackear la Reserva Federal.

Mientras espero, pienso en lo que hay detrás de esas paredes. Cuarenta metros bajo tierra, según lo que Andrew me describió cuando analizó los planos del sistema. Pasillos blindados. Bóvedas. El dinero que sostiene el sistema financiero del país más poderoso del mundo. Y en algún punto entre Queens y aquí, Thomas Brennan en el metro, con un paquete en la bolsa que no sabe lo que contiene, dirigiéndose al mismo edificio al que me dirijo yo.

Veo llegar a Alain caminando desde la esquina, acomodándose la corbata mientras repasa mentalmente un papel que no tuvo tiempo de preparar. Lleva bien el traje, lo cual ayuda.

—¿Estás listo? —le pregunto cuando llega.

—Soy tan agente del FBI como el que más —me contesta.

—Somos Tania Roberts y Bart Coltrane. Recuérdalo si te preguntan.

Nos ponemos los auriculares y activamos los teléfonos para mantenernos en línea con Andrew antes de entrar.

—¿Estás ahí, Andrew?

—Sí. El banco tiene inhibidores de señal en las zonas internas. Les estoy hackeando el wifi para que puedan seguir comunicados en cuanto crucen la entrada. Puede tardar un par de minutos en activarse.

—¿Tienes los planos del lugar?

—Ya casi. No es fácil obtener los planos arquitectónicos de un edificio de máxima seguridad. Alguien los guardó muy bien.

—Confío en que los consigas —digo—. Es hora, Alain.

Entramos. En la recepción, mostramos las credenciales a una mujer que las examina con más atención de la que me gustaría. Nos pide que esperemos y lo hacemos de pie junto a los molinetes, en ese espacio incómodo donde uno es visible para todo el mundo, pero todavía no ha sido autorizado a ningún lado. Un hombre de seguridad llega a los dos minutos, nos activa el acceso con su tarjeta sin presentarse y echa a andar por el corredor sin mirar atrás.

—El jefe Wyatt los espera —dice.

Lo seguimos. El corredor es largo, con suelo de mármol y esa iluminación fría y uniforme que tienen los espacios que no necesitan parecer acogedores. A mitad del trayecto pasamos junto a una puerta con el cartel de acceso restringido en letras rojas sobre fondo negro.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —le pregunto al guardia.

Se detiene un momento, sin girarse por completo.

—Acceso de emergencia a la zona de bóvedas —explica—. Si se activa una alarma, los ascensores quedan bloqueados automáticamente y esta puerta es la única manera de bajar a los niveles inferiores. Solo se abre con tarjeta de nivel tres o superior.

Al decirlo, se tocó el bolsillo de la chaqueta donde lleva la tarjeta. Gesto involuntario. Completamente útil.

—¿Escuchaste, Andrew?

—Sí —responde por el auricular—. Ya tengo los planos completos. Si necesitas llegar a las bóvedas sin usar el ascensor, esa puerta es la única entrada viable. El acceso desciende cuatro pisos por escalera hasta el nivel de las bóvedas.

Espero que no sea necesario forzar nada. Pero saber que existe ese camino ya cambia el peso de lo que tenemos por delante.

Llegamos a la oficina de Wyatt al final del corredor. El guardia golpea la puerta, se escucha una voz que indica que entremos. El jefe de seguridad nos espera de pie junto al escritorio, con los brazos cruzados y la postura de quien ha decidido de antemano que esta reunión va a ser breve. Unos cincuenta años, el pelo gris bien cortado, la mirada de alguien acostumbrado a que le cuenten problemas que en realidad no son problemas.

Me tiende la mano con la formalidad mínima requerida por el protocolo.

—Ernest Wyatt, jefe de seguridad de la Reserva Federal de Nueva York.

—Agente Roberts —respondo—. Agente Coltrane. Aunque no lo parezca, estamos en medio de una situación activa y necesitamos que estén preparados para lo que puede ocurrir hoy en este edificio.

—Mire, agente Roberts —dice Wyatt, rodeando el escritorio para sentarse—. Su superior ya me llamó esta mañana. Le expliqué lo

mismo que le digo ahora: aquí no está ocurriendo nada relacionado con Europa. Este no es el BCE ni el Banco de Inglaterra. Dicho eso, esta mañana tengo mis propios problemas y no tengo mucho tiempo disponible.

—¿Qué clase de problemas? —pregunto.

—Cuatro de mis hombres de seguridad que trabajaron el turno de ayer amanecieron enfermos esta mañana —explica—. Por suerte, era domingo y el personal estaba reducido. Pero cuatro bajas simultáneas me complican la operación del lunes, que es el día de mayor actividad. Tuve que llamar a reemplazos de urgencia, incluidos quienes no conozco personalmente.

Me quedo con eso un momento. Cuatro guardias enfermos. El mismo día. Y reemplazos de personas desconocidas que caminan por el edificio esta mañana.

—Creo que estamos hablando de la misma crisis —digo, y mantengo el tono tranquilo: si subo la voz, Wyatt dejará de escuchar —. Cuatro guardias enfermos el mismo lunes en que tenemos información de un ataque inminente no es coincidencia. Es parte de la operación. Alguien los retiró deliberadamente de circulación para introducir a sus propios hombres como reemplazos. Si tiene personal desconocido caminando por sus corredores esta mañana, la infiltración ya ocurrió.

Wyatt me mira durante un segundo con esa expresión que tiene la gente cuando escucha algo que no quiere creer porque creerlo implicaría reconocer que ya es demasiado tarde para prevenirlo de manera limpia.

—Este es el lugar más seguro del mundo, agente Roberts —dice al fin—. No somos Europa.

—Fráncfort no lo creía —respondo—. Y Londres tampoco. Los dos dijeron lo que usted acaba de decir con la misma convicción y ambos terminaron siendo atacados.

—¿Cómo es posible que cuatro personas se enfermen el mismo día? —interviene Alain, con ese tono de pregunta genuina que tiene cuando quiere que quienes lo escuchan lleguen a la conclusión por sí mismos.

—Estamos revisando la sala de descanso —dice Wyatt—. Algún alimento en mal estado o el agua del bidón.

—O alguien contaminó ese bidón —digo—. Y los reemplazos que usted pidió esta mañana no vienen de donde cree que provienen. Verifique quién autorizó esas sustituciones y compárelas con el registro habitual. Si hay alguna irregularidad en ese proceso, ahí está su infiltrado.

Wyatt no responde de inmediato. Se recuesta en la silla y me estudia con la expresión de alguien que no evalúa si lo que digo es cierto, sino si puede permitirse creerlo. Porque si lo cree, lo que sigue no es una reunión de protocolo. Es una crisis activa en su edificio. Esta mañana. Ahora mismo.

—Agente Roberts —dice al fin, con un tono de quien va a intentar cerrar una puerta—. Entiendo que su trabajo es anticipar amenazas. El mío es no generar pánico interno basándome en hipótesis. Si detengo las operaciones del banco cada vez que alguien sugiere que algo podría pasar...

—No le estoy pidiendo que detenga las operaciones —lo interrumpo—. Le estoy pidiendo que verifique los registros de personal de esta mañana. Son cinco minutos de trabajo. Si todo está correcto, seguimos con nuestra reunión. Si no es correcto, esos cinco minutos pueden ser la diferencia entre contenerlo o no.

Wyatt abre la boca para responder. En ese momento, suena su radio con un tono de urgencia distinto del habitual.

Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 9:00 a. m.

Peter y Brennan bajan juntos de la estación de metro de Wall Street, aunque Brennan no sabe que no está solo. El banco está a una calle. Peter mantiene esa distancia calculada de quien sigue a alguien sin que lo noten: lo suficientemente cerca como para no perderlo en

una esquina, lo suficientemente lejos como para no aparecer en su campo visual periférico.

Antes de llegar al banco, Brennan se desvía hacia la cafetería de la esquina. Peter se queda en la acera y lo observa a través del vidrio. El lugar está lleno de gente que empieza el lunes con el café de rigor. Brennan espera su turno con paciencia, paga, sale con el vaso de plástico en la mano. Se detiene en la puerta y toma un primer sorbo. El gesto que hace a continuación lo entiende cualquiera. El café está demasiado caliente para beberlo mientras camina. Brennan espera tres segundos, toma otro sorbo más cauteloso y reanuda el paso.

Un hombre de cincuenta y dos años empieza su jornada laboral de un lunes, como ha empezado todos los lunes del último año. Nada fuera de lo ordinario.

Llega al banco. Entra con el pase magnético que le cuelga en el cuello junto con las llaves. Saluda a dos colegas en el vestíbulo con esa familiaridad propia de quienes se ven todos los días durante años. Camina hacia los ascensores con el paso tranquilo y ligeramente automático de alguien que lleva una década recorriendo el mismo trayecto.

Peter se queda en la acera y se pone el auricular.

—Brennan está en el banco —le dice a Andrew—. No hay nada inusual. Se tomó el tiempo de comprar un café. Creo que puede que nos hayamos equivocado con él.

Recuerda a O'Brien en Londres, la manera en que la expresión se borró de su cara en menos de dos segundos cuando leyó el mensaje. La transformación fue instantánea y total. Brennan no tiene nada de eso.

—Espera antes de abandonarlo como objetivo —responde Andrew—. La activación llega con el mensaje. Si todavía no lo recibió, no habrá ningún cambio visible. Dame un par de minutos para verificar si hay actividad en tu teléfono.

—Entendido. Sigo aquí.

Pasan noventa segundos. En el vestíbulo del banco, a través del vidrio, Brennan sigue de pie frente a los ascensores, con el vaso de

café en la mano, esperando que llegue la cabina. Todo es perfectamente ordinario.

Entonces, Brennan saca el teléfono del bolsillo de la chaqueta. Lo mira. Lo que ocurre a continuación dura menos de dos segundos, pero Peter lo reconoce al instante porque ya lo vio antes, en otra ciudad y en otro hombre.

El vaso de café cae al suelo de mármol del vestíbulo. Brennan no lo mira. No se agacha a recogerlo. No reacciona al grito de la mujer que está a su lado cuando el líquido caliente le salpica los zapatos y el pantalón. Brennan solo gira la cabeza hacia el ascensor y espera, perfectamente inmóvil, con los brazos a los lados y la mirada fija en las puertas metálicas, como si el resto del vestíbulo hubiera dejado de existir.

—Apareció Terminator —dice Peter, y ya está corriendo hacia la entrada del banco.

Las puertas de cristal se abren automáticamente. Peter entra a toda velocidad. Los dos guardias del vestíbulo lo ven y se mueven para interceptarlo desde lados opuestos.

—¡Deténgase! —gritan.

Peter calcula la distancia a los molinetes, toma la decisión en una fracción de segundo y los salta de un salto limpio. Aterriza al otro lado y sigue corriendo. Ve que la puerta del ascensor se abre, que Brennan entra sin mirar atrás, que la puerta comienza a cerrarse.

Diez metros. Ocho. La puerta se cierra más rápido de lo que sus piernas pueden alcanzarla.

Alguien se le lanza desde un costado con todo el cuerpo y los dos caen al suelo del vestíbulo con el impacto de dos personas contra el mármol duro. Lo sujetan por los brazos y las piernas con la eficiencia de quien sabe cómo inmovilizar a alguien que no para de moverse. Peter no forcejea más de lo necesario. Lo suficiente para poder girar la cabeza hacia el panel de indicadores del ascensor.

Las luces marcan la bajada. Subterráneo uno. Subterráneo dos. Sigue bajando.

Peter deja de resistir y levanta la voz desde el suelo.

—¡Soy del FBI! —grita, con la placa falsa en la mano extendida hacia arriba—. ¡Están siendo atacados ahora mismo! ¡Thomas

Brennan acaba de bajar a los niveles inferiores y necesitan detenerlo antes de que llegue a las bóvedas!

33

NOVENTA SEGUNDOS

Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 9:10 a. m.

—Agente Roberts —dice Wyatt, firme y decidido—, creo que ya es suficiente. Aquí no sucede nada y no tengo más tiempo que dedicarle a esto. Si quiere permanecer en el edificio para verificarlo personalmente, la invito a esperar en la recepción. Hay sillones cómodos.

Camina hacia la puerta y la abre. La sostiene con el brazo extendido, dejando claro que la conversación ha terminado. Voy hacia la puerta cuando suena el móvil de Wyatt.

Lo atiende. Escucha dos segundos.

—¿Cómo? —dice, y me mira—. ¿Agente Craig?

Peter. Wyatt está hablando de Peter.

—Voy para allá. —Termina la llamada y su expresión pasa de la indiferencia controlada a algo que mezcla la irritación y la incredulidad—. ¿Están bromeando? Un compañero suyo saltó los molinetes como si fuera un parque de diversiones. Voy a presentar una demanda formal.

Le hace una seña al guardia que nos trajo.

—Asegúrate de que salgan —le ordena, y se va por el corredor a buen paso.

El guardia nos señala por dónde ir y empieza a caminar. Alain y yo lo seguimos. Voy detrás y escucho la voz de Andrew en el auricular.

—Detuvieron a Peter. Antes de que lo inmovilizaran completamente, logró avisarme que activaron a Brennan y bajó en el ascensor. Va directo a las bóvedas. Ainara, si nadie lo detiene en los próximos minutos, completará la transferencia.

Dejo de caminar.

Para cuando Wyatt comprenda lo que está pasando y decida actuar, Brennan ya habrá conectado el dispositivo al sistema. El tiempo de reacción institucional no es compatible con los noventa segundos que, una vez iniciado, puede tardar el proceso de transferencia. No hay manera de resolver esto a través de los canales correctos.

Alain escuchó lo mismo que yo. Le indico la puerta de emergencia que vimos en el corredor, la que da a las bóvedas. Asiente apenas; ya calculó la misma salida.

Nos acercamos al guardia por detrás. Le meto la mano en el bolsillo de la chaqueta donde vi que guardaba la tarjeta de acceso. El tipo reacciona y trata de sujetarme, pero Alain ya le tiene el cuello bloqueado con el antebrazo, tirándolo hacia atrás y cubriéndole la boca con el otro brazo en un movimiento que no le da tiempo a gritar. Con la tarjeta en la mano, abro la puerta de emergencia.

El guardia consigue soltar un grito antes de que Alain pueda controlarlo por completo. Wyatt, que está varios metros adelante en el corredor, se da vuelta. Nuestras miradas se cruzan durante exactamente un segundo. Luego atravieso la puerta y corro escaleras abajo.

—Andrew —digo mientras bajo—. Estoy en la escalera de emergencia, guíame.

—Al final de la primera sala hay otra puerta —explica—. Ve derecho, no te desvíes.

Llego al primer subsuelo. Es una sala amplia con iluminación de emergencia y dos guardias apostados frente a otra puerta. Me ven en cuanto entro. El más joven empieza a moverse hacia mí mientras su radio suena y se oye la voz de Wyatt dando instrucciones.

El guardia mira su intercomunicador por una fracción de segundo. Eso es todo lo que necesito. Corro hacia la puerta del fondo. El otro guardia, el mayor, se queda quieto con una expresión que no sé si es de confusión o algo que se parece a la duda deliberada.

—¡Detenla! —le grita el primero que viene detrás de mí.

El guardia mayor reacciona tarde, viene hacia mí con los brazos abiertos para cortarme el paso. Me agacho, me zafo por debajo de sus brazos y lo empujo hacia su compañero. Los dos se enredan lo suficiente como para poder usar la tarjeta en la puerta. La cerradura suena. Entro.

Al otro lado hay un escritorio y un hombre de seguridad sentado, que levanta la vista con la expresión de alguien que no esperaba visitas.

—¡Atrápala, estúpido! —Escucho que gritan desde detrás.

El hombre del escritorio se pone de pie y alarga el brazo, pero ya lo dejé atrás. Las alarmas se activan en ese momento, un sonido agudo y continuo que llena el corredor.

—Puerta a la derecha —dice Andrew por el auricular.

La veo. Me arrojo contra ella con la tarjeta y cede. Más escaleras. Estas son más estrechas, más oscuras, con la iluminación de emergencia parpadeando.

—Cuatro pisos —dice Andrew—. No hay más puertas hasta el final.

—¿Guardias? —pregunto entre respiraciones mientras bajo.

—Con las alarmas activas se anularon los ascensores —responde —. Todos los que van hacia las bóvedas tienen que bajar por la escalera. Eso significa que vienen detrás de ti, no adelante.

Escucho las voces de los hombres que me siguen desde arriba, los pasos resuenan en el hueco de la escalera. Me llevan ventaja en distancia, pero yo llevo ventaja por haber empezado antes.

Bajo el tercer piso y el cuarto en una sola secuencia sin parar. Mientras lo hago, pienso en el guardia del escritorio. Los que vi en los subsuelos reaccionaron con normalidad, algunos con mayor lentitud que otros, pero ninguno dejó pasar a Brennan deliberadamente. El que me dejó pasar fue el que tardó en

reaccionar cuando el otro le gritó. Lo vi apenas un segundo, pero hay algo en ese segundo que no cuadra. La barba, los lentes, el uniforme. Aun así, algo no encaja. Un reemplazo de último momento que sabe cuándo no intervenir no es un guardia de banco.

—Hay un infiltrado en el subsuelo —le digo a Luna—. Uno de los reemplazos. El que estaba en el escritorio me dejó pasar a propósito.

—¿Qué dices? —pregunta Luna, que había permanecido en silencio hasta ahora.

—El guardia que no me detuvo —explico mientras llego al último rellano—. Creo que era él. El hombre sin nombre. Cavendish en Eurotalent, Fischer en Fráncfort, Taylor en Londres. Ahora está aquí como Kross, infiltrado entre los reemplazos de esta mañana. Fue quien dejó pasar a Brennan y quien me dejó pasar a mí. Está aquí adentro.

—Ainara —dice Luna, y el tono cambió—. Ten cuidado. Si Kross está en ese edificio, no está aquí por accidente.

Empujo la puerta del último subsuelo.

Un guardia me espera con el arma desenfundada y apuntada, plantado en el centro del corredor como alguien que recibió el aviso con tiempo suficiente para prepararse.

—Date vuelta —me ordena.

Levanto las manos y empiezo a girarme despacio, calculando la distancia. Cuando estoy en el ángulo correcto, me inclino en el momento de girar y ejecuto una patada circular hacia atrás que conecta con el antebrazo del guardia. El arma se dispara hacia el techo. Sin interrumpir el movimiento, cambio el eje y le doy una patada lateral en la cabeza con la otra pierna. El hombre cae y no se levanta.

Recojo el arma del suelo, la dejo caer lejos del guardia inconsciente y saco la mía mientras echo a correr de nuevo. Detrás de mí, los pasos en la escalera se escuchan más cercanos.

Las alarmas siguen sonando. Las luces del corredor parpadean con esa cadencia irregular de los sistemas de emergencia diseñados para crear urgencia. El corredor se abre a ambos lados con paredes de cajas de seguridad que llegan hasta el techo, miles de ellas, en

un espacio que parece calculado para impresionar con la acumulación de lo que guarda.

Los gritos de los hombres que vienen detrás se mezclan con las alarmas. Me ordenan que me detenga. Corro más rápido. Estoy cansada, los cuatro pisos de escalera y los corredores se acumulan en las piernas, pero el cansancio es un dato, no una opción.

Entonces, lo veo. Al final del corredor, donde el pasillo dobla, hay una reja de acero que empieza a descender del techo, lenta y mecánica, imparable.

—Diablos.

Calculo la distancia. La reja va bajando. Cuando hago los números, no cierran bien: estoy a diez metros y la reja ya pasó la altura de mis ojos. A cinco metros, va a la altura de mi cintura. A tres metros, va a los muslos.

Me arrojo al suelo y ruedo.

La reja baja sobre mis piernas. Me atrapa una. Hago fuerza tirando hacia adelante mientras el metal presiona hacia abajo, sintiendo el peso frío del acero contra la pantorrilla. Un segundo más me habría roto el hueso. Me zafé con lo justo.

Me paro. La pierna duele con esa intensidad específica de algo que todavía funciona, pero que está avisando que tiene límites. Miro atrás. Los hombres de seguridad llegaron a la reja en el momento exacto en que se cerraba completamente. Chocan con el metal y se quedan del otro lado, gritando por los intercomunicadores.

Rengueo por el corredor restante. Doblo la esquina.

Un hombre está de pie frente a una consola de control, de espaldas a mí, con los dedos sobre el teclado. En la pantalla sobre la consola aparecen números que cambian a velocidad.

Saco el arma.

—Apártate de allí o disparo.

El hombre no responde. No gira. Sigue con las manos en el teclado. Sus hombros están tensos, la espalda rígida, pero no para. No puede parar. Lo sé antes de que abra la boca.

—No puedo —dice, con una voz que es la de alguien que escucha lo que dice y no lo entiende—. Tengo que terminar.

La voz de Luna llega por el auricular.

—¡No dispares a él, Ainara! ¡Está activado!
Miro la pantalla.

TRANSFERENCIA FINAL: 90 SEGUNDOS

—Sé exactamente lo que hago —respondo.
Abro fuego.

34

KROSS ESTÁ AQUÍ

Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 9:20 a. m.

—Demonios —digo, y el alivio y la adrenalina se mezclan de una manera que no tiene nombre preciso.

—¿Qué pasó? —pregunta Luna por el auricular—. Oí el disparo. ¿No lo mataste, verdad?

—Le disparé al móvil que estaba usando para hackear el ordenador —respondo, mientras me acerco a Brennan con el arma todavía en la mano—. No a él.

El hombre está en *shock*. Me mira sin verme, con los ojos abiertos y la respiración entrecortada de quien acaba de volver en sí de algo que no entiende. Lo sacudo suavemente por los hombros intentando que reaccione, pero el contacto físico parece empeorar la disociación. Se pone a temblar con una intensidad que no controla y colapsa. Me esfuerzo en sostenerlo y lo ayudo a llegar al suelo sin que se golpee la cabeza.

—Ainara —dice Andrew por el auricular—. ¿Qué aparece en el monitor del ordenador?

Me pongo de pie y miro la pantalla.

—Dice «Proceso iniciado».

—Maldición —dice con urgencia real—. Llegamos tarde al inicio. Pon el móvil que te di junto al ordenador, pegado al lateral. Hazlo ahora.

Lo saco del bolsillo y lo coloco apoyado contra la base de la máquina. En la pantalla del ordenador aparece de inmediato un aviso de dispositivo nuevo conectado.

—Entré —dice Andrew—. Están usando un virus que maneja las transferencias desde adentro del sistema. No es un hackeo externo, el código ya está instalado. Tengo que encontrarlo y neutralizarlo mientras cancelo las transferencias que van saliendo una por una. Es como tapar agujeros en una presa con los dedos, pero es lo que hay.

—¿Puedo destruir la máquina? ¿Eso lo detiene?

—No. El virus ya está en el sistema bancario, no en el *hardware*. Destruir el ordenador no hace nada. Déjame trabajar y no toques el móvil.

—Andrew, vienen guardias.

—¡Que no apaguen ni muevan el móvil del ordenador! —dice—. Pase lo que pase, ese teléfono no se toca.

Llegan. Primero dos con las armas apuntadas, luego otros dos que me agarran de los brazos y me apartan del ordenador. Wyatt entra detrás de ellos con la expresión de alguien que está recalibrando todo lo que pensaba de esta mañana. Ve a Brennan en el suelo, le indica a uno de sus hombres que lo atienda, y luego se planta delante de mí.

—¿Qué clase de agente federal entra a una zona restringida a los golpes, activa todas las alarmas del edificio y dispara dentro de las bóvedas? —me dice, y la furia en su voz es controlada, pero real.

—El tipo de agente que llega a tiempo para evitar que le vacíen el sistema —respondo—. Ese hombre en el suelo se llama Thomas Brennan. Lo programaron sin que él lo supiera para hackear sus bóvedas. Es lo que le vine a decir esta mañana y usted no me escuchó.

—Jefe —dice uno de los guardias—. Mire el ordenador.

Wyatt gira. En la pantalla del ordenador, carteles aparecen y desaparecen a una velocidad que hace difícil leerlos: «transferencia iniciada», «transferencia cancelada», «transferencia iniciada»,

«transferencia cancelada». Una batalla en tiempo real que nadie en esa sala entiende, excepto yo.

Wyatt ve el móvil apoyado contra el ordenador y se inclina hacia él.

—¿Qué mierda es esto? —dice, examinándolo sin tocarlo.

—No lo toque —le digo—. Ese teléfono es nuestra única manera de frenar lo que está pasando. Si ve la pantalla, las transferencias canceladas somos nosotros peleando contra el virus. Si quita ese teléfono, perdemos.

—La transferencia no va a cuentas criminales anónimas. —Escucho a Andrew en el auricular—. Va a cuentas de inversión legales. El plan es provocar el pánico financiero y comprar activos masivos cuando los precios caigan. Su ganancia potencial es el doble o el triple de lo que roban. Estoy cancelando transferencia por transferencia con mi propio código mientras busco la raíz del virus original.

Wyatt estira la mano hacia el móvil, dispuesto a apartarlo.

—¡No! —le grito—. Ese teléfono es lo único que está entre usted y el mayor robo financiero de la historia estadounidense.

Wyatt duda. El móvil sigue en su mano. En la pantalla del ordenador, los carteles siguen apareciendo a toda velocidad. La batalla no espera a que Wyatt decida.

Lo miro a los ojos. No tengo tiempo para convencerlo con argumentos. Solo tengo el peso de lo que está viendo en esa pantalla: números moviéndose a una velocidad que no corresponde a ningún proceso normal de su banco, una batalla que alguien está librando desde el otro lado del país para salvar lo que hay en sus bóvedas.

—Jefe Wyatt —digo con el tono más directo que tengo—. Usted sabe lo que está mirando. No necesita que yo se lo explique.

Wyatt mira la pantalla. Mira el móvil. Mira la pantalla de nuevo.

—¡Alto! —Se escucha desde el corredor.

El auricular suena. Es Andrew.

—Peter está libre —informa—. La policía de Queens lo soltó. Le mandé la ubicación de la salida de emergencia este por si Kross intenta escapar por ahí.

Freddy entra primero, con la placa en alto y una docena de agentes del FBI detrás de él, todos con las chaquetas identificadas. A su lado, vienen dos hombres con trajes que tienen el aspecto específico de quienes toman decisiones sobre el dinero de otras personas.

—Jefe Tanaka, FBI de Nueva York —dice Freddy, con esa calma que tiene cuando la situación requiere que alguien parezca completamente a cargo—. Deje ese teléfono donde estaba. Es el único activo que tenemos para revertir lo que ocurre en su sistema.

Wyatt mira a los dos hombres de traje. Ellos asienten. Wyatt vuelve a apoyar el móvil contra el ordenador sin decir nada.

—Suelten a la agente Roberts —ordena Freddy.

Los guardias me sueltan. Me sacudo los brazos y me acerco a Freddy mientras Wyatt empieza a formular la primera de las muchas preguntas que tiene.

—Luego le explico todo —le digo a Wyatt antes de que pueda empezar—. Ahora hay un cabo suelto urgente.

Me giro hacia Freddy y bajo la voz.

—Kross está en el edificio —le digo—. Se infiltró como uno de los reemplazos esta mañana, con el nombre de Geoffrey Zacks. Tenía barba y lentes, pero lo reconocí en el subsuelo. Fue él quien dejó pasar a Brennan y a mí. Si no lo atrapamos ahora, desaparecerá como lo hizo en Fráncfort y en Londres.

—Ya lo anticipé —responde Freddy—. Mandé a Alain con dos agentes a la sala de monitoreo. Si Kross sigue en el edificio, Alain lo va a encontrar en las cámaras.

—¿Quién es Viktor Kross? —pregunta Wyatt.

—El hombre que preparó Fráncfort y Londres —respondo—. Y si no lo detenemos ahora, también va a desaparecer de Nueva York.

Antes de que pueda decir nada más, la radio de Wyatt suena.

Reserva Federal, Nueva York

Lunes, 27 de junio, 9:40 a. m.

Alain entra a la sala de control de seguridad, flanqueado por dos agentes del FBI. Hay dos empleados ahí. Uno sentado frente a los monitores y otro de pie a su lado, ambos mirando una pantalla que muestra a Freddy y Ainara en las bóvedas. Giran cuando escuchan entrar a los recién llegados.

—FBI —dice Alain—. A partir de ahora estamos a cargo. Necesito ver las fotos y nombres de todos los guardias que entraron como reemplazos esta mañana.

—Tengo que consultarlo con el jefe Wyatt —dice quien está de pie, llevándose la mano al radio.

—Jefe Wyatt —llama.

—Aquí estoy —responde Wyatt por el intercomunicador—. ¿Qué pasa?

—Tengo gente del FBI en la sala de monitoreo pidiendo acceso a los registros de reemplazos.

—Dales todo lo que pidan —responde Wyatt—. Y avisa a los de recepción que hagan lo mismo con los agentes que están arriba.

El guardia sentado activa una pantalla sin más demora. Aparecen cuatro fotografías con nombres y horarios de entrada: los reemplazos que llegaron esta mañana para cubrir a los guardias enfermos. Alain los examina uno por uno, de izquierda a derecha, con esa atención que tiene cuando busca algo específico.

Se detiene en el tercero.

El hombre tiene barba oscura, lentes de montura fina y el uniforme de seguridad del banco. La barba es nueva y los lentes son una adición, pero la estructura de la cara, la forma de la mandíbula y la posición de los ojos son inconfundibles para quien lo vio antes. Alain no necesita el tiempo que un policía que no lo conoce necesitaría.

—Amplía esa imagen —dice.

El guardia lo pone a pantalla completa. Alain lo mira durante tres segundos.

—Confirmado —dice, hablando en voz alta para que Andrew y Luna lo escuchen a través del auricular—. Kross se metió como uno de los reemplazos bajo el nombre Geoffrey Zacks. Está aquí desde esta mañana.

—¿Está todavía en el edificio? —pregunta Andrew desde el búnker.

—Eso vamos a ver ahora —dice Alain, y se dirige al guardia sentado—. Búscalo en las cámaras. Quiero saber dónde está en este momento.

—Me llamó la atención verlo salir de la zona de bóvedas hace unos minutos —dice el que está de pie—. No entendí por qué un reemplazo del turno de arriba estaba bajando a esa zona.

—Por la recepción no salió —dice el que manipula las cámaras, señalando una pantalla lateral—. El sistema registra a cada persona que pasa por los molinetes, y Zacks no aparece desde que entró esta mañana. Las puertas principales se bloquearon automáticamente cuando se activó la alarma, así que no pudo salir por ahí.

—Tiene que haber otra salida —dice Alain.

—La puerta de emergencia del este —responde el guardia de pie —. Es la única que se puede abrir desde adentro sin registro magnético. Está diseñada para evacuaciones, no tiene lector en el lado interior.

El guardia de las cámaras ya está buscando. Pasa de cámara en cámara a velocidad, rastreando el primer subsuelo.

—Ahí —dice, deteniéndose en una imagen—. Va por el corredor del primer subsuelo hacia el este, moviéndose rápido.

Alain ya está calculando el tiempo y la distancia. Kross lleva ventaja. Pero Kross no sabe que lo están rastreando en tiempo real, y eso iguala parte de la diferencia.

—¿Por dónde llego yo a ese corredor? —pregunta.

35

EL ÚLTIMO ALIAS

Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 9:50 a. m.

—Alain va hacia la salida este siguiendo a Kross —me dice Luna por el auricular.

—Entendido. Andrew, dime lo que tienes.

—Es un virus —dice Andrew, y su voz tiene esa concentración tensa de quien está haciendo tres cosas al mismo tiempo—. Si completa el ciclo, más de tres mil quinientos millones de dólares se moverán a cuentas fantasma distribuidas en múltiples jurisdicciones. Pero no es lo que parece. No quieren destruir el sistema financiero. Quieren comprarlo. Con ese dinero, durante el pánico que generaría el colapso, podrían adquirir activos a precios de liquidación. Bancos, fondos, infraestructura. Todo por centavos.

—¿Podemos detenerlo desde aquí?

—Lo estoy intentando. Cancelo una transferencia y se activa otra. Es como pelear contra un sistema diseñado específicamente para resistir cualquier intervención manual. Pero sigo buscando el código raíz.

Miro la pantalla del ordenador. Los carteles aparecen y desaparecen a una cadencia que no da tiempo a leer cada uno por separado: «transferencia iniciada», «transferencia cancelada»,

«transferencia iniciada». Una guerra invisible que se pelea en milisegundos.

Brennan está volviendo en sí en el suelo, con los agentes del FBI arrodillados a su lado. Cuando lo esposan, se le ve desorientado y asustado, con la expresión de alguien que no entiende qué hizo ni por qué.

—Trátenlo con cuidado —les digo a los agentes—. Es una víctima, no un criminal.

Los agentes me miran sin saber quién soy. Freddy asiente con la cabeza desde el otro lado de la sala y los agentes obedecen sin más preguntas.

—¡Esperen! —dice Andrew de pronto, con un entusiasmo que no le oía desde hacía días—. Encontré el código raíz del virus. Puedo cancelar la mayoría de las transferencias pendientes de una sola vez, pero necesito dos minutos sin interrupciones.

—Tienes dos minutos —digo.

Estaba a punto de dar un paso hacia Freddy cuando un escalofrío me recorre la espalda de manera completamente inesperada. No es frío. Es algo más parecido al reconocimiento.

—Ainara Pons.

Una voz que no reconozco irrumpe directamente en el auricular, reemplazando por completo la comunicación con Andrew. La voz está distorsionada por algún procesador de audio, pero tiene una cadencia y una dicción que resultan familiares de una manera que no puedo ubicar.

—Por fin hablamos cara a cara. O voz a oído, según el caso.

Miro a Freddy y señalo el auricular con un gesto. Él frunce el ceño y le habla a Luna por su propio canal.

—¿Quién eres? —pregunto, manteniendo la voz tranquila.

—Ya deberías reconocerme —dice—. Uno de mis hombres te vio en la entrada de las bóvedas y me avisó. Llegaste más lejos de lo que esperaba, Ainara. Eso es un cumplido, aunque no lo parezca.

Kross me vio cuando bajé al último subsuelo. Si el hombre que me habla no es Kross, y la voz definitivamente no es la de alguien que está huyendo por un corredor, entonces es alguien que recibe información de Kross en tiempo real. Alguien con acceso al sistema

de comunicaciones del edificio. Alguien que lleva todo este tiempo un paso por encima de todos nosotros.

—Camaleón —digo en voz alta para que Freddy lo escuche.

Freddy se pone tenso. Empieza a mover a los agentes para que se aparten de mí y me dejen espacio para hablar.

—Por supuesto —dice la voz—. Aunque me sorprende que todavía no lo hayas deducido antes. Ainara, escúchame un momento. No somos enemigos en el sentido en que tú lo interpretas. No somos anarquistas, no somos terroristas. Somos inversionistas con una visión a largo plazo. Creamos las condiciones de inestabilidad necesarias y luego compramos el orden resultante. Así ha funcionado el poder real en todos los períodos de la historia. Tú quieres orden, yo puedo garantizarlo. La diferencia entre nosotros es solo metodológica.

—Te voy a encontrar —le digo, sin molestarme en responder al discurso.

—Ya lo intentaste —dice, y hay algo en el tono que mezcla la diversión con algo más difícil de nombrar—. Estoy más cerca de lo que crees. Pregúntale a tu mentor Wells sobre eso. ¡Ah, espera! Está muerto. O quizás no.

El nombre de Wells me paraliza. Es la segunda vez que alguien del Anillo lo menciona en un contexto que sugiere que saben algo que yo no sé. Me obligo a no reaccionar de forma visible.

Entonces, Freddy me mira desde el otro lado de la sala y señala la pantalla del ordenador.

Los mensajes han cambiado.

«TRANSFERENCIA COMPLETADA: 450 MILLONES DE DÓLARES»
«TRANSFERENCIA CANCELADA: 3.070 MILLONES DE DÓLARES»
«87,2 % DEL ROBO DETENIDO»

Andrew lo logró.

No detuvo todo el robo, pero bloqueó casi nueve de cada diez dólares antes de que salieran del sistema.

—¿Qué...? —dice la voz del Camaleón, y el cinismo desaparece por completo, reemplazado por algo que suena genuinamente a incredulidad—. Imposible.

—No tan imposible —le digo, y esta vez sí sonrío—. Puedes diseñar tus planes durante diez años y sembrar tus agentes en doce países. Pero al final siempre pasa lo mismo. Has vuelto a perder.

La conexión se corta de golpe. El auricular vuelve a la frecuencia normal y escucho la voz de Andrew.

—Lo logré —dice, y por primera vez en horas no intenta sonar brillante—. Solo cuatrocientos cincuenta millones se movieron. El resto está de vuelta en el sistema.

—Buen trabajo, Andrew —digo—. Descansa un minuto.

Me acerco al ordenador y recupero el móvil que le dejé apoyado. Andrew va a querer analizarlo después para entender cómo funcionó el virus.

Wyatt me mira desde el otro lado de la sala con una expresión que ya no es de furia, sino la de alguien que está procesando que estuvo completamente equivocado sobre todo lo que creía saber esta mañana. Los dos hombres de traje junto a Freddy empiezan a hablar en voz baja entre ellos con gestos que sugieren que las próximas semanas van a ser complicadas para la institución.

—Nos vamos —le digo a Freddy en voz baja—. ¿Qué sabes de Kross?

Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 9:50 a. m.

El guardia de monitoreo conoce el edificio mejor que nadie y eso es exactamente lo que Alain necesita en este momento.

—Yo lo guío —dice, yendo hacia la puerta—. Sé cómo cortar camino.

—Vamos —dice Alain, y se dirige a los dos agentes del FBI—. Ustedes quédense aquí y avísenle a Tanaka: el fugitivo va hacia la

salida de emergencia del este.

Alain y el guardia corren por corredores que Alain no habría encontrado solo en veinte minutos. Giros que no tienen señalización, puertas que parecen de servicio, pero que conectan sectores completos del edificio, escaleras que bajan media planta antes de volver a subir. El guardia los atraviesa con la fluidez de quien lo ha hecho miles de veces.

Abren una puerta y bajan al primer subsuelo. El corredor que se abre delante de ellos es largo y recto, con iluminación de emergencia por la alarma activa. Al fondo, una figura corre.

—Es él —dice Alain.

Acelera. La distancia entre los dos va cerrándose, pero más despacio de lo que quisiera. Kross llega al final del corredor, donde hay una escalera, y empieza a subir, agarrándose al pasamanos, sin mirar atrás.

Alain llega a la escalera y empieza a subir. Kross está dos tramos por encima de él, ya casi en la cima. Alain lo ve empujar la puerta de emergencia con el hombro. La puerta se abre hacia el exterior del edificio, dejando entrar un rectángulo de luz de la mañana.

Alain llega al último peldaño y sube los dos escalones de un salto.

Kross está en el suelo, a un metro de la puerta abierta, con la cara vuelta hacia un lado y la mandíbula ya empezando a hincharse. Se mueve despacio, intentando orientarse.

Peter está de pie junto a él, frotándose el puño derecho con la palma izquierda con esa expresión de satisfacción discreta que tiene cuando algo sale exactamente como quería.

—Desde Londres que venía fantaseando con esto —dice Peter cuando ve llegar a Alain.

Kross levanta la cabeza y los mira a los dos. El golpe lo desorientó, pero no lo dejó inconsciente, y en sus ojos hay algo que no es miedo, sino cálculo. La expresión de alguien que evalúa opciones incluso desde el suelo.

—No saben con quién se están metiendo —afirma.

—Déjame adivinar —contesta Alain, agachándose para tomarlo de la ropa y ponerlo de pie—. El Anillo. Sí, ya nos conocemos

bastante bien.

Mientras lo incorpora, Alain le revisa los bolsillos con eficiencia. Encuentra un móvil satelital, que le quita y guarda. Uno de los hombres de seguridad del banco que acompañó a Peter le coloca las esposas sin demasiados miramientos.

—Lo siento, Kross —le dice Peter, empujándolo con suavidad para que empiece a caminar—. A partir de ahora, tu único alias será un número de expediente.

Entrada principal, Reserva Federal, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 10:05 a. m.

Salimos por la entrada principal con Freddy, sus agentes, Wyatt y dos de sus hombres. Brennan viene con nosotros, escoltado por dos agentes del FBI, todavía en ese estado de confusión y culpa que caracteriza a los manchurianos cuando vuelven completamente en sí. Llora en silencio y no opone ninguna resistencia.

Los veo llegar desde la esquina. Peter y Alain caminan a buen paso con Kross esposado entre los dos. Kross mira hacia adelante con esa calma estudiada de quien ya calcula lo que viene. Cuando ve a Brennan, su mirada se detiene una fracción de segundo. Freddy lo nota y se interpone entre los dos antes de que puedan cruzar miradas.

—Muchas gracias por la colaboración —le dice Freddy a los hombres de seguridad del banco—. A partir de aquí nos encargamos nosotros.

—Un momento —dice Wyatt, dando un paso adelante—. Este hombre suplantó a uno de mis empleados y entró al edificio con documentación falsa. Tengo derecho a interrogarlo sobre cómo lo hizo y si hay más infiltrados en las instalaciones.

Freddy lo mira un segundo antes de contestar. Esa clase de argumento puede funcionar en una sala de reuniones, no en mitad de una operación que ya se está desangrando.

—Wyatt —dice—. Estamos en la vía pública. Su autoridad termina en esas puertas. Esto es jurisdicción federal. Si nos hubieran permitido actuar esta mañana, cuando mandé a tres agentes a verificar la situación en silencio, no estaríamos teniendo esta conversación en la calle con una camioneta del FBI y una docena de agentes visibles desde tres calles. Así que ahora le pido que se haga a un lado.

Wyatt procesa esto durante un segundo. Luego baja la cabeza levemente y les hace una seña a sus hombres para que se aparten. Le entrega a Brennan a los agentes del FBI sin más discusión.

—Una cosa más —digo antes de que Wyatt se dé vuelta—. Necesito un informe completo de todo lo que pasó ayer: quién autorizó los reemplazos de esta mañana, de qué empresa fueron, y qué proceso de verificación siguieron. Alguien intoxicó deliberadamente a sus guardias para crear esas vacantes. Quiero saber cómo lo hizo y quién firmó la autorización de entrada de los sustitutos.

—Lo tendrán antes de las seis —responde Wyatt, y se lo ve como alguien que acaba de entender que el día que creyó que iba a ser difícil en realidad fue el peor de su carrera.

La camioneta del FBI llega y se detiene frente a nosotros. Freddy saluda al agente a cargo y le entrega directamente a Kross.

—Custodia de máxima seguridad —le ordena—. Sin contacto con nadie hasta que yo lo interrogue. Y, sobre todo, sin contacto con el otro detenido.

—Entendido, jefe.

Los agentes sujetan a Kross y lo conducen hacia la camioneta. El hombre no se resiste. Antes de subir, gira la cabeza por encima del hombro y nos mira con una sonrisa que tiene algo de genuino y algo de calculado. La expresión de alguien que perdió esta mano, pero todavía cree en el juego.

—Pueden capturarme —dice—. Pero no pueden detener lo que viene.

Freddy no responde. Peter tampoco. Nadie le concede el último golpe que está buscando.

Me acerco solo un paso.

—Ya veremos —le digo.

Por primera vez, Kross deja de sonreír.

Uno de los agentes lo empuja hacia el interior de la camioneta. La puerta se cierra. A través del vidrio tintado ya no se ve nada. El vehículo arranca y se incorpora al tráfico del distrito financiero como si fuera una camioneta más en un lunes por la mañana en Manhattan.

Nadie en la acera sabe lo que acaba de pasar. La Reserva Federal sigue en pie, los mercados abrirán en una hora y el dinero que casi desapareció esta mañana está de vuelta donde tiene que estar.

Una semana desde Fráncfort. Dos ataques previos. Cuarenta y siete durmientes en diez países. Todo eso nos trajo hasta este momento, hasta esta acera, hasta esta camioneta que se aleja por Nassau Street.

No es el final. Kross no es el Camaleón. No es quien dirige el Anillo ni quien decide hacia dónde se mueve la próxima pieza. Pero es el hombre sin nombre, el que estuvo en Fráncfort, en Londres y aquí, en Nueva York, preparando el camino para que otros apretaran el gatillo sin saberlo.

El Anillo sigue existiendo. Pero esta mañana perdieron algo que no podían permitirse perder.

Y eso también cuenta.

36

GOLPE AL CORAZÓN DEL ANILLO

Búnker de Andrew, Nueva York
Lunes, 27 de junio, 11:30 a. m.

Me preocupa Junior. Desde que llegamos al búnker después de la Reserva Federal, nadie ha tenido noticias de él. Su teléfono está fuera de servicio y no respondió a ninguno de los mensajes que le enviamos. Me repito que Kross estuvo todo el tiempo en el banco con nosotros, que no hay manera de que lo hayan activado a distancia sin su número de móvil, que Luna dijo que estaba estable antes de mandarlo a Brooklyn. Me lo repito y aun así no consigo dejar de pensar en las otras posibilidades.

—No creo que le haya pasado nada grave —me dice Luna—. Cuando salió del búnker esta mañana lo vi centrado. Si no se acercó a ningún dispositivo no autorizado y su teléfono no fue interceptado, la programación no tiene manera de activarse.

—Su señal funcionó con normalidad hasta que llegó a la dirección en Brooklyn —dice Andrew, mirando una de sus pantallas—. Después de eso, nada.

—Entonces, hay que ir a ver —dice Peter, poniéndose de pie.

El timbre suena. Todos nos miramos.

—Es él —confirma Andrew, mirando el monitor de la cámara exterior.

Activa la cerradura electrónica. Todos nos ponemos de pie casi al mismo tiempo. Luna llega primero y lo abraza antes de que Junior pueda decir nada.

—Bueno, bueno —dice Junior, con esa incomodidad afectuosa que tiene cuando alguien le demuestra que le importa—. No entré en ningún trance. Solo tuve un pequeño accidente.

Apenas lo vi entrar, noté el estado de su ropa: cubierta de polvo gris, con rasgaduras en la rodilla derecha y el hombro. Ahora que lo tengo cerca, veo más: un hematoma en la frente que ya está tomando color, cortes pequeños en la cara y el cuello, y una manera de apoyar la pierna derecha que sugiere que algo ahí dentro no está bien, aunque él no lo mencione.

Peter lo mira de arriba abajo con esa expresión suya que no dramatiza, pero tampoco disimula.

—Pareces un edificio derrumbado —dice.

—Fui a uno —responde Junior.

Alain le trae una silla sin que nadie se lo pida. Junior la ve y hace ademán de rechazarla, pero la pierna le falla en ese momento exacto y termina sentándose de todas formas. Nadie dice nada al respecto. Andrew le pone delante un vaso de agua y un paquete de analgésicos sin soltar el teclado.

Luna le toma la cara entre las manos y lo examina con esa eficiencia clínica que tiene cuando el afecto y la evaluación profesional ocurren al mismo tiempo.

—¿Qué te pasó?

Junior nos cuenta lo de la explosión. El piso vacío, el paquete conectado al sensor de la puerta, el segundo en el que procesó lo que veía antes de correr. El corredor, la escalera, el techo que cedió, la caída, el polvo que lo cubrió todo. Los dos hombres tatuados que lo sacaron del edificio en ruinas. El teléfono perdido entre los escombros. La sordera temporal que le impidió avisar a nadie durante casi dos horas.

Lo escuchamos en silencio. Cuando termina, nadie dice nada por un momento. Luego, Peter le hace un resumen de lo ocurrido en la Reserva Federal mientras Junior estaba en Brooklyn, sin poder comunicarse.

Junior escucha sin interrumpir. Cuando Peter termina, no pregunta por los detalles de la acción. Pregunta directamente por las cuentas.

—Si las transferencias van a cuentas de inversión legales —dice —, hay una posibilidad real de rastrearlas. Las cuentas legales dejan rastro. Déjame ver los registros, Andrew.

—En esa pantalla los tienes —dice Andrew—, pero no encontré ningún patrón coherente. Están distribuidas en demasiadas jurisdicciones diferentes.

Junior se sienta frente al ordenador sin más preámbulo. Miro a Luna y le sonrío sin decir nada. Veo el esfuerzo que pone Junior en cada movimiento de esta mañana, el dolor que disimula en la pierna, la concentración con que mira la pantalla. Es como si encontrar algo en esos registros fuera la única manera de compensar todo lo que no pudo hacer en Brooklyn. Sé perfectamente lo que vale. No necesita compensar nada.

—Ya sé a dónde va el dinero —dice Junior, sin levantar la voz—. Las cuentas de destino pertenecen a un consorcio de inversionistas fantasma. Corporaciones vinculadas a estructuras del Anillo que ya vimos en casos anteriores. Pero hay algo más. Están usando la misma estructura legal que usaron en 2018 para mover dinero a través de fondos de cobertura en tres jurisdicciones distintas. Yo trabajé en un caso relacionado con esa estructura. Sé dónde está la vulnerabilidad.

Se gira hacia mí.

—Ainara, si actuamos rápido, podemos llegar al dinero antes de que lo muevan.

El resto del equipo se acerca al monitor, formando el semicírculo espontáneo que nos junta siempre que algo importante está pasando en una pantalla.

—Logré entrar al teléfono de Kross —dice Andrew mientras observa el trabajo de Junior—. Contiene una lista de cuarenta y siete manchurianos en Europa y Estados Unidos, códigos de activación, y comunicaciones directas con al menos tres supervisores del Anillo que nunca habíamos identificado.

—No tuvo tiempo de borrarlo —dice Alain—. En la clínica destruyó todo. Aquí no pudo.

—Ainara —dice Peter—. Lo que tenemos en ese teléfono es diferente a todo lo que habíamos capturado antes. Kross no es un peón. Es alguien que conoce la estructura operativa del Anillo desde adentro. Puede testificar sobre cosas de las que nadie más puede hablar.

Tiene razón. Viktor Kross es la primera captura real de alguien que no fue engañado, no fue programado, no estaba actuando sin saberlo. Es un operativo consciente. No es el Camaleón, pero es la persona más cercana al Camaleón que hemos tocado.

Es por eso que Freddy no se quedó con nosotros cuando salimos de la Reserva Federal. Fue directo detrás de la camioneta que trasladaba a Kross, para asegurarse de que llegara a la celda de máxima seguridad. El Anillo intentará eliminarlo en cuanto confirmen que está detenido. Ese proceso ya empezó.

Búnker de Andrew, Nueva York
Miércoles, 29 de junio, 2:30 p. m.

Ayer por la tarde, después de que Junior identificara la vulnerabilidad en las cuentas de destino, Freddy le preguntó si estaba dispuesto a presentar sus conclusiones ante las autoridades del Departamento del Tesoro. Junior aceptó sin dudarlo.

Estuvieron casi tres horas en esa reunión. Recibo la llamada de Freddy cuando ya estábamos todos en el búnker, esperando noticias.

Los vemos en la pantalla: Freddy conduciendo, Junior en el asiento del copiloto. No tiene la expresión de alguien que acaba de ganar. Tiene la de alguien que sobrevivió a algo difícil y todavía está procesando cómo lo hizo.

—Junior estuvo brillante —dice Freddy—. Las primeras dos horas fueron las más duras. El representante del Departamento del Tesoro puso en duda cada número, cada jurisdicción, cada conexión entre

las cuentas. Tuvo tres abogados revisando los documentos en tiempo real buscando errores. No los encontraron.

—¿En qué momento cedieron? —pregunto.

—Cuando Junior les mostró que los cuatrocientos cincuenta millones robados aquí y los fondos robados en Fráncfort y Londres están en las mismas cuentas de destino —responde Freddy—. Pero antes de eso hubo casi una hora en que parecía que se iba a caer todo.

—¿Qué pasó? —pregunta Peter.

—El representante del Tesoro insistía en que la documentación era insuficiente para actuar en jurisdicciones extranjeras —dice Freddy—. Tenía razón en términos de protocolo. Lo que no tenía era tiempo. Junior le explicó que cada hora que perdían en burocracia era una hora que el Anillo usaba para mover el dinero. Que si esperaban el proceso normal, en dos semanas no habría nada que congelar. Que la ventana era ahora o nunca.

—¿Y eso fue suficiente? —pregunta Andrew.

—No —dice Junior desde el asiento del copiloto—. Lo que fue suficiente fue mostrarle en tiempo real que el dinero ya estaba en movimiento. Me mandaste los datos de las transferencias secundarias mientras estábamos en la reunión. Cuando el representante del Tesoro vio los números moverse en su pantalla mientras hablábamos, dejó de discutir.

—Entonces fue Andrew —digo.

—Fue Andrew con los datos y yo con la orden —responde Junior —. Necesitábamos las dos cosas.

Los representantes de la Unión Europea y del Reino Unido participaron en la reunión por videoconferencia. Cuando entendieron que la misma orden cubría sus pérdidas, la discusión cambió. Nadie quiere explicarles a sus ciudadanos por qué no actuó cuando tuvo la oportunidad.

—¿Cuántas cuentas? —pregunta Andrew.

—Cientos —dice Junior desde el asiento del copiloto—. Distribuidas en dieciséis países. La mayoría del dinero robado en Europa todavía estaba ahí porque no habían podido moverlo sin activar controles automáticos. El de Nueva York llevaba menos

tiempo y una parte ya había circulado, pero la mayor parte quedó atrapada.

—Le diste un golpe directo a la estructura financiera del Anillo —dice Luna.

—No es un golpe mortal —dice Junior, con esa honestidad suya que no permite que la euforia distorsione el análisis—. El Anillo tiene recursos en muchos más lugares de los que llegamos a tocar hoy. Pero es el golpe más grande que les hemos dado hasta ahora. Y el Camaleón lo sabe. Lo que más me preocupa es lo que hará con esa información.

El búnker queda en silencio. Afuera es miércoles por la tarde en Nueva York y el mundo financiero está procesando lo que pasó en la Reserva Federal, con las narrativas oficiales acordadas para evitar el pánico. Dentro de este búnker, los siete sabemos qué pasó y qué no pasó.

El Anillo no está desmantelado. El Camaleón sigue libre. Hay cuarenta y siete durmientes activos en algún lugar de Europa y Estados Unidos esperando una señal que ahora quizá nunca llegue, o que llegará de una manera que todavía no podemos anticipar. Kross está en una celda de máxima seguridad y el Anillo tiene recursos para llegar a esa celda si decide que vale la pena el esfuerzo. Si lo matan antes de que Freddy pueda interrogarlo, perdemos la única fuente directa de información sobre la estructura interna que hemos tenido hasta ahora.

Ganamos esta batalla. Eso no es poco.

Pero la guerra continúa.

—Buen trabajo, Junior —digo finalmente.

Él me mira desde la pantalla y asiente con la cabeza. No dice nada más. No hace falta.

EPÍLOGO

Búnker de Andrew, Nueva York
Lunes, 11 de julio, 2:30 p. m.

La televisión está encendida. La miro sin prestarle demasiada atención, solo para saber qué versión de lo ocurrido están contándole a la gente.

—Luego de dos semanas de turbulencias, los mercados han vuelto a la normalidad —dice el presentador con ese tono que usa la televisión para hablar de catástrofes que ya pasaron—. Las autoridades de las principales entidades financieras del mundo aseguran que lo sucedido no volverá a repetirse. Se han congelado cuentas en múltiples jurisdicciones. Los voceros de la Comunidad Económica Europea y de la Reserva Federal afirman que el sistema sufrió un ataque de *hackers* extremistas que intentaron desestabilizar el sistema financiero occidental.

—Apaga eso —dice Peter.

Alguien lo apaga. El búnker queda en silencio.

—Es lo que acordaron las autoridades —explica Freddy—. Para el público es una explicación más manejable que la verdad. Decirle a la gente que un manchuriano puede estar viviendo en su edificio esperando una señal para activarse no calma a nadie.

—Ni que hablar —añade Alain— de explicarles que una organización criminal lleva diez años construyendo este plan y que están preparándose para el siguiente.

Tenía esperanza de que la existencia del Anillo saliera a la luz pública de una vez. Pero al menos los Gobiernos ya no pueden negar que existe. Eso es algo, aunque sea poco.

—¿Qué pasó con los otros manchurianos? —le pregunto a Freddy.

—Cuarenta y siete durmientes detenidos en todo el mundo —responde—. Kross asegura que no hay más. Todavía no quiere hablar sobre la estructura del Anillo, tiene miedo de lo que le puede pasar si lo hace. Pero tenemos tiempo.

—¿Irán a la cárcel? —pregunta Luna.

—No —dice Freddy—. Se someterán a tratamiento psicológico. Sus testimonios, junto con el de Kross, pueden sentar un precedente legal que nadie ha logrado establecer hasta ahora. Si cooperan, el Anillo por fin saldrá de las sombras.

—He actualizado el perfil del Camaleón —dice Luna—. No es solo un criminal con recursos. Es alguien que no está acostumbrado a perder. Cuando pierde, se enfurece. Y cuando está enfurecido, comete errores.

—Entonces, lo presionamos hasta que cometa uno que no pueda recuperar —digo.

—Ganamos —afirma Peter.

—Ganamos esta batalla —lo corrijo—. La guerra continúa hasta que el Camaleón esté detenido. Eso no ha cambiado.

Andrew lleva un rato más callado de lo habitual. Hay algo que todavía no nos ha dicho.

—Hay algo que necesito contarles —dice—. Sabíamos que Junior nos había delatado sin saberlo, pero no sabíamos exactamente cómo. Hace un par de días lo descubrí. Junior no abrió más correos ni recibió ningún mensaje relacionado con el poema después del primero. Pero en su bandeja de enviados encontré un mensaje que él mismo mandó respondiendo al correo con la poesía. En ese mensaje de respuesta estaba la clave de seguridad de su móvil. Así

fue como tuvieron acceso a todo lo que comunicábamos en tiempo real, desde el principio.

Todos miramos a Junior. Él no aparta la vista de Andrew. Durante unos segundos parece estar allí solo a medias, atrapado entre lo que acaba de oír y lo que eso significa para él.

—No recuerdo haber hecho eso —dice con una voz que tiene más tristeza que sorpresa—. Los ayudé sin saberlo.

—Ya hablamos de esto —interviene Luna—. Eres una víctima, como Thomas Brennan y como todos los demás. No tuviste la culpa de nada. Yo misma me encargo de tu tratamiento.

—De todas formas —le digo—, es un buen momento para que te tomes unas vacaciones. Bien merecidas.

Junior asiente con la cabeza. Todos nos miramos en silencio un momento. Hay algo que nadie dice, pero que todos pensamos: si Junior fue comprometido sin saberlo, alguien que lleva años en este equipo, la pregunta que queda flotando en el aire es incómoda y necesaria. ¿Quién más podría estarlo?

Los demás se van yendo, de a uno, a lo largo de la tarde. Andrew y Alain salen a buscar algo para comer. Peter se fue antes, diciendo que necesitaba caminar. Luna se quedó un rato más con Junior y luego también salió. Freddy tiene una llamada con Washington.

Me quedo sola en el búnker.

Antes de salir, Luna deja la foto de Hanna sobre la mesa. Falkenberg la guardaba debajo del colchón porque era lo único que le quedaba de verdad. Nunca supimos quién era ella. Probablemente nunca lo sabremos.

Acordamos esta mañana que todos tomaríamos un descanso. No hay ningún caso activo en vista. Vi que mis compañeros recibieron la idea con alivio genuino, el alivio de quien lleva semanas funcionando en modo de emergencia y por fin recibe permiso para bajar la guardia. No quise decirles que yo no puedo hacer lo mismo. Que el Camaleón me habló directamente al oído en las bóvedas de la Reserva Federal y que las referencias a Wells, la familiaridad en el tono, no me dejan en paz.

Hay algo en cómo habló que no correspondía a un enemigo que me conoce desde lejos. Era la familiaridad de alguien que estuvo cerca. Que compartió espacios, conversaciones, quizás comidas. Que me vio en los momentos en que una persona todavía no construyó sus defensas porque todavía no sabe que las va a necesitar.

Me levanto del sillón y camino hasta el estante donde está el dispositivo encriptado de Wells, el que recuperamos en el caso de la IA Cenizas. Lo he encendido muchas veces buscando algo más sobre el Camaleón. Andrew probó decenas de combinaciones para desbloquear el archivo protegido sin resultado. Yo también lo intenté con palabras que podrían tener algún significado: nombres, fechas, lugares, los casos más importantes de mi carrera.

Lo enciendo de nuevo. Me quedo mirando el cursor parpadeando en el campo de la clave.

Entonces, recuerdo algo. En las bóvedas, cuando el Camaleón me habló por primera vez, me dijo: «Estoy más cerca de lo que crees». No como amenaza genérica. Como si quisiera que lo supiera. Como si le importara que yo entendiera que ya estuvimos cerca el uno del otro antes de este momento. Una persona que te conoce no usa esa frase para asustar. La usa para que recuerdes algo que ya sabías.

Escribo: C A M A L E O N.

El dispositivo se activa. Un archivo se desbloquea automáticamente.

Me siento a la mesa. Abro el archivo. Aparece una lista de nombres, con fotos del personal de Quantico. Los reconozco. Fueron compañeros míos.

Hay una foto de un documento con sectores cubiertos. Lo amplío y me doy cuenta de que no son tachones de tinta. Es sangre seca. La mancha marrón oscura que deja la sangre sobre el papel cuando pasan los años. Debajo de las manchas hay texto manuscrito. Reconozco la letra de inmediato, incluso después de tanto tiempo.

Es una nota de Wells.

«Ainara: si lees esto, es porque el Camaleón ya te contactó. Fue uno de nosotros. Entrenó contigo. Lo declararon muerto, pero no lo está. NO CONFÍES EN NADIE DEL PASADO. Especialmente en…».

El nombre que sigue está cubierto por la mancha de sangre más densa del documento. Amplío la imagen al máximo. No se puede leer. Busco en los otros archivos, hago *zoom* en las fotos de los compañeros de Quantico, estudio cada rostro buscando algo que me diga quién es el que Wells no pudo terminar de escribir.

Mi teléfono suena. Número desconocido. Un mensaje de texto.

«Ganaste esta vez, Ainara. Pero fue suerte. La próxima vez no la tendrás. Nos vemos pronto. Como en los viejos tiempos. — R.».

El mensaje se queda fijo ante mí durante un largo momento.

—Erre —digo en voz alta—. ¿Quién eres?

La puerta del búnker se abre y entran Andrew y Alain con una caja de *pizza* y bebidas, hablando de algo que no escucho.

—¿Hablabas sola? —pregunta Alain.

—Sí —digo, guardando el teléfono—. Estaba pensando en voz alta.

Los miro a los dos. Los conozco desde hace años. Confío en ellos con mi vida y lo he demostrado docenas de veces. Pero Wells escribió «no confíes en nadie del pasado», y el Camaleón entrenó conmigo en Quantico, y hay un nombre debajo de esa mancha de sangre que no puedo leer.

Alain abre la caja de *pizza*. Andrew va a su ordenador. El búnker vuelve a su ritmo habitual.

Pero algo cambió. Y yo soy la única que lo sabe.

Miro la lista de rostros de Quantico en la pantalla del dispositivo. Los conozco a todos. Algunos están muertos. Algunos desaparecieron. Algunos siguen en activo en lugares que no debería conocer. Alguno de ellos, según Wells, es el Camaleón.

R.

Una letra. Un compañero que el mundo cree muerto y que esta tarde me mandó un mensaje desde un número desconocido para decirme que nos veremos pronto.

Guardo el dispositivo en el bolsillo de la chaqueta. Voy a la caja de *pizza* y saco un trozo sin decir nada. Alain me cuenta algo sobre el restaurante donde la compraron. Andrew teclea. El búnker huele a comida caliente y a café recién hecho, y a la normalidad de un equipo que sobrevivió algo difícil y todavía no lo sabe del todo.

Yo tampoco lo sé del todo. Pero lo sabré.

FIN

Ainara regresa en la décima séptima novela de la serie*: Hidrógeno negro*. Obtenla aquí:
https://geni.us/HidrogenoNegro



Puedes encontrar todas las novelas de la serie de Ainara Pons aquí:
https://geni.us/SerieAinaraPons

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor, déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma 🙂

A continuación, te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com - haz clic AQUÍ
Amazon.es - haz clic AQUÍ
Amazon.com.mx - haz clic AQUÍ

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

ÍNDICE

Créditos

Prólogo

1. La carnada de Fráncfort
2. Alfil Negro
3. La primera grieta
4. El sabotaje perfecto
5. El primer muerto
6. La casa de nadie
7. Nadie buscaría allí
8. Cuarenta y siete fantasmas
9. La segunda señal
10. Un hombre sin recuerdos
11. Menos de veinticuatro horas
12. Doce candidatos
13. El silenciador
14. La pista que faltaba
15. Dos bombas de tiempo
16. Código de activación
17. Imparable
18. Demasiado tarde
19. La cornisa
20. El último disparo
21. En tiempo real
22. A orillas del río Meno
23. Destino Nueva York
24. El hombre sin nombre
25. Desde adentro
26. La clínica del subsuelo
27. Nadie tiene el dinero
28. El lunes más largo
29. El hombre de la moto

30. Seguimos el plan
31. Sin señal
32. Los reemplazos
33. Noventa segundos
34. Kross está aquí
35. El último alias
36. Golpe al corazón del Anillo

Epílogo

Notas del autor
